

Efecto Estocolmo

Surimar Suárez González





Efecto Estocolmo

Surimar Suárez González

Surimar Suárez González
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2023
PRIMERA EDICIÓN

ISBN: 9798878465274
Depósito Legal: ZU2023000400

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

Diseño de portada:
Luis Perozo Cervantes

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre Derecho de Autor, queda prohibido la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 *eindem*, constitutivos estos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

Capítulo 1

Había quedado un silencio tenue cuando aún se secaban las vajillas después de la cena. Una cucaracha nocturna y desorientada divagaba entre la rejilla de la ventana y se paseaba por el lavaplatos. La mesa de madera del comedor yacía vacía y a unos pasos de distancia se encontraban los muebles de cuero que el dueño de la casa no había tenido la dicha económica para terminar de pagarlos. En una de las habitaciones se encontraba él con su esposa, tropezaban con la edad de los 50 y se complacían con poder ver la TV desde la comodidad de la cama mientras que sus desvelados ojos por la desacostumbrada rutina de mirar la televisión hasta altas horas de la noche se cerraban acompañados con la taciturna llegada del sábado preñado de sueños matutinos.

En la otra habitación estaba Aarón. Llevaba por nombre no sólo una carga religiosa, sino que también la condensación de la más ardua creencia de sus padres y la conmoción de los primeros encuentros bíblicos. Se encontraba hojeando los libros de medicina que debía devorarse para los exámenes finales de tercer año. La ventana de su habitación se enfrentaba con la calle y pudo sentir ligeramente las luces de un carro que se estacionaba frente a su casa a altas horas de la noche. Lanzó un suspiro de cansancio doble; el exhaustivo estudio y la irremediable manía del hermano menor de llegar tarde y drogado a casa a las ho-

ras en que sus padres no estuviesen despiertos, pero que dormían muy tarde los fines de semana, lo que ambos hijos ignoraban. El auto dejó a su hermano, Mateo, que decidió entrar a casa minutos después. Aarón preparaba conciente e irascible las palabras dirigidas a su hermano. Su teléfono alertó la llegada de un mensaje de texto de su novia. Era un testamento denso y prolífero de desconciertos e indignación sobre los anticonceptivos. Al final del texto: *Aarón, no lo vas a creer, pero estoy embarazada.*

Mateo entró tambaleándose a la habitación de Aarón sin tocar la puerta, se le fue encima y lo abrazó. Aarón ya no estaba de ánimos para regañarlo y menos para preguntarle por su extraña reacción. Seguía intentando resolver su propio problema. Su hermano sollozaba y le repetía levemente que se había equivocado, que era un error tan grande que sus padres jamás se lo perdonarían. De a momentos Aarón sentía que explotaría su cabeza. Mateo desapareció de su presencia por unos instantes. Aarón llamó a su novia por teléfono. ¿Estás segura? Fue la pregunta que hizo irritar a su novia, más no por la duda, sino por los nervios que atormentaban a los dos. Estuvo en su llamada muy ocupado y cuando Mateo volvió, él le cerró la puerta en la cara. *Quiero que te calmes, primero pensemos en lo que podemos hacer.* La conversación telefónica duró aproximadamente 37 minutos hasta que todo convulsionó. Aarón estaba sentado en su cama con una mano en el celular y la otra con la palma apoyada sobre su frente.

Escuchó que tumbaron la puerta de su casa seguido de disparos aglomerados y a borbotones que lo sacaron de sí. Se tiró al piso en una reacción refleja y desconcertada para protegerse más no por estar totalmente seguro de lo que estaba sucediendo. El teléfono celular se escapó de sus manos. Lanzaron su puerta al piso y lo tomaron a la fuerza sujetándolo por la camisa. Seguido de golpes en el estómago recordó que Mateo tenía algo que decirle cuando sollozaba y de inmediato relacionó todo con él. Los hombres tenían pasamontañas que cubrían sus rostros. Una patada firme y concreta en la cabeza le hizo perder la razón por unos segundos. Lo tomaron con fuerza por la camisa y lo llevaron a la sala apuntándolo con sus armas a la cabeza. Su madre estaba allí, tirada en el piso junto con su padre mientras que los corruptores destrozaban cada objeto y artefacto de la casa. Uno de ellos, el más grande físicamente, le continuó dando golpes en el estómago. Su madre emitía alaridos que fluían desde sus entrañas con el dolor más puro.

Aarón intentaba soportarlo, más no lo lograba, su rostro empezó a tornarse gris y se encogía en sus hombros. El dolor en los costados se hizo cada vez más agudo y contabilizaba unas cuantas costillas rotas, el tabique de la nariz partido y vasos rotos en el ojo izquierdo, pero era solamente lo que sentía, no lo que veía. El grandulón lo haló por los cabellos y le preguntó con voz cortante como vidrio.

— ¿Dónde está tu hermanito? ¿Dónde está la marica de Mati?

Aarón no respondió a tiempo y volvió a golpearlo en la cabeza con el arma. Vio un hilo grueso de sangre caer en el piso de su sala.

— No lo sé. No sé dónde está. Lo juro.

Otros dos descuartizaron los muebles de cuero de su padre hasta hallar en el fondo del mueble individual un paquete. *Aquí está.* El que tuvo el paquete en las manos se lo pasó al grandulón por los aires. Abrió la bolsa y tanteó. *Este maldito infeliz de Mati, cree que se va a burlar de mí.* La madre de Aarón seguía llorando en el piso. El gordo de improviso la golpeó salvajemente mientras que Aarón por instinto intentó ponerse en pie. Al hacerlo le dispararon en una pierna. El impacto fue sorpresivo y convulso. El dolor apareció de inmediato después del impacto. Su madre se veía desgastada y su padre lloraba en silencio. Uno de ellos se desabrochó el pantalón, hizo un semicírculo alrededor de la sala y dijo *quién será el primero.* El padre agachó más la cabeza y en seguida volvieron los llantos de la madre.

— Quiero que tú— señalando a Aarón— me lo digas. O es que ya no te queda fuerza para hablar.

— No perdamos tiempo. Cógete a la vieja y mata a los otros dos.

El violador tomó a su madre y la arrastró hasta dejarla en un lugar visible para ambos, tanto para padre como para hijo. Los encapuchados les obligaron a ver el acto violento y sangriento completo. Aarón también se desangraba como lo hacía su cerebro reventando de furia. En aquel escenario olvidó que su novia estaba

embarazada, olvidó que su hermano tenía que ver con este infortunio. Olvidó su nombre y su origen. Sólo había espacio para una gran ira desmesurada, una sed de sangre, de destrucción masiva. Aquella mirada que miraba sin ver, que rozaba la humillación materna más grande que pudiese existir sólo deseaba la muerte y si no había muerte, la incontenible venganza debía ser desmembrada de la vida.

Al finalizar, le dispararon a su madre dos veces en el pecho, dos veces igual a su padre y a él lo metieron en un carro. Lo llevaron en busca de Mateo. *Nos vas a decir ahora mismo donde está la mierda de tu hermano. Nos vas a decir ahora mismo donde está la mierda de tu hermano.* Aarón no recuerda más. Tan solo la carretera vacía donde lo dejaron desnudo y con dos tiros más en el pecho.

Capítulo 2

No encontraba lugar exacto donde mantenerse distante de la multitud. El día se había convertido en un minúsculo momento incómodo del que ella solo deseaba huir. Esperaba con ansias que su padre llegara a buscarla. Miraba de reojo a los compañeros de clases que pasaban por su lado riendo, lanzando chistes al aire que sólo alegraba a los integrantes de su grupo. Los varones corrían hacia la cancha de fútbol para una partida antes de irse a sus casas. Las hormonas de las más niñas se dilataban al mencionar entre sus labios los nombres de los chicos que se incorporaban al juego. Unas chicas hablaban de la fiesta el próximo fin de semana mientras que, a su vez, criticaban a otras chicas compañeras de clases. Karen solo deseaba desaparecer. Insistía fervientemente en lo detestable que encontraba a las demás adolescentes de su edad, pero en el fondo tan solo era el poco carisma que ella tenía para encajar y fingía que no le importaba, más no lo soportaba y le costaba vivir con ello.

Aparecía el carro de su padre y ella se aproximaba veloz hasta encontrarse a salvo bajo los vidrios ahumados que impedían la vista de los demás hacia ella, aunque eran pocos los que se interesaban en mirarla. Ahora junto a su padre en el auto, no tenía necesidad de simular amabilidad. Cruzó dos o tres palabras con él y fue lo suficiente para hacer sentir que se entendían y que todo estaba bien bajo la capa de la escueta comunicación.

Karen llegaba a su casa y comenzaba el repetido y aprendido sin sabor de preguntas familiares antes del almuerzo — ¿Cómo les fue en clases? Les preguntaba su madre tanto a Karen como a su hermano menor.

En unísono respondían que *bien* mientras ya se apresuraban en comer lo que estaba en su plato. Karen tenía una vaga relación con su padre tanto como con su madre al punto de no sentir la confianza para entablar temas personales y mucho menos íntimos. Se terminaba el almuerzo, ayudaba a limpiar y luego, se encerraba en su cuarto a escuchar música, pintarse las uñas, mirar la televisión y a hablar con un amigo que había conocido por internet. En aquella conversación virtual llevaba varios meses. Hablaba con un hombre de 24 años, de su misma ciudad pero que aún no se habían visto en persona. Cuando él le proponía verse, ella sentía temor. Tenía 17 años y aún si tuviese la mayoría de edad también sentiría miedo de encontrarse con un desconocido. *Yo no soy como otras chicas, no soy tan abierta y espontánea. Aún necesito el permiso de mis padres para salir de casa.* Él le colocaba una risa infinita. Y le respondía que *algún día tendrás que hacer cosas tú solita...*

Él lucía como un hombre habitual de su edad. Lleno de vida, enérgico, mujeriego y arriesgado. Le mostraba fotos en su moto y lo que hacía para ganarse la vida: tatuajes. *Cuando quieras te hago uno.* Karen se sonrojaba, no concebía una razón de peso para hacerse un tatuaje y combatir con la guerra emocional que le montaría su madre de llegar a dañarse la piel. También él le mos-

traba sus tatuajes y ella se sonrojaba con sus fotos sin camisa y en bóxer. A Karen, le resultaba que él era el conocido más peligroso que ella tenía y que sus padres no podían enterarse de sus conversaciones con él. Por eso, se encerraba en su cuarto y le escribía cuando no la estaba mirando nadie de su familia.

A su madre le encantaba el orden y el lujo. La casa estaba en total cuidado y su closet estaba repleto de ropa de marca y muchísimos zapatos. Le inculcaba imperativamente a Karen que fuese como ella. Pero su hija estaba pendiente de cada fragmento de su alrededor menos en lo que su madre quería. Las discusiones eran un típico en su familia y Karen siempre terminaba bajando la guardia y haciendo lo que su madre le pedía. Trataba a quienes ella le exigía que tratara y que saludara de cierto modo para verse más femenina. El padre era una figura constantemente ausente y su hermano menor lo era en la computadora donde no paraba de jugar videojuegos. La madre terminó optando por ponerle un límite de tiempo a diario y meterlo en deportes por las tardes. Karen había pasado por todas las actividades que podía estar una chica. Ballet, Danza, Voleibol, Tenis. Lamentablemente no duraba más de tres meses en cada una de las actividades. Y aunque ella estaba consciente de que cuando cumpliera la mayoría de edad la monotonía de la vida no cambiaría mucho, al menos soñaba con tener un poco de libertad cuando estuviese en la universidad.

La situación en su liceo era insostenible, sus más allegados no eran más que compañeros para hacer

tareas y ese lugar de cuatro paredes con 26 estudiantes le mortificaba. Para cuando las clases terminaban ella se aceleraba en esperar el auto de su padre, como de costumbre.

Ese día el carro de su padre llegó 15 minutos antes de lo habitual. Karen se alegró porque no tendría que esperar esos minutos. No dudó en acelerar el paso y de abrir la puerta del auto. Se sentó rápidamente en el asiento del copiloto. Sin mirar a su padre tomó el cinturón de seguridad y lo enganchó en el otro extremo cuando ve la pistola plateada apuntarle justamente en la cara. *Si gritas, te mato.* Karen quedó en un estado de inercia. Miraba todo como si fuese en cámara lenta. Miró a su padre que chorreaba gruesas gotas de sudor con la mirada quebrantada y con sangre en su boca. Los ojos de ella poco a poco se comenzaron a inundar por un llanto silencioso. *Acelera esa mierda. Sigue derecho por esta calle.* Uno de los dos hombres que estaban atrás daba las indicaciones al padre y él obedecía sin intento de impedimentos. Karen no quería voltear a verlos. Sólo escuchaba sus voces. Intentaba pensar que eso no estaba pasando, pero de esa realidad nadie puede escapar cuando sucede. Sentía el frío y la dureza del arma apoyada sobre su cabeza. Las lágrimas fragmentaban su rostro adolescente mientras que se esforzaba por esconder los sollozos que le producían cosquillas amargas en su garganta.

Los hombres no hablaban más que para decir groserías e indicar en qué calle tenía que cruzar, sus movimientos eran bruscos pero controlados. Mandaron

a su padre a que metiera el carro en un garaje. La puerta se cerró tras de sí. Cada uno correspondía al organizado plan de apuntarle a la cabeza a Karen y a su padre. A él lo mandaron a arrodillarse y a posar la cabeza en el piso. El lugar tenía aspecto de taller mecánico. A ella se la llevaron a la fuerza atravesando distintas puertas. Empezó a gritar al ver que la alejaban de su padre. Con un trapo cubrieron su boca y en poco tiempo todo se oscureció.

Capítulo 3

Cuando desperté no entendía lo que pasó. No sabía dónde estaba. Y había tanta oscuridad que no podía orientarme en esas cuatro paredes. Las tocaba, las arañaba, gritaba, lloraba, llamaba a mis padres por sus nombres y nadie escuchaba. Nadie llegaba. El miedo se apoderó de mí y quise morir antes de poder vivir algo que no pudiese soportar. No quería aceptarlo, no quería comprender. La puerta estaba cerrada y por más que la golpeé solo logré maltratarme. Las manos me dolían, la garganta me ardía y el corazón permanecía acelerado como si estuviese corriendo sin descanso hacia un lugar sin salida. Ya no había lágrimas después de un tiempo tan largo que se me hizo una eternidad. Y si este era el comienzo del infierno, no quería imaginarme lo que podría venir. Busqué en el piso algo a tientas, pero en aquel hueco no había ni una ventana. El aire se espesaba con el paso de las horas y después que el cansancio emocional, físico y mental acabara conmigo, me quedé dormida sobre una pequeña colchoneta que estaba en un rincón.

La sed me despertó, no sabía cuánto tiempo llevaba ahí dentro. No sabía cuánto tiempo más tenía que aguantar permanecer en este lugar. Pensaba en mis padres, pensaba en mi hermano, en cómo estarían y si se encontraban bien. De nuevo comenzaba a llorar, pero poco a poco las lágrimas desaparecieron y quedaron vivos solo los recuerdos. No hice más que

vivir del pasado imaginándome en casa, haciendo lo que solía hacer cuando estaba sola, contemplar por mi ventana hasta que cayera la tarde. Necesitaba creer que esto no era real para poder seguir con vida.

Al fin, cuando la puerta se abrió la luz lastimó mis ojos. Alguien entró y me dio agua en un vaso plástico. Estaba desesperada tomando el agua, como si estuviese descubriéndolo. El hombre puso un pedazo de pan en mi mano y en un rincón del pequeño cuarto una bacinilla. Con la puerta abierta esos minutos, la pequeña pieza se ventiló y pude respirar aire fresco. No tardó en trancar la puerta de nuevo. No tuve la fuerza de espíritu para preguntar nada. Y, además, tenía miedo de hacerlo. Tenía miedo de morir de forma catastrófica. Tenía miedo de esos hombres afuera. Tenía miedo de mi propia vulnerabilidad y de faltarme fuerzas a la hora de correr. Aquella idea me fue apoderando, metiéndose dentro de mi piel, en cada poro sentí la incertidumbre.

Me despertaron fuertes ruidos afuera, escuchaba como movían cosas. Mi corazón empezó a agitarse levemente. De golpe abrieron la puerta donde me encontraba. *Párate.* Dijo él. Mis piernas empezaron a temblar solas y me costaba caminar. Me tomó con violencia por un brazo llevándome a rastras hasta una habitación con un bombillo opaco. No me atrevía a detallar los que estaban allí. Además, tenían el rostro tapado. Tuve la cabeza agachada para evitar que mis nervios me hicieran llorar de inmediato.

El conejo, quien tenía mayor autoridad de los tres hom-

bres que se encontraban rodeando a Karen, estaba tomándose un café negro sin azúcar, como solía tomarlo desde que era un violador veterano. Observó fijamente como le temblaban las piernas a la adolescente y su miembro empezaba a mostrar los primeros indicios del deseo. Aunque él acostumbraba a desvirgar a niñas pequeñas, esta no sería una oportunidad que dejaría pasar. *Archibebe* siempre estaba drogado y si no lo estaba, lo estaría muy pronto. Él solo seguía órdenes, si debía matar; mataba, si debía violar; violaba. *La Enfermedad*, el apodo que solía utilizar mayormente, no estaba acostumbrado a los secuestros. Lo suyo era otro tipo de negocios, pero esta vez, no había tenido opción y tuvo que cumplir órdenes como asumían todos lo que hacían este trabajo: un negocio. Ninguno de los tres estaba autorizado para violar a Karen, pero las intenciones estaban encendidas en *El Conejo*. Lo único que debían hacer, era vigilarla y mantenerla encerrada.

— Niña, sube la mirada. Ve fijamente a estos ojos que no te harán nada más que cuidar ese culito que tienes. Si te portas bien — acercándose — si no haces nada inoportuno, de mal gusto y de niña chocante, todo estará bien.

Mientras *La Enfermedad* tomaba a Karen aún por el brazo, ella apartaba la cara de la presencia del Conejo, que se acercó invadiendo su espacio, buscando su mirada obligada y ella lloraba con los ojos entrecerrados. Le tocó la barbilla y movió su cara hasta colocarla frente a la de él. Su aliento salía por el orificio de su

boca y era tan violento como su actitud. Le acarició un poco la piel y La Enfermedad la haló hacia él y dijo. *Vamos al chiquero.*

Volvió a encerrarla en el cuarto. Se dirigió al Conejo y le dijo

— Nada de tocarla.

— Por los momentos. Sentenció.

En algún punto de las tardías y oscuras horas desbordándose en incertidumbre y desconcierto para Karen que ya no podía llorar, sólo miraba hacia la rendija inferior de la puerta que le otorgaba una fina línea de luz y de aire. Estaba en una especie de resignación consternada, una resignación desmaterializada, donde sólo existía la cuerda de donde ella colgaba. En acompañamiento de la resignación venía la pregunta de oro. ¿Por qué estoy aquí? ¿Qué hice para merecerlo? Sus labios empezaron a researse, su cabello se endurecía por el sucio acumulado, las hormigas caminaban por su cuerpo enmugrecido y el olor a su propia descomposición humana por la falta de aseo se iba acrecentando con las horas, con los días, con las semanas. Y todo seguía igual.

Afuera, entre la cocina improvisada y la sala donde dormía quien la cuidaba día y noche, La enfermedad, preparaba café para mitigar el sueño de aquella mañana. Se enjuagó la cara en el lavaplatos y preparó su desayuno. De lo que cocinó, apartó un poco para ella. Sabía lo difícil que era comer solo pan y en el fondo, le irritaba tener que estar ahí, a cargo de ella, sin poder hacer otras cosas. Antes de ir a verla, se ponía el

pasamontaña, para que ella no lo viera. Cuando abrió la puerta del chiquero, el mal olor le golpeó la cara. Sacó a Karen bruscamente, la sentó en una silla en la cocina, puso unas esposas entre la puerta de la nevera y la mano derecha de ella. Le dejó el plato de comida en las piernas y amenazó sin necesidad. *No te muevas*. Asintió tímidamente, mientras devoraba la comida. Él volvió al cuarto. Sacó la bacinilla tapándose la nariz con el antebrazo de su mano izquierda. Lanzó las heces y la sangre menstrual por el inodoro. Tiró al piso la bacinilla. Y se quejó. *Un puto mes*.

Volvió a donde estaba ella, que ya había dejado el plato sin comida. Le dio agua. La miró inquisitivo. Y Karen era un ratón acorralado en una trampa mortal. Le soltó las esposas. La llevó a empujones hasta el baño. Le dio órdenes de meterse en la regadera. Lo hizo. Primero con inseguridad. Cuando sintió el agua sobre su piel parecía otro ser, como si tomara vida, como si recargara lo desgastado por los gritos, por el llanto, por el dolor interno. Abría la boca y tomaba del agua. Él le pasó un jabón. *Quítate la ropa*. Ella se quedó mirándolo con una incógnita en la mirada, pero él no se quitaría de ahí. *Si te quieres bañar bien, mejor que sea rápido*. Su voz le producía vértigo y sus ojos perforaban su alma. Quitó su ropa paulatinamente. Y con sus manos se iba tapando las zonas íntimas. Tomó de nuevo el jabón y se puso de espaldas hacia él. Pero no podía quitarse su mirada de encima, aunque no lo estuviese mirando. Él, en cambio, miraba su sangre menstrual deslizarse entre sus piernas. Le

lanzó una franela, un bóxer y un rollo de papel higiénico, y volvió a encerrarla en el cuarto con su bacini-lla. Karen, de nuevo en medio de la oscuridad, pudo soñar con una esperanza incierta. En sus adentros, no podría creer que el mundo fuese tan malo.

Me coloqué su franela con la piel aún llena de gotas de agua. Olía a él, pero olía a limpio y al fin podía cambiarme de ropa. Un simple gesto como ese me había vuelto un poco a la vida cuando me sentía totalmente muerta en aquella pocilga. Toqué a tientas el bóxer mientras me acostumbraba de nuevo a la oscuridad. Nunca antes había tocado uno. Los de mi hermanito en alguna oportunidad cuando se mezclaba su ropa con la mía al lavarla. Me quedaba grande pero la liga me apretaba ligeramente en la cintura y tomé papel para que la sangre se acumulara en él. Me senté en un rincón y comencé a desenredar mis cabellos con las manos. Pensaba en él. En lo que estaría haciendo afuera. En sus ojos, en aquellos ojos que estremecían mi cuerpo. Pensaba en cuándo saldría de aquí.

Una semana después, Karen encontró un entretenimiento. Se había dedicado a contar sus cabellos por segmentos. Comenzó de adelante hacia atrás. Pero sintió que lo había hecho demasiado rápido y que eso significaba que lo había contado mal. Entonces comenzaba de nuevo. Cuando se quedaba dormida olvidaba la cifra donde había quedado o el lugar exacto donde había dejado de contar. Y empezaba de nuevo. Al hacer eso no lograba evadir lo que podría venir ahora y cuánto más tendría que esperar. Pensaba

constantemente en sus padres, en su familia entera. Y por primera vez extrañaba esperar el auto de su padre a la salida de la escuela y ver a todos a su alrededor vivir su vida. Cuánto daría porque aquél día hubiese sido un día normal, ordinario y acostumbrado.

Cuando La Enfermedad abrió la puerta se quedó inmóvil. Ella ya conocía de memoria la rutina. La sacaría 10 o 15 minutos, la llevaría al baño a lavarse, le daría algo de comida y agua. Luego al chiquero otra vez hasta el día siguiente. Y así fue. Se sentó en la silla con un plato entre las piernas donde reposaba un pan relleno de atún. Él le daba la espalda de a momentos y ella aprovechaba para seguir sus movimientos. Tomaba la cafetera, se servía café. El humo se dispersaba en el aire. Él volteaba y ella hundía su mirada en el pan. Su corazón se aceleró con sólo pensar en un intercambio de palabras.

— Quiero un poco más.

Él no parecía sorprenderse, al contrario, resultaba que aquello lo había estado esperando hace mucho. Él sacó de una bolsa otro pan y se lo puso en el plato. Ella lo miraba de reojo y como si aquel gesto hubiese sido un regalo le dio las gracias. Él no respondió. Tan solo se cruzó de brazos y la miraba, fijamente. A Karen, le intimidaba su estado impasible. Su mirada inquisitiva y a la vez, inexpresiva. Se veía fuerte, sus músculos se marcaban sobre su ropa. Ella ni pensaba en correr. Había mirado tantas veces hacia la puerta de hierro con barrotes y no estaba segura que detrás de ella estuviese una salida. Terminó el pan. Cuando

él se acercó, ella se apresuró en preguntar como si el tiempo se le agotara.

— ¿Por qué sigo aquí aún? ¿Mis padres no han pagado para sacarme?

Él no respondió. A Karen se le hizo un agujero en el estómago por la ansiedad y los nervios. La tomó por ambos brazos y la movió hasta el cuarto, nuevamente.

— Dime algo, por favor. — Suplicó.

— Será una buena pregunta que le puedes hacer a ellos, en caso de que los vuelvas a ver.

Cerró la puerta con firmeza. Karen se echó al piso a llorar. Todo se revolvió dentro de ella. Rabia, melancolía, sufrimiento, tristeza. Al punto en que ya no podía discernir que sentía a parte del abandono total que producía el mundo que la rodeaba, donde los derechos y la justicia se convirtieron en polvo que se llevaba el viento a donde le diera la gana. Estaba atrapada como un objeto usable y sin uso. Su vida, en aquella situación, valía todo y nada. Unas cuántas cifras en billetes físicos. O un cuerpo sin vida tirado en algún basurero de la ciudad. A Karen se le maduraron los 17 años en aquel estado de abandono. Pero lo único que no le había abandonado era la voluntad de sobrevivir.

Ese día no había terminado. Tocaron a la puerta de hierro. La Enfermedad abrió. Entró Conejo acompañado de Frank.

— Vinimos a hacer la visita del día. Pero esta vez quiero ver a la pelirroja. —El Conejo hizo pausa y miró a Frank— hoy toca enviar la pequeña muestra.

La enfermedad no vaciló. Fue enseguida a buscarla. Los otros aprovechaban para cubrirse la cara con pasamontañas y le abrían un orificio en la parte de la boca. Karen se desorientó pensando que el tiempo se había acelerado y que ya tocaba comida de nuevo en otro día distinto. Pero no era eso. La llevó hasta la cocina. El Conejo sonrió al verla. Sus dientes eran amarillentos y lucían viejos, como los huesos de los muertos. Apoyó un pie sobre una silla y encendía un tabaco. Frank Revisaba un bolso que trajo consigo. El humo del tabaco se hizo denso en la habitación. A Karen le empezaron a temblar las piernas y eso excitaba al Conejo, que tenía todas las pretensiones de tocarla. Frank se volteó al fin con una navaja brillante en sus manos. Karen saltó en la torpeza de los nervios, lo que provocó que La Enfermedad le tomara ambos brazos por la espalda. En pocos segundos perdió el control. Empezó a llorar arduamente, como si le resbalaran vidrios rotos a través de sus ojos. Se agitó tanto que La Enfermedad sentía sus latidos fuertes con el toque de sus brazos. Sudaba frío. Y sus piernas perdían fuerzas o eso sentía.

— No, cariño, no llores. Lamentablemente, no soporto ver llorar a nadie. —le decía el Conejo con su tabaco entre los dientes— Dile Frank, dile porque estamos aquí.

— Lo que sucede, pequeña. Es que a nosotros nos gusta que los negocios se cumplan con su debida firmeza, porque, aunque no lo creas, somos profesionales en lo que hacemos, por eso estás con vida. Pero, ¿por qué te

digo todo esto? Bueno, es que tus queridos padres aún no han concretado lo acordado para poder sacarte de aquí. —Caminaba por la habitación lentamente— me temo que a ti no te quieren, pequeña. Y para acompañarte en tu tristeza, queremos hacer algo para saber si tus padres sienten algo por ti. Siéntala en la mesa— Le indicó a la Enfermedad.

Él la sintió más ligera que la primera vez que la cargó dormida hasta ese lugar. Estaba helada y sus extremidades parecían haberse disecado porque no tenían movimientos libres. Estaba tan tiesa como una muñeca de cera. Frank se acercó hasta ella, le acariciaba el cabello y con la otra mano, sostenía la navaja. La miró con lascivia.

— Eres hermosa, pequeña, me gusta tu nariz. —Llevó su navaja hasta la punta de su nariz. — No, no sientas miedo, no voy a quitártela. Es demasiado hermosa.

Se quedó viéndola meditativo unos segundos. Ella no estaba llorando en ese momento porque los nervios la habían paralizado completamente. Solo miraba la navaja sobre su cara.

— Hagamos algo, te daré a elegir entre dos opciones. Me caes muy bien y quiero darte la oportunidad de decidir. Opción uno— Tomó su mano izquierda y la posó sobre la mesa, afincó levemente la navaja sobre su dedo pequeño— Un dedo menos.

La intensidad de su corazón tomaba una potencia brusca y desesperada queriendo escapar de su pecho antes que ella de su propia vida.

— Opción dos— Tomó la navaja y la posó en su labio inferior— tu vagina. Pero eso sí, te aclaro que

cero rasguños ni mordiscos. Es decir, te vas a portar como una niña buena. ¿Entiendes?

— Quiero que me mates, solo eso. Por favor, mátame rápido. Karen hizo molestar a Frank con su respuesta llena de instintos que desean evitar el sufrimiento a toda costa. Él la cacheteó y rompió sus labios. Fue de improviso. Cuando entendió que la había abofeteado, era porque ya sentía el ardor en su piel.

— ¿No entendiste, perra? ¡Te di opciones! Y sales con una respuesta de niña malcriada, de niña que no hace caso. ¿Y sabes qué? No me gustan las niñas malcriadas, me gustan las que hacen caso, las que responden a lo que se les indica.

El miembro de Frank se endurecía y lo rozaba sobre sus muslos. Le apretaba con una mano. Con la navaja cortó la franela que llevaba puesta y la dejó desnuda. Le quitó el bóxer que llevaba debajo. Frank volteó y miró a la Enfermedad. Aquella mirada significaba una amenaza, una muestra de desaprobación ante la vestimenta que ella cargaba. La Enfermedad le mantuvo la mirada. Frank se irritó.

— Maldita perra. Como no me respondiste ninguna de las opciones ahora yo haré lo que me dé la perra gana contigo.

La tomó por los muslos y la cargó en sus brazos. Ella lo golpeaba por la espalda. Le dio la vuelta a la mesa y la lanzó con fuerza seguido de más bofetadas. El Conejo se fumaba el puro con parsimonia y se deleitaba con lo que veía. La Enfermedad se sentó en una silla frente a ellos. Karen continuaba forcejeando con el hombre

encima de ella, pero el puñetazo que le conectó para calmarla la dejó con los sentidos ofuscados y sin orientación. El cuerpo de Karen no cabía por completo en la mesa y cuando recibió el golpe en el rostro su cabeza quedó colgando hacia atrás y sobresalía, permitiendo que solo pudiese ver a la Enfermedad en dirección invertida, con sus brazos cruzados, contemplando en silencio lo que estaba pasando. Frank la acariciaba con el filo de la navaja, le recorría el pecho, los senos, el vientre y la vagina con la punta del arma blanca. Ella temblaba y hacía movimientos inconscientes. Él, con su mano vacía, tocaba los vellos de su vagina y deslizaba los dedos hasta tocar el clítoris. Karen jadeaba de miedo y rasguñaba la madera con sus uñas. Sus gotas de sudor se juntaban con las lágrimas y estas a su vez, con sus cabellos rojizos, que se veían a la deriva de la gravedad como Karen a la deriva de su futuro violador. Se desabrochó los botones del pantalón y sacó su miembro erecto. Indoloro lo metió sin piedad en su vulva. Fue un grito desgarrador. Una viga de carne y encendida en fuego había quemado la identidad de su sexo indefenso ante el opuesto: furioso y vigoroso. Clavaba con más fuerza las uñas en la madera, como si buscase resolver en ello el dolor de su sexo. Sus dientes estaban tan apretados que en unos segundos de descanso y de vuelta al maltrato carnal hicieron que repentinamente se mordiera la lengua. Gritó hasta quedarse sin aliento, ahogada con su propia sangre. Las venas de su rostro estaban prensadas y visibles, golpeaba la mesa con sus puños. Él, aún sobre ella, la apretaba por

sus piernas y aumentaba el esfuerzo de sus embestidas salvajes. También estaba sudando porque lo que hacía encendido de rabia, le producía más placer.

El Conejo se acercó y le tocó el hombro. *Termina que vengo yo y no te quejes, que fuiste primero.* Frank no tardó demasiado en acabar y derramó toda su vitalidad sobre el vientre de Karen quien, sin voluntad, dejó caer sus propias piernas. No podía sostenerlas. De inmediato El Conejo la tomó por las piernas y sin pérdida de tiempo, introdujo su miembro. Llegó un momento en que ella ya no emitía ningún sonido, ya no rasguñaba la madera de la mesa. Tenía los labios entreabiertos y miraba, invertido, a la Enfermedad. Aún en la misma posición que al inicio. Cuando el segundo hubo terminado ella tomó un poco de aliento y pensó que faltaba el tercero.

El Conejo la haló por los brazos y la obligó a sentarse. Su sexo le ardía con dolor. Su vagina había quedado sangrando e hinchada por el maltrato animal y desmedido. El Conejo le hizo señas a la Enfermedad, a lo que éste respondió un *no* claro y firme.

Frank le entregó a la Enfermedad la navaja. *Hazlo tú.* Ambos se debatían una autoridad que aún, en ese momento, ninguno tenía ante la presencia del Conejo. Y le resultaba pedante que él le diera órdenes. El Conejo agarró con fuerza a Karen, extendió su mano izquierda en la mesa abriendo los dedos de su mano. — Hazlo ya. No tengo toda la noche.

Karen los miró a todos, buscando una explicación a lo que ahora venía. Se desesperó velozmente.

— ¡No, por favor! ¡No, no, lo suplico, por favor! ¡No me corten, no me corten!

A Karen le colgaba un hilo de saliva rojiza de su boca rota. Y su cara se había entristecido de por vida. Las arrugas que aún no tenía en su cara jovial aparecieron y una huella imborrable se aproximaba a quedar marcada como una sentencia que el destino le había deparado, con culpa o no, ella debía pagar con su sangre.

— Anda maldito, apúrate. ¿O se te está ablandando el culo?

Cuando Frank pronunció esas palabras, la Enfermedad ya estaba hastiado de él. Frank ayudó al Conejo a sujetarla. Se acercó. Agarró el dedo meñique de la mano izquierda e hizo un corte con firmeza, calculado y sin dudar. Karen se desmayó.

Capítulo 4

Me despertó el dolor en todo el cuerpo y el recuerdo de lo acontecido me destrozó la sensación de haber descansado mientras dormía. Estaba acostada en una pequeña cama con sábanas limpias. No podía mover mi mano izquierda. El dolor imperaba en toda la mano. La tenía completamente vendada. Me incorporé lentamente y me senté. Me daba asco mi propio cuerpo. El olor al semen sobre mí se quedó impregnado en mi memoria olfativa. Vomité a un lado de la cama. Lloré desconsoladamente pero ya sin voz, tenía las cuerdas vocales lastimadas y los labios resecos. Me pesaba la cara y me dolía al igual que todo mi cuerpo. No fui capaz de ponerme en pie. No tenía más voluntad que la de odiar y maldecir todo lo que me estaba pasando. *Malditos desgraciados, malditos hijos de puta, maldito este mundo, maldito este mundo.* No encontraba ninguna paz interior, el dolor físico no era semejante al dolor emocional. Habían descuartizado lo que era y lo que ya no podría ser nunca más. Me volvían las náuseas con los recuerdos. Aún me dolía la vagina. No tenía el valor para tocarla. Ya no podría ser dueña de ella, había sido usada, rehusada y burlada. Mi cuerpo no me pertenecía. Le pertenecía a la muerte y por alguna razón malévola aún me quería fresca, con vida. Y era una vida que no quería vivir más.

No recordaba los días anteriores en absoluto. Más si estaba segura que habían pasado unos cuantos días.

La mano me dolía mucho menos. Y los dolores en totalidad fueron menguando. Me quedé mirando a un punto fijo en el techo. El olor, el tacto, el movimiento de ellos entre mi vagina. Todo volvía a mi memoria en cámara lenta. Era imposible olvidar, aunque las heridas físicas fuesen sanando.

Él apareció en la habitación. Quedé impávida. Ahora no me preocupaba en esperar lo peor, me preocupaba el dolor. Se acercó a mí con su pasamontaña y un plato de comida en sus manos. Era una taza con sopa. Dijo *siéntate*. Y lo hice. Me senté en la orilla de la cama y él a mi lado. *Necesitas comer*. Tomé la cucharilla. Él tenía entre sus manos la taza y la acercaba a mí. Tomaba el caldo de la sopa. Su cercanía me inspiraba temor y tranquilidad al mismo tiempo, con los minutos, se quedó la tranquilidad o la resignación. No estaba segura. Cuando se pierde la esperanza, ya no da miedo hablar con la muerte.

— ¿Enviaron mi dedo a mis padres?

— Así es.

Él respondió de inmediato. Continué lentamente con mi sopa hasta terminarla. Él me quitó la cucharilla. Volvió minutos después con una caja de primeros auxilios. Sacó una solución desinfectante, vendaje y otros utensilios. Me puse nerviosa y esperaba que lo que hiciera fuese rápido. Quitó el vendaje anterior y lavó la herida con mucha cautela, con sutileza. Yo no quería mirar mientras la desinfectaba. Grité y me quejé como una bebé. Cubrió la herida con el vendaje. Sacó dos pastillas de frascos diferentes.

— Uno: antibiótico. Dos: calmante.

Las puso en mi mano derecha seguido de un vaso con agua que él aguantaba en su mano. Me tomé una pastilla tras otra con el agua. Me sentía extraña con él, pero ya me había acostumbrado a su presencia y no me provocaba el llanto que esperaba. A diferencia de los otros que me hacían entrar en pánico con sólo recordarlos. Al menos él no me había quemado por dentro con su miembro. Y aquello, aunque fuese poco, era mucho en mi situación. Le seguía con la mirada a donde quiera que iba. Detallé donde me encontraba. Estaba en la pieza donde él dormía. A unos pasos de la puerta de hierro. Él siempre cargaba las llaves consigo. Las escuchaba cuando se movía y caminaba. Fue a la cocina y volvió.

— Estás mejor, ¿no?

Solo asentí con la cabeza. Sabía lo que me esperaba. El chiquero mugriento. No quería volver ahí. Me enfermaba ese encierro total. Él encendió un televisor que estaba sobre una pequeña mesa en un rincón, puso un volumen muy bajo y lo giró hacia mi posición. Me dio la impresión de que aún no iría al chiquero y me dejaría otro rato más en su espacio. Exhalé. En ese instante quise saber algo sobre él y le pregunté lo primero que cruzó por mi mente.

— ¿Cómo te llamas?

Se volteó a verme. Inquisitivo, con una mirada severa. Me encogí un poco porque a pesar de que llevaba muchos días allí con él yo no me había atrevido a hacerle preguntas distintas a mi situación de secuestrada.

— Quiero que el hombre con capucha tenga un nombre, al menos eso.

Él se puso de pie. Buscó en una gaveta. Sacó las esposas. Bajé la cabeza y suspiré. Me puso las esposas en la mano derecha y la enlazó con el copete de la cama. Quedé levemente acostada.

— Me dicen La Enfermedad.

— ¿Por qué te dicen así? — Pregunté con la inquebrantable certeza de un cuerpo sin alma.

— Porque soy como una.

Medité un poco sobre su respuesta. Me produjo unos leves escalofríos, porque yo estaba enferma en su causa. Debió notar el cambio en mí con su respuesta.

— Los pelirrojos son personas intrigantes.

Me costó reaccionar a su comentario. Intenté buscarle la vuelta, pero no lo hallé.

— ¿Por qué lo dices?

— Porque son poco comunes.

— No cambia nada. Aquí estoy, atada a una cama sin poder cambiar esto.

Él se acercó de nuevo. Sacó la llave de las esposas y las quitó.

— Párate, quítate la ropa. Vas a bañarte.

Hice calmadamente lo que me indicó. Tenía profundos dolores en mi sexo. Me incorporé y caminé con dificultad hasta el baño. Él venía detrás de mí. No quería quitarme la ropa porque no deseaba que viera mi escueta desnudez después de aquella humillación. Me metí en la ducha. La mano izquierda la mantuve fuera del agua. Hice cuánto pude para bañarme con

una mano. Él no hizo más que mirarme brevemente. Sin pensarlo le pregunté.

— ¿Por qué tú no lo hiciste?

— ¿Hacer qué?

— Lo que hicieron los demás.

Cerré los ojos y dejé que el agua corriera por mi cara. La tocaba y me dolía. Luego lavé mis partes íntimas. Me ardía intensamente la vagina. Él continuaba con sus ojos sobre mí.

— ¿Por qué tú no?

No respondió. Cuando terminé el baño. Él tenía una toalla en sus manos que ayudó a ponerme. El roce con sus manos alrededor de mi cuerpo sujetando la toalla me agradó. Lo miré de cerca y pude olerlo. Era el mismo olor de aquella franela cortada en dos pedazos, pero en esencia viva. Caminamos hasta la habitación. Me lanzó una franela limpia en la cama. Me la puse con cuidado, metiendo la mano izquierda primero. No podía creer que me faltara un dedo. No lo podía aceptar. Tampoco pude aguantar las inmensas ganas de llorar y apreté los labios para no soltar un llanto fuerte. Hasta que no pude más. Tenía vergüenza y lástima de mí misma. *Cómo es posible. Cómo es posible. Yo no merezco esto.*

Karen lloraba sin consuelo alguno. La Enfermedad se mostraba inquieto ante su llanto. No lo soportó. Abrió la puerta de hierro. Salió y le pasó llave por fuera. Se quitó el pasamontaña y encendió un cigarro. Fumaba solamente cuando estaba estresado. En la pieza donde se encontraba estaba Archibebe, fu-

mando marihuana. Le ofreció. Él negó con la cabeza. Atravesó la pieza y caminó por el pasillo exterior. Ese día estaba haciendo calor. Recibió una llamada. Era alguien con mucho más estatus que Conejo. ¿Cómo está la pelirroja? Preguntó. *Estuvo muy mal, pensé que se iba a morir. Tuve que ponerle suero. Se deshidrató demasiado.* Sacudió un poco el cigarrillo para que soltara la ceniza. Permaneció en silencio. *No permitas que la vuelvan a tocar. Necesito que esté saludable.* La Enfermedad se mostró pensativo. *Yo no quiero problemas con él.* El hombre al otro lado de la línea contestó *tú simplemente haz lo que te digo.* La llamada terminó.

Estaba a cargo de ella todo el día, a toda hora. Lo complicado del asunto es que también se sentía preso allí. No podía hacer demasiado, no podía alejarse mucho tiempo. Y detestaba a Archibebe. No era alguien de fiar. Él vigilaba a Karen y Archibebe lo vigilaba a él. Esa era la impresión que había tenido cuando al otro lo dejaron a cargo del perímetro exterior. Una media hora después volvió al cuarto. Cerró la puerta de hierro y observó que ella dormía. Se mostraba cansada y daba pequeños brincos en la cama. Como si reviviera lo acontecido a cada instante, hasta en los sueños.

Como ella ahora dormía en su cama él tuvo que traer a la habitación un colchón y ponerlo en el piso. Además, tuvo que sacar todo tipo de armas o instrumentos con los que ella pudiese hacerle daño. Por las noches él no podía dormir bien. Tenía el leve presentimiento de que ella intentaría matarlo para escaparse de allí. Para poder descansar la esposaba a la cama.

Ella despertaba con un dolor en el brazo. La soltaba de día para que pudiera moverse con normalidad. Se sentaba en la cama a mirarse la mano y pasaba horas en eso. De vez en cuando notaba que lloraba. Luego lo hacía con resignación.

— ¿Cuándo?

Preguntó ella una mañana al despertar antes que él y lo miraba mientras estaba dormido. Él se estrujó los ojos. El pasamontaña le daba comezón en la cara. Aún con el sueño entre los párpados preguntó

— ¿Cuándo qué?

— Me volverán a quitar otro dedo.

Tuvo que reflexionar un poco sobre lo que había dicho. Estaba haciendo puchero y la articulación de su voz ahogaba un llanto reprimido.

— Dentro de unas semanas. Si es que aún tus padres no pagan.

Se dirigió al lavaplatos donde solía enjugarse la cara para quitarse el sueño. Preparaba el café de inmediato. Le quitó las esposas a ella y se sentaba a un lado de la cama. Se tomaba su café con calma. El rostro de ella había cambiado tanto. Ya no parecía una niña. El cambio era indudable a pesar del poco tiempo transcurrido. Él volvió a la cocina y desnudó su cabeza. Se quitó la camisa también. Estuvo meditativo unos segundos. Pensaba en lo que podía cocinar. Ella apareció de la nada, en medio de la cocina. Sus ojos parecían salirse de sus órbitas cuando le miró su cara. Ambos estaban perplejos mirándose y los fugaces segundos fueron una eternidad. Ella quedó inmóvil. Él golpeó la mesa

de madera con fuerza. ¿Acaso te mandé a moverte de la puta cama? Gritó. Ella bajó la cabeza asustada y se fue de nuevo a la cama. Él la siguió irascible. La tomó sin medida alguna y la arrastró hasta el chiquero. Ella lloraba y le prometía que *no diría nada, que no vio nada, que no diría nada*. Trancó la puerta con todas sus fuerzas. El ruido hizo que Archibebé despertara. Tocó a la puerta. La Enfermedad le dijo que *no pasó nada. No quiso comer y me molesté. Eso fue todo*. Cerró con llave. Maldijo a sus adentros. Estaba completamente jodido.

A la hora de la comida, la sacó del chiquero. Karen no quiso mirar al frente. Se sentó en la silla y esperó el plato. Abrió sus manos. Pero el plato no llegaba. Subió con timidez la mirada. La Enfermedad se encontraba con los brazos cruzados, con una pistola encajada en su pantalón y con el rostro descubierto. No pudo evitar detallarlo esta vez.

Era de tez blanca, ojos oscuros y su mirada era mucho más penetrante ahora que estaba molesto. Tenía apretada la mandíbula. Podía notar que su barba estaba recién rasurada. El ligero color verde en su barbilla era muy notable. Me intimidé porque su mirada se incrustaba en la mía como un afilado cuchillo. Volví a mirarlo. Su cabello oscuro estaba despeinado. Los músculos de sus brazos estaban apretados bajo su piel. Estaba muy nerviosa. No sabía qué podía pasar, pero me maravillaba de poder mirarlo de frente, sin obstáculos.

— Señorita Karen Estrada. Lo próximo que le mandaré a sus padres no será un dedo, será la lengua, los

ojos, o mejor los pies, para que aprenda a no meterse donde no debe.

No supe qué responder porque estaba asombrada mirándolo.

— ¿Sabes lo que sí debería hacer ahora?

— Matarme.

— Así es.

Nos quedamos en silencio. Tomó su pistola y sacó el seguro.

— He sido demasiado bueno contigo, y por eso estoy en esta situación. —Volvió a poner el seguro— Pero no puedo matarte.

Su teléfono comenzó a sonar. Contestó la llamada. *Dígame*. Ahora qué pasaría conmigo. ¿Qué tanto podía empeorar? Estaba fotografiando cada pedazo de su cuerpo, de sus gestos, de su actitud. *Entiendo. Entonces será ahora mismo*. Su llamada terminó.

— Entonces, Karen.

— No diré nada, lo prometo. No diré nada sobre ti. Él parecía comprender. Y asintió como si creyera en mis palabras. Eso me calmó. Pude volver a respirar calmadamente.

— Muy bien. No te muevas.

Me quedé sentada sin moverme. Él fue y vino sin tardanza. Pero venía con una navaja en la mano.

— No, no, te lo suplico, por favor. Yo no diré nada, no diré nada, te lo juro. Lo juro. No me cortes más. Por favor.

Me abracé a él en un reflejo de desespero. Le rodeé la cintura con los brazos mientras seguía suplicando. También intenté quitarme sus manos de encima y me

lancé al piso. Me arrastré hasta una de las patas de la mesa. Me sentí un insecto huyendo sin esperanzas del devorador. Una presa sin escapatoria. *Tengo que hacerlo, no tengo opción, coopera, Karen.* Lloré desgarradamente. Me dolía las hendiduras del rostro. Él me tomó por la cintura y me puso en pie. Me batió y gritó. *Si te quedas quieta, prometo que será rápido.* Pero yo no era dueña de mí. No podía permanecer impasible sabiendo lo que me esperaba. *Maldita sea, niña, ¿acaso quieres que vengan los otros y lo hagan ellos?* Le supliqué, le rogué, me humillé. Él quitaba la venda de mi mano izquierda mientras yo me iba desvaneciendo hacia el piso nuevamente. Me retorció. Puso su torso sobre el mío e impedía que pudiese huir. Ya me sentía a desmayar. Cerró mis piernas y las apretó con las suyas para inmovilizarme. *No quiero que tengan que venir los demás, porque será peor para ti y no quiero eso.* Tomó de nuevo mi mano izquierda. Fue más difícil y doloroso que el anterior. Con la mano derecha le golpeaba por la espalda. No pude mover más mis piernas. Lanzó su pistola lejos. Abrió mi mano a la fuerza. Pude escuchar el sonido de la navaja perforar y partir el hueso de mi dedo anular. De inmediato perdí las fuerzas y llegó la oscuridad.

Capítulo 5

El segundo dedo fue enviado a sus padres antes del tiempo indicado. La Enfermedad no supo por qué. Sólo cumplió con hacerlo. Lo metió en un envase con hielo y abrió la puerta de hierro específicamente para entregarlo al Conejo. Este le hizo saber que quería pasar para saludar a la pelirroja. La Enfermedad le negó la entrada. *Yo sigo órdenes y por ahora no puedes entrar.* El Conejo intentó persuadirlo, pero hizo caso omiso. Volvió a encerrarse.

No quiso comer en los días siguientes. Su rostro lucía pálido. La Enfermedad se preocupó. No había mucho que pudiera hacer por ella. Le preocupaba que ya no llorara, que no buscara hablar. Él se resignó por completo a no taparse la cara. No lo hizo más. Ella lo seguía con una mirada débil a todas partes donde él se moviese. Su mejor intento por alimentarla fue darle de comer en la boca. Si ella moría, él también sería un hombre muerto. Optó por el suero intravenoso a la vez que la alimentaba con sus manos. La sentaba a comer en la mesa. Ella se quedaba mirándolo. *No quiero comer aquí.* Entonces la ponía a comer en la cama mirando la televisión.

— Supongo que no tienes a nadie importante en tu vida. Él se acostó en el colchón y respiraba profundo. Era un comentario sumamente incómodo, pero comprendía intensamente el dolor oculto de lo expresado. Karen no dejaba de mirarlo.

— Haciendo a un lado el asunto de los dedos. Yo no te he tratado mal.

— Nunca me he quejado. Ni siquiera insisto en preguntar por qué me tienen aquí ni qué han dicho mis papás.

— Lo que sé, es que no han dicho mucho. Tal vez ahora que son dos dedos tomen la iniciativa.

Karen no decía nada. Miraba un rato la televisión y otro rato a él.

— ¿Qué sucede?— Le preguntó levemente enfadado.

— Nada. Solo que. No pareces el típico secuestrador.

— ¿Por qué dices eso?

— No lo sé. No pareces un típico secuestrador.

— Si lo dices porque te cuido, es porque me conviene mantenerte con vida.

— Pero aparte de eso. No lo sé. Es que pensé que reaccionarías peor cuando te vi la cara.

— Y no creas que he olvidado eso.

Karen hundió su cabeza entre sus piernas. Se quejaba del dolor en su mano. La enfermedad le dio una cápsula para aliviar el dolor. En unos minutos ella dejó de quejarse y se durmió. Despertó de repente y le habló. *Soñé contigo. Estaba huyendo de ti, pero corría hacia donde estabas.* Volvió a dormirse. Él apagó el televisor y las luces. Todo quedó en plena oscuridad. Salió a tomar aire, era de madrugada. Recorrió el pasillo. No vio a Archibebe. Encendió el cigarrillo y pensaba en la pelirroja, en lo que acababa de decirle. Hacía cálculos. Ya no quería estar en eso. Se reprochó un poco el deber de estar ahí, sin hacer más nada. Pero sin él, Karen estaría en peor estado de salud. Ter-

minó de fumar, más no tardó en encender otro. La noche estaba sumamente silenciosa. *Dónde carajo está Archibeebe.* Notó que ya no quedaba polvo blanco en la mesita del té. Supuso que el adicto había salido a buscar más. Pasaba todo el día drogado. Se asomó por una ventana. La casa más cercana estaba a unos 30 kilómetros y se encontraba en total oscuridad. Todo lo demás eran árboles. Miró el movimiento de ellos con una brisa pasajera. Su celular sonó. *Tienes que sacarla inmediatamente de ahí. Van para allá. Alguien habló.* Colgó la llamada, le pareció escuchar un auto a una gran distancia. Atravesó el pasillo. Tomó dos armas que estaban en una gaveta. Las guardó a sus espaldas. Se colocó una chaqueta. Entró a la habitación. Despertó a Karen. La mandó a ponerse un suéter y un pantalón. *Apúrate. Apúrate.* La sacó a empujones de la habitación. Salieron por la puerta trasera de la casa y corrieron hacia los árboles. Escuchó llegar un auto a la casa. La mandó a correr a mayor velocidad. Ella lo hizo sin comprender lo que pasaba. Se escondieron entre los árboles. La mandó a tirarse en la tierra. Él se puso encima de ella, rodeándola con sus piernas. *Ponte el gorro.* Karen se acomodó en la cabeza el gorro que traía el suéter incorporado. Su respiración estaba acelerada. Tuvo una esperanza de poder escapar ahora que estaba afuera, pero él seguía ahí, justamente frente a ella. A centímetros de su cara. Se puso nerviosa con la cercanía.

Él estaba haciendo llamadas desesperado, pero no perdía la concentración con el exterior. A ella le re-

sultaba impresionante. *Búscame por la zona 40. Estaré ahí en 20 minutos y si no apareces te juro que te mato.* Colgó la llamada. La ayudó a ponerse en pie. Le indicó que siguieran corriendo. Ahora él la tomaba de la mano. Corrían entre la oscuridad de los árboles. Se escuchaba ruido muy lejano de donde huían. Detonaciones de disparos. Karen soltó un quejido. Estaba corriendo descalza y algo se había encajado en su pie. Se detuvo para tocarse. Había sido una pequeña estaca. Él la cargó y continuó corriendo. Se aferró fuerte a él. Recordó su sueño. Estaba huyendo, con su secuestrador. Sonrió un poco, porque en aquellos brazos encontró una extraña protección. Su ropa se empapaba de sudor y con el roce de su cuerpo en movimiento se lastimaba la mano. Se hizo la fuerte y no se quejó. Un auto encendido los esperaba en una calle poco transitada. Él abrió la puerta trasera. Hizo que entrara. El hombre al volante aceleró enseguida. Por medio del retrovisor buscaba curioso los ojos de Karen. *Acuéstate en mis piernas.* Karen lo hizo. Se recostó sobre sus piernas. Luego entendió el motivo. *Llévame a casa del viejo Culebra.* Aceleró aún más.

El recorrido fue muy breve, al menos así lo encontré. Nos bajamos del auto. Me tomó por un brazo y me obligó a caminar con las manos hacia atrás y con el gorro puesto. La entrada hacia la casa era extensa. Caminamos todo eso porque el auto no entró, sino que nos dejó en la entrada. Estaba repleta de árboles y en la fachada había rosas plantadas. La puerta era gigante, de madera con cristales. Pude mirar un poco

hacia arriba. Tenía dos pisos y también noté que no había casas cercanas. La puerta no tardó en abrirse. Un hombre enorme, pelón y moreno nos recibió. Le dio la mano a él y sólo me miró una vez sin decir nada. Apareció un hombre de la tercera edad, con canas, aunque se notaba muy ágil y con una mirada curiosa y controladora. No quise mirarlo fijamente a los ojos y bajé la cabeza.

— ¿Por qué la trajiste aquí? Mi esposa está en casa. No puede ver a esta muchacha en ese aspecto tan desagradable.

— Recuerda bien, me debes una. Y necesito refugiar-me esta noche aquí.

La Enfermedad no titubeó en ningún momento ante la desaprobación del señor. Y este se notó meditativo.

— Está bien. Vamos rápido al cuarto de huéspedes. Entramos a la habitación. Había una cama muy grande con muchas almohadas. No pude dejar de mirarla. Ellos hablaban a mis espaldas

— ¿Por qué está tan tranquila? Eso no es normal.

— Porque ella sabe que si hace algo indebido le irá mal. Al darme la vuelta hacia ellos, tuve conciencia de que ambos me miraban. Escondí mis labios y bajé la mirada.

— Ya veo, entonces estás aprendiendo— Sonrió mórbidamente— Y dime, ¿puedo jugar un rato con ella? si es que tan entrenada la tienes...

De pronto me faltó la respiración y me sofoqué.

— Te agradezco que me aceptes en tu casa, pero no puedo prestarla. Ella me pertenece.

— ¿Te pertenece? ¿Qué tanto? A ver, demuéstremelo.

El ambiente se tensó. Ellos se mantuvieron la mirada. Yo estaba boquiabierta. Volví a recordar que yo no valía nada. Ni una palabra.

— Te debo una, hijo. Pero estás en mi casa y sabes que en casa ajena se siguen las órdenes del dueño. Quiero que me demuestres ahora mismo que eres tú quien la tiene y no al revés.

La Enfermedad conocía a la perfección lo que se estaba jugando. Miró a Karen que se encontraba melancólica. Sus ojos se humedecieron como un rocío matutino lleno de nostalgia. Se acercó a ella sin espera, sin tardanza. La haló hacia él y le apretó la cintura. El viejo, de quien la Enfermedad se valió años atrás para resguardarse y asesorarse en asuntos pertinentes a su trabajo, se sentó en un liviano mueble que estaba en el cuarto, agregando, además.

— Desnúdala toda y no permitas que grite. Ya sabes, mi esposa está en casa y no quiero que nada la perturbe.

A Karen le caminaba una lágrima por sus agotados ojos irritados de tanto llorar las últimas semanas. Él le sacó la camisa sin violencia y ella tuvo cuidado de no lastimarse de nuevo la mano. Él le tomó la mejilla y le besó en los labios. Karen cerraba los ojos y más lágrimas se desprendían de sus sufrimientos internos. Quitó el pantalón y la empujó a la cama. Completamente desnuda, la Enfermedad acarició su cuerpo. Abrió sus piernas y sacó su miembro. Antes de introducirse en ella, la miró. No supo discernir la forma en que ella lo miraba. Al primer gemido llevó la mano hasta su boca para impedir que hiciera ruidos.

De solo ver, el viejo se excitó. Cuando La Enfermedad terminó el viejo estaba muy erecto.

— Préstamela.

— Te dije que no. Sentenció.

El viejo antes de salir le dejó una llave que correspondía a la habitación. Karen lentamente tomó la ropa y se la volvió a poner. Lo miró tímida, con los pómulos enrojecidos. Él le pasó seguro a la puerta. *Esta noche nos quedaremos aquí.*

Pasadas las horas. Ella se mantenía despierta simplemente esperando que saliera el sol. Él se fatigó de estar en el mueble. Se recostó en un lado de la cama. Ella estaba de espaldas y a una distancia considerable. No compartían palabra alguna. Karen se dio media vuelta y le buscó, se fue rodando en la cama hacia donde estaba su cuerpo. Al encontrarse tan cerca no pudo ignorar su extraña cercanía. Se acercó más hasta llegar a inquietarlo lo suficiente. Posó su cabeza sobre su pecho y dejó caer suavemente su mano izquierda en su abdomen. Se impresionó. No hizo nada. La dejó quedarse allí. Recordó todo lo sucedido, desde el primer instante en que la secuestraron hasta entonces, y reconoció en ella la ponzoña de encontrar alivio en el más puro dolor. La sintió dormirse sobre su pecho y nunca antes la encontró tan serena como en esa ocasión.

Me despertó el recuerdo del último contacto sexual. No era una sensación desagradable, al contrario, fue lo menos doloroso de los últimos días. Me di cuenta poco después que no había sido el recuerdo lo que

me despertó, sino los ladridos de unos perros afuera. Me incorporé en la cama. Estaba sola en la habitación. Noté que había un baño dentro y aproveché para lavarme. No pasaron ni 5 minutos cuando él volvió. Caminó agitado hasta donde me encontraba. Me tomó por un brazo y salimos de allí. No vi a nadie dentro de la casa. A la salida vi al grandulón y un carro estaba encendido. Me mandó a sentarme en el asiento del copiloto. Él se montó al volante. Aceleró el carro y nos retiramos de la mansión. Pude detallar un poco mejor de día. Estaba repleta de lujos.

Él tenía la mirada enfocada solamente en la carretera. Le miraba de vez en cuando, intrigada. Me preguntaba lo que ahora pasaría, lo que nos pasaría, cuánto más teníamos que huir.

— ¿Qué pasará ahora?— Le pregunté.

Estaba preocupada y sabía que se me notaba en la mirada. La mayoría de la gente sabía cuándo estaba triste o molesta, no podía disimularlo. Tampoco esperé que él me respondiera. La ansiedad se apoderó de mí. Me mordía los labios y tenía fruncido el ceño desde hace mucho rato.

Manejó durante horas. Me sentí agotada y de vez en cuando me quedaba dormida. Me despertaba sobresaltada y notaba que él me miraba. No hablaba conmigo por más que intenté que lo hiciera.

— Si llega a pasar algo que no esté planeado— le comenté— no te preocupes, diré que jamás vi a nadie, lo prometo.

— No me consta eso. Porque eso dices ahora que estás bajo mi poder. ¿Pero cuando ya no esté?

Sus ojos volvieron a desnudarme como lo había hecho en ocasiones anteriores.

— Lo juro, no diré nada.

Después de un largo recorrido se estacionó en un lugar recóndito que yo desconocía. Miré hacia los lados en busca de alguien o algo. Y me invadió la sensación de que él estaba a punto de matarme. Aguanté las ganas de llorar. Él no dejó de mirarme.

— Buscaré ayuda por aquí cerca. Si vuelvo y no estás te buscaré y tendré que matarte, Karen — su tono fue seco y abrumador— tus padres no se responsabilizaron por ti. Estamos jodidos y toda la policía te anda buscando.

— Te dejaré este teléfono. El único número registrado allí es el mío. Si llega un carro rojo o carros de la policía, me avisarás. Se bajó del auto.

— Espera, no me dejes sola.

Él me miró desde la puerta del auto, sorprendido. Yo ya estaba llorando. Era con él quien me sentía segura y sin él no sabría qué hacer. Él se notó desconfiado. Cerró la puerta sin decir nada y se fue.

Pasó media hora y no pensé en escapar. Estaba completamente aterrada ahora que estaba sola. Las piernas me temblaban de sólo imaginarme fuera del auto, a la deriva, indefensa, con una mano obsoleta. No quería morir, no quería estar sola y no quería vivir. El teléfono que él me dejó empezó a sonar. Tomé la llamada con las manos temblando.

— Vete, Karen. Puedes salir del carro. Camina, corre, lo que sea. Pero recuerda la promesa que hiciste.

Colgó. No pude pronunciar ni una palabra. No hallaba qué hacer. Su voz pronunciando mi nombre. Su voz despidiéndose de mí. ¿Qué haría ahora? Bajarme del auto me daba terror. Lo necesitaba a él. Quería que volviera. Lloré. Me sentí abandonada. Me eché a llorar como una niña. Estaba muy claro. Él había perdonado mi vida y eso me producía un dolor inexplicable, un dolor mezclado y acumulado con todos los dolores anteriores.

Pasé más de una hora dentro del auto. Llorando sin sentido, porque ahora era libre. Pero ¿Cuánto fue el precio de esa libertad? Podía volver a casa simplemente, pero no era tan fácil. Había perdido mucho más que dos dedos y aún seguía teniendo miedo. Mis padres no habían pagado. Yo no le importaba a ellos. No hicieron nada por mí, no me lo demostraron. El único que había hecho, se había ido. Me había dejado aquí, en medio de la nada. Aún era incapaz de bajarme del carro. Necesitaba que él me dijera qué hacer, que estuviese ahí a mi lado sujetando mi brazo. Porque ya mi vida no valía nada por sí misma.

Desde lo más profundo, una fuerza interior sacudió a Karen y la hizo despertar de una pesadilla consciente. Se encontró tan detestable que no soportó más la idea de seguir metida en el auto. Antes de bajarse revisó la guantera. Encontró algunos billetes. Se secó las lágrimas y se armó de valor. Abandonó el carro. Dudó en llevarse el teléfono, pero lo dejó, ya no tenía caso. Cuando sus pies tocaron el piso todo su ser se estremeció. Ella nunca había tenido tanta conciencia

del mundo como lo tuvo en esa precisa oportunidad donde no podía discernir entre lo que antes podía ser una respuesta sin complejidad. ¿Estaba libre o no? En aquel momento, al caminar por la calle, no supo encontrarle la definición a la palabra libertad.

Capítulo 6

La casa había quedado totalmente destruida. Los muebles estaban hecho trizas en el piso. Los estantes de la cocina regados por doquier. Las habitaciones con todos los artefactos quebrados, incluyendo las luces. Los colchones abiertos a cuchillazos. Caminó sobre los vidrios rotos de una mesa de vidrio en un costado de la sala. Algunas manchas de sangre secas en la alfombra. Se recostó en una pared. Demasiado silencio. Demasiada soledad. Demasiada ira. Entró en lo que quedó de su cuarto. Recogió algunas cosas. Una fotografía de su familia. Metió ropa y objetos personales. Cerró la puerta con llave antes de abandonar la casa para siempre. Ya no tenía nada que hacer allí y decidió ponerla en venta. Caminó por la calle. Al principio sin rumbo alguno, pero ya había decidido lo que haría y cómo lo haría. Estaba dispuesto a vender su alma de ser necesario. Estaba dispuesto a entregarse por completo a una venganza calculada e impecable.

Llegó a un lugar que solo tenía existencia cuando era de noche y donde todos tenían armas incluyendo los niños. Recorrió varias calles donde se visualizaba con efervescencia mujeres embarazadas y ancianos sentados a las afueras de las casas. Lo miraban curiosos porque en esos lugares todos se conocen y una cara desconocida es sinónimo de que algo puede estar por acontecer. Tuvo que llegar hasta el final de una calle, a la casa de los *Moncada*. Estaba bien pintada, tenía unas

paredes altas y cerca eléctrica en toda la fachada. No tardaron en abrirle. Dos hombres panzones con tabacos en las manos lo hicieron pasar amablemente entre la humareda que ambos provocaban. Aarón se encontró poco después en una increíble sala lujosa frente a un televisor pantalla plana de 52 pulgadas donde varios niños veían un partido de fútbol. Uno de los hombres le hizo señas con una mano para que lo siguiera. Llegaron hasta una oficina cerrada, sin ventanas, con algunos libros, papeles y una caja fuerte en el fondo. Los niños gritaban afuera. Luego entró el viejo Moncada. Lo saludó amablemente, aunque no se conocían, pero sospechaba certeramente porque Aarón estaba allí. Le invitó a tomar asiento y él lo hizo. Moncada se sentó en su silla detrás del escritorio.

— En todos los años que tengo con vida, sé reconocer cuando un hombre está verdaderamente molesto. Tan molesto, que sería capaz de matar a alguien, a cualquiera.

Aarón no ocultó su mirada. No tenía razones para ocultar un dolor que estaba envuelto en una furtiva ira que le consumía lentamente.

— Lamento lo de tu hermano. No pensé que le harían algo así y menos arremeter contra toda su familia completa. Supongo que aquél paquete era importante.

Aarón recordó ligeramente la versión que supo de lo sucedido con su hermano días después de despertar en el hospital. Encontraron su cabeza en un basurero. El cuerpo continuaba desaparecido y se sospechaba que se lo dieron a comer a los perros mucho antes de cortarle la cabeza, mucho antes de que estuviese muerto.

— Yo no tengo mucho qué ofrecerte. Podría aconsejarte que esperes que los entes judiciales se encarguen de tu caso, pero estoy más que seguro que eso no es lo que quieres y no creo que, quieras pagar para vengarte. Aunque si vendes la casa de tus difuntos papás, podrías pagar para que...

— No quiero pagar para que venguen a nadie. Yo necesito una venganza por mi propia mano.

El viejo Moncada se echó hacia atrás en la silla. Recostó la cabeza y entrelazó las manos.

— Eres muy joven, no sabes en lo que te puedes meter. Es una banda grande.

— No me importa. Yo quiero hacerlo y no me importa si tengo que hacerlo lentamente, pero lo voy a hacer.

— Y dime, ¿qué es lo que quieres hacer?

— Quiero hacer que sufran y luego matarlos.

— Y dime algo. ¿Estás dispuesto a matar a alguien realmente?

Aarón se quedó pensativo, no porque dudara de la respuesta, sino porque sospechaba la petición que el viejo Moncada podría hacerle.

— Sí, lo estoy.

El viejo Moncada le abrió las puertas. No solamente en su hogar familiar, también en sus negocios. Los primeros meses estuvo observando mientras se cicatrizaban sus heridas de bala. La de mayor gravedad había sido la que estuvo cerca del corazón. Tuvo que guardar reposo y caminar a paso lento, llevar una vida saludable. A Diana, su novia y futura madre de su bebé, no pudo verla en las siguientes semanas trans-

curridas. Hablaban por mensajes y por llamadas. Él se encontraba aislado de ella, era lo más conveniente. No quería involucrarla en nada concerniente a lo sucedido con su familia y tampoco a lo que estaba por suceder. Moncada no tardó en empezar a cobrar los favores por su estadía bajo su cuidado.

El primer delito, es sin duda, el más difícil; involu-dable. Y lo es aún más cuando se debe matar a alguien. La primera muestra de capacidad, de soporte y aguante. Aarón lo tomó como un trabajo y uno muy sucio. Aprendió rápido a disparar. Hacían prácticas en el patio de la casa de Moncada. Nadie venía a ver ni por curiosidad y nadie llamaba a la policía. Allí los guardianes eran ellos. Unos jóvenes entre 13 y 15 años lo enseñaron a armar, desarmar, cargar y descargar diferentes tipos de armas. Le mostraron unas granadas. Le regalaron una junto con una navaja. Aarón sonrió. Siempre había tenido una afición por las armas blancas. O tal vez, sólo añoraba un bisturí.

Todas las noches, en casa de los Moncada hacían una fiesta. Colocaban música a todo volumen. Llegaban mujeres con siluetas perfectas y bien pagadas que se desnudaban de inmediato, abrían las piernas y cualquiera se las podía tirar donde quisiera. Lanzaban algunos tiros al aire. Los borrachos se peleaban y era casual que hubiese algún herido. En esa casa se podía hacer cualquier desastre que se quisiera, porque la esposa de Moncada tenía una lujosa casa aislada de la ciudad y no se enteraba de los asuntos de su marido. Aprendió sobre los tipos de drogas, el mercado, la dis-

tribución, las bandas, los peces grandes, los peces pequeños. El mundo estaba minado por la mafia y él hasta hace menos de un año ignoraba todo eso. Aprendió también el vicio del cigarro. Más no le gustaba drogarse ni alcoholizarse. Aunque hubiese dejado la carrera de medicina, aquello iba contra los pocos principios que le quedaban y cada vez se iban restando más. En vez de salvar vidas, ahora debía quitarlas. *Quiero que mates al gordo que repara electrodomésticos. Primero vigílalo. Ten en cuenta todo lo que hace. A qué hora abre y cierra el negocio. Cuándo sale. Quién lo visita. Si su mujer va a verlo. Si tiene una amante, mierda, necesito que sepas a qué hora va a cagar. Todo. Y luego que lo mates, no te preocupes por el cuerpo. Cuando todos en este puto barrio se enteren no dirán nada y se lo daremos a comer a los perros.*

Estuvo dos semanas detrás del gordo que debía matar. Conoció a detalle toda su rutina. Y supo en qué momento lo iba a matar. Su esposa los domingos en la mañana salía a casa de su madre y los hijos parranderos no estaban en casa nunca un domingo en la mañana. Los niños drogadictos se sentaban a su lado en las afueras de la casa Moncada. Él tenía el don de planificar cómo serían las movidas que ellos debían hacer para que no los tumbaran otros. Ellos empezaron a mostrarse amistosos con él, pero Aarón también tenía el don de la desconfianza y se cuidaba de su pellejo porque sabía que todo estaba en juego. Le comunicó al viejo Moncada que estaba todo listo para matar al gordo. Él asintió y puso en su mano un cuchillo de carnicero. *Quiero que lo degüelles.* Aarón se

heló. Había pensado en matar a alguien, pero a tiros, no con un arma blanca. *Y si no lo haces, me vas a pagar cada moneda que he puesto en ti desde que llegaste.*

Esperó el domingo con ansiedad. Pasaba por su mente cómo haría el corte. *Arteria carótida externa. Vena yugular interna.* Había abierto un cuerpo en sus prácticas de medicina. Pensaba en aquella profesión de cirujano que algún día soñó. Todo lo veía aniquilado bajo aquel crimen que debía cometer. Llegó sin falta el domingo. Y él también llegó sin falta a la casa del gordo a las 5:50 am. Supo abrir la cerradura con un truco que le enseñaron los niños. Entró sigilosamente. Recorrió la casa hasta llegar al cuarto. El gordo dormía boca abajo. Maldijo por la posición que tenía. Se acercó a la cama. Su pulso se aceleró. Estaba sudando frío. Sacó el cuchillo de una pequeña mochila que cargaba con él, lo retiró del estuche donde lo había metido. Pasó el cuchillo por sobre el cuello del gordo. La mano le temblaba. El gordo se despertó. En acto reflejo Aarón se asustó y deslizó con fuerza el cuchillo hacia la yugular, como lo había planeado días antes. El gordo se paró de la cama colocándose la mano sobre la herida en el cuello. Con un puñetazo lanzó a Aarón hacia al piso. Él no soltó el cuchillo y se movió de inmediato dirigiéndose hacia los pies y le cortó ambos tendones de los tobillos. Fue tan rápido que el hombre no alcanzó a impedirlo. Se desplomó sobre él y quedó pisado bajo el peso del cuerpo, que, además, empezaba a destilar la sangre a chorros. Aarón lo empujó hasta quitárselo de encima. El forcejeo fue agotador. Se montó encima

de él, lo agarró por los cabellos y terminó de abrir por completo su cuello. Se hizo un enorme charco de sangre en el piso. Estaba exhausto.

Cuando el viejo Moncada se despertó. Aarón estaba viendo televisión con los niños en la sala. Dudó por un momento de si había hecho lo que le pidió. Pero cuando se encontró con su mirada, estuvo totalmente seguro que había cumplido.

— Eres diferente. Le comentó aquella tarde cuando descuartizaba un cochino para una fiesta.

Moncada le asignó un trabajo como su guardaespaldas. Pero el viejo no salía casi de casa, sólo cuando era totalmente necesario. Así que decidió asignarlo a hacer trabajos en la calle con uno de sus hijos que se dedicaba al comercio de la marihuana. Poco a poco, con los meses, Aarón se convirtió en el matón de los Moncada. Tenía el ojo y la medida para hacer que todo fuese equilibrado. También agudizó el instinto para saber cuándo un negocio valía la pena, para saber quién estaba apto para cumplir y quién no.

Una vez, sucedió que uno de los trabajadores del hijo de Moncada para el que trabajaba Aarón, se había tragado un diamante y él lo descubrió. Lo mandó a cagar después de darle un laxante, pero no salía. *Mátalo*, le dijo el viejo Moncada. Y Así lo hizo. Ábrelo. Y también lo hizo, como si fuese el médico de la autopsia. La forma en que abrió el cadáver y fue explorando el estómago con sus guantes y su precisión para ir sacarlo los metros de tripa, abrir, destripar y sacar, provocó que el hijo de Moncada saliese espantado

del lugar. El viejo Moncada fingía no encontrarse impactado por lo que veía. Aarón le hacía comentarios y uno de ellos fue: *este hombre estaba muy enfermo. Su hígado ya no aguantaba más, está muy destrozado.*

— Su peor enfermedad fue encontrarse contigo—
Ironizó Moncada.

Aarón sacó el diamante y se lo entregó en las manos aún lleno de sangre. El viejo limpiaba el diamante y asentía.

— Sí, señor. Tú no eres el médico de la familia, tú eres la enfermedad.

Dos años después, el viejo Moncada le hizo saber a Aarón que ya estaba listo para realizar lo decidido en el primer momento que había llegado allí. Ya para entonces, Aarón tenía una lista de muertos encima y se sentía rotundamente preparado para lo que fuese. Se encargó, además, de que a Diana no le faltara nada y había podido mantener a su hija, Daniela, la que podía ver muy poco. Le dio muchas comodidades, porque una gran cantidad de dinero que ganaba en su trabajo se los mandaba a ellas y también las había mandado a otra ciudad para que no se pudiese encontrar un vínculo obvio entre ellos. En eso era sumamente cuidadoso ya que era lo único que le importaba mantener con vida, aunque no pudiese estar con ellas.

Moncada estaba agradecido con Aarón y le ayudaría a que tomara el mejor camino para llevar a cabo su venganza. Lo llevó a conocer a un pez gordo, que era rival de la banda de quienes habían mandado a matar a su familia. El primero que le presentó fue al señor *Esteban Serrano*.

— Este es mi mejor hombre, Esteban. — Comentó Moncada— Le decimos La Enfermedad.

— Ah muy interesante, es un placer.

El Sr. Esteban le extendió la mano y luego se la apretó con la otra.

— Siento que nos llevaremos bien. Me han hablado excelente de usted.

Capítulo 7

Pasaba horas mirando por la ventana, detallando los carros, la gente que pasaba caminando por la acera, a los vecinos, que solían voltear a mirarla cuando la veían detrás del cristal. Ella se escondía para no tener que saludar. Permanecía despierta hasta altas horas de la madrugada los primeros meses que volvió a casa. Se quedaba mirando al techo fijamente en un silencio abrumador donde se resguardaba del mundo. Durante dos meses no volvió al liceo. No quería lidiar con la gente, no quería ver a nadie, ni a sus padres. Se miraba su mano izquierda y extrañaba ver sus dos dedos. Lloraba amargamente cuando nadie la veía. Comía muy poco y su salud flaqueaba.

Su madre la llevaba a terapia. La psicóloga le dedicaba una hora cada viernes. Karen se encogía de hombros. Ella ya no quería hablar de lo sucedido. Por las noches, la despertaban los recuerdos. Cuando le cortaron los dedos, ella corriendo por el bosque, las violaciones. Se tapaba la boca con las almohadas para ahogar sus quejidos de dolor. Entonces lo recordaba, a la Enfermedad, y se iba calmando, hasta quedarse dormida. Despertaba con la sensación de haberlo tenido encima, de que no la dejaba respirar y del olor que emanaba de su piel. Al contarle ese sueño a la psicóloga, anotaba con detalles cada descripción. Ella soltó por un momento el lapicero. Meditó unos segundos

— Dime Karen, ¿cómo es ese olor? ¿qué te hace sentir? Karen se estremeció. Se sintió acorralada. Y fingió no saber. Se fue a casa pensando en eso. Y conscientemente se negaba lo que aquella sensación le transmitía. El sueño se repitió en otras oportunidades, lo miraba de cerca y sentía su espiración sobre su boca. Cada vez le contaba menos detalles a su psicóloga, y a su vez, esta comprendía mejor.

— Karen, dices que lo mirabas de cerca... ¿Llegaste a ver la cara de tu secuestrador?

Se sintió incómoda de inmediato. Enmudeció.

— Linda, sabes que lo que hablamos es confidencial. Dime, — Hizo una pausa— ¿lo viste?

Ella había declarado ante la policía, ante su familia y a cualquiera que le preguntaba, que jamás vio a nadie. Que nunca habló con ninguno y que jamás supo dónde estaba. Lo único cierto era lo último.

— Yo no lo vi. Yo solo imagino que lo vi, por eso lo veo en mis sueños.

La doctora, pensativa, llevaba notas de todo lo conversado. Ella no pudo ocultar sus nervios. Después de unas semanas, Karen no quiso volver. Le dijo a sus padres que se sentía mucho mejor y que estaba superándolo. Su madre seguía muy preocupada y lloraba cuando se duchaba, para que nadie la viera, mucho menos su hija.

Su hermanito miraba horrorizado su mano y ella la escondía, al igual que en clases. Colocaba la mano debajo de la mesa y no la dejaba a la vista a menos que fuese muy necesario. Todos la trataban ahora, le

preguntaban cómo estaba, si se encontraba bien. Eso la abrumaba. Se había acostumbrado a la invisibilidad de su carencia social. Y ahora, ser un centro de atención sólo porque algo horrible le había pasado, la hacía sentirse mucho peor. ¿Te dolió? Le preguntó un compañero de clases un día. Una chica del salón le respondió a regañadientes. *Eso no se pregunta, imbécil. Si yo te cacheteo, llorarías como una mamita.* La compañera, después de golpear la cabeza de su amigo, se volteó hacia ella y le dijo: *no le hagas caso, los hombres no saben lo que duele que te desvirguen sin que lo desees.* Karen enrojeció. Ese día salió espantada de la escuela y no quería esperar que su padre la fuese a buscar. Se ruborizó apabullada, haciéndose la fuerte para no romper en llanto allí. Quiso esperar a su padre fuera de las instalaciones escolares donde hacían la cola los carros alborotados que tocaban la corneta seguidas veces para llevarse a sus hijos. Karen, entre la bulla y el desespero en su cabeza, le provocó salir corriendo hacia en medio de la calle. De pronto, un miedo inquebrantable la invadió paralizándola por completo. Tuvo miedo de las personas a su alrededor, tenía miedo de que encapuchados llegaran repentinamente y se la llevaran cargada, que tocaran su cuerpo desnudo y que no pudiese usar las manos porque no tenía dedos. Quiso desaparecer en ese momento. Alguien puso una mano sobre su hombro y ella emitió un grito desgarrador. Algunos estudiantes voltearon a verla y se quedaron mirando. Había sido un profesor que la vio sola y se acercó para saber si estaba bien. *Estoy*

bien, Estoy bien, repitió como 6 veces. El profesor la llevó de la mano hacia dentro del liceo.

— Creo que tuvo un ataque de pánico. —le comentó el profesor a la directora— Es mejor que espere a su padre aquí dentro.

La directora asintió preocupada. Se sentó a su lado en un banco del pasillo. Le puso una mano en el brazo.

— Srta. Estrada, ¿cómo se siente?

Karen la miró furiosa.

— Hace tres meses nadie me preguntaba cómo estaba, nadie me miraba, a nadie le importaba, a ningún bastardo de esta maldita escuela. Y ahora, todos quieren saber cómo estoy, qué pienso, cómo me siento, como si fuese muy fácil decirlo, como si alimentara sus ganas de chismorrear con mi respuesta o como si responder que estoy bien me hiciera sentir mejor. Ahora a todos le intereso porque soy la muchachita indefensa que secuestraron, violaron y le quitaron los dedos. Ahora todos los que me ignoraban saben que fui violada, como si su lástima me sanara. ¿Sabe qué? Váyase a la mierda y piense mejor en lo que pregunta. Karen se puso de pie y salió corriendo. La directora quedó sin palabras, con los ojos llenos de lágrimas. Corrí hasta las afueras del liceo. Estaba tan molesta, con todos. No era justo que los demás supiesen mis desgracias y que las divulgaran como una noticia cualquiera. No podía comprender por qué el mal ajeno provocaba tanta curiosidad. Salí corriendo hasta la parada de buses más cercana. Mirada a todos a mi alrededor. Me atormentaba tener miradas sobre mí. El

bus llegó y me monté. El recorrido fue rápido. Luego de unos 15 minutos me encontraba a una cuadra de la casa. Apresuré el paso para llegar pronto. Al entrar, mi padre estaba haciendo una llamada. Cuando me vio, soltó un suspiro. *Ya está aquí.* Y colgó. Mamá me saltó encima y me abrazó.

— Oh Dios mío. ¿Dónde estabas metida? ¿Por qué no esperaste que tú papá fuese a buscarte?

— Haces muy mal, Karen, muy mal —Me regañaba mi papá — ¿Tú no entiendes que no puedes andar sola? ¿Quieres que te vuelvan a secuestrar?

— Alberto ¡Basta! No le digas eso a la niña, no le hace bien escuchar eso.

Mamá empezó a pelear con mi papá y cada vez que se respondían alzaban más la voz, hasta llegar a los gritos. Me senté en el mueble de la sala, queriendo no escuchar lo que se decían.

— Ella sabe que debe esperarme dentro de la escuela, que no debe salir y menos venirse sola a casa sin responder el teléfono siquiera. Encima le dijo un montón de cosas a la directora. Yo no sé qué gana con esa actitud.

— Pasó por algo fuerte, no puedes simplemente borrar lo que pasó. Hacer como si nada.

— No estoy haciendo como si nada. Me preocupa que quieran llevársela de nuevo. Y tú sabes muy bien por qué lo estoy diciendo.

— Eso no pasará, Alberto. Deja ya de repetir esas tonterías. La policía no va a permitir que eso pase.

— Claro, la policía. No seas ingenua.

— Hablas como si no te doliera una mierda.

No pude soportarlo más, me fui a mi habitación, tranquilé la puerta con seguro y me eché a llorar. Todo se había venido abajo, se había destrozado sobre mi cabeza y me había derrumbado también. Le daba vueltas a la conversación que ellos tenían. Escuchaba los gritos desde el cuarto. Me tapé los oídos con las almohadas. Era una pesadilla de donde no podía despertar. Era un laberinto sin salida y yo quería morir a vivir así, con aquella piedra en el estómago que pesaba y no me dejaba respirar bien. Sus palabras se repetían en mi cabeza. Todo volvía como grabado con tinta indeleble en mi cabeza. El hombre con dientes amarillos sobre mí con su olor nauseabundo desgarrándome por dentro. Me daba golpes en la frente, ya no quería recordar más. Ya no quería tener esa sensación tocándome. Quería tener mis dedos de vuelta y nada de lo que perdí podía recuperarlo. Nada. Había perdido absolutamente todo. Ya no tendría una primera vez con quien yo quisiera. Ya no tendría la ocasión de contarle una anécdota feliz a alguien a quien llegase amar. Todo se volvió gris, todo se oscureció. Miré mi rostro en el espejo y no era el mismo. Nunca lo sería. Nunca podría ser lo que alguna vez fui. No me quedaba nada, ni ganas de vivir.

La noche cayó y salí del cuarto con algo de fatiga. No había comido nada durante el día. Mamá estaba sentada en la cocina con la cabeza gacha. Me quedé mirándola. Subió la cabeza y sonrió al verme, pero en sus ojos había rastros de lágrimas secas.

— Hija mía— tocó mi rostro con su mano — No sabes cuánto te amo.

— ¿Por qué no pagaron por mí? ¿Por qué no hicieron algo a tiempo?

— Karen, lo intentamos. Era demasiado dinero lo que pedían. No pudimos. Preferimos llamar a la policía.

Lo intentamos, hija. Lo intentamos. Su madre la abrazó con todas sus fuerzas. Karen ya no se lamentaba en su interior, la resignación había inundado cada partícula de sus convicciones, de sus sueños y sus aspiraciones. Su madre le abrazaba para no darle la cara, estaba sumergida en un desespero, en una ansiedad, en una zozobra inagotable. Aquel abrazo duró demasiado tiempo, y sin duda, fue el último abrazo de tal magnitud que se dieron.

Karen empezó a aislarse dentro de su propio hogar, al notar que su padre estaba completamente amargado cuando se encontraba en casa, al percibir que su madre se irritaba al verlo llegar. Las peleas que ambos tenían cada noche, cuando todos intentaban conciliar el sueño, terminaron por quebrantar el corazón de quien tenía destrozado todo.

Karen pasaba las noches sin dormir, de día andaba dormida despierta. Sus notas fueron descendiendo. Su relación con los compañeros se volvió mucho más tóxica. Terminó alejada de todo el grupo y lo bueno, para ella, es que eran sus últimos meses en la escuela. No quiso volver más a la terapia los viernes. La relación de sus padres empeoró tanto que el secuestro de Karen pasó a un segundo plano. Ya no era relevante

en sus vidas, y asumió, que ella tampoco lo era. Y con el pasar de los días, todo se volvía más tenue y vacío. Se encerraba en su cuarto, trancaba la ventana, apagaba la luz, se quedaba en total oscuridad y se dedicaba a contarse el cabello por segmentos, una y otra vez. Entonces, con el transcurrir de las horas, le parecía vislumbrarlo en las penumbras. Llegaba con su capucha, se la quitaba, se acercaba sigilosamente hasta ella con una navaja en la mano y le amenazaba con palabras mudas. Observaba el movimiento de sus labios, se acercaba a ella y a pocos centímetros de su cara, la miraba sin espabilar y luego la besaba. Karen despertaba con la sensación de tenerlo encima de ella, sin dejarla respirar. Y soñaba que *estaba huyendo de ti, pero corría hacia donde estabas*.

Al principio no sabía qué me estaba pasando. Me veía atrapada entre una enredadera de recuerdos asfixiantes. Me sofocaba en la oscuridad. Y no lograba desprenderme del mal que me provocaba yo misma. La gente me resultaba falsa, hipócrita, desinteresada, sin emociones. Por eso no quería salir, no quería relacionarme con nadie. Evitaba encontrarme con las personas que sufrían por la falta de algún objeto material, de alguna mala suerte momentánea, de alguna pérdida de algo recuperable. Me costó mucho entender qué era lo que quería para calmarme, para ventilar mi alma y esclarecer lo dañado en mí. Quería encontrar un poco de alivio en lo que me hacía daño. Entonces comencé a encontrar tranquilidad en la soledad, en la oscuridad y en el silencio. Fui perforando en mi dolor y quise ser la dueña de él. La única

que tuviese acceso. Y la Enfermedad se quedó conmigo como la medicina del mal.

Los recuerdos que le hicieron daño, lentamente los fue haciendo a un lado como un mecanismo de autodefensa. Los recuerdos regulares, que ni ella misma podía clasificar, se quedaron. Y ahí estaba él, radiante; libre de culpas, y culpable de todo. Aguardaba todo su sufrimiento y la despejaba de su tortura. La que él provocó y fue partícipe de ello. Acariciaba la grandiosa idea de que no lo vería nunca más y mientras reía, también lloraba.

Una tarde, aburrida de pensar, buscó el número telefónico de su amigo, el que hacía tatuajes. Revisó sus fotos en moto, sin camisa, en bóxer, sus tatuajes. Ya nada de eso le infundía temor. Ahora estaba ansiosa por hablar con él. *Hola Matías*. Él no tardó en responder. *Hola niña, tiempo sin saber de ti*. Ya nada en él le activaba las alertas del peligro. Ahora estaba totalmente interesada en conocerlo. *Quiero verte*. Él se mostró curioso. *Usted dígame dónde y ahí estaré*.

A la tarde siguiente se escapó de casa sin decir nada. Tomó un autobús que la dejó en frente de la plaza donde se vería con Matías en el centro de la ciudad. Él ya estaba ahí, recostado de su moto, con pantalones negros, botas de rockero, el cabello despeinado y el brazo izquierdo cubierto de tatuajes. A ella le saltaba el corazón y cuando lo vio de cerca, le saludó con la mano. Él sonrió.

— No sabes cuánto quería conocerte. Pero como ves, yo soy un tipo que no es agradable para las personas como tú.

— ¿Cómo puedes asegurar eso?

— Bueno Karen, tú misma lo has dicho. Eres una niña de mamá y papá y yo soy este loco que quiere fumar, pero no lo haré porque estoy contigo.

A Karen, un nudo enorme en la garganta le prohibía hablar con soltura. Lo miraba y quería salir corriendo con las mismas ansias con la que anhelaba quedarse. Luchaba con todos sus demonios.

— No importa, puedes fumar. No me molesta.

Se sentaron en un banco y él encendió un cigarrillo. Ella no espabilaba por la curiosidad de verlo. Él hablaba fluido. Le contaba de los pedidos que le mandaban a hacer en el trabajo. Que había llegado una mujer con su marido porque quería tatuarse una inicial en la frente vaginal. Y que le hizo el tatuaje con el marido de ella a su lado.

Él continuaba hablando y ella no decía nada. Sentía náuseas y la necesidad de irse, porque el estar fuera de casa sola le producía vértigos y se le comprimía el estómago. Él la miraba también, intrigado, le preguntaba qué había sucedido que la empujó a conocerlo así, sin mucho rodeo. Ella no supo responder, los nervios la aniquilaron.

— ¿Te encuentras bien?

— No, no lo estoy.

Karen se paró y salió caminando espantada. *Oye, espera. ¡Karen!* Él corrió tras ella y la alcanzó.

— ¿Qué sucede, niña?

— No, no me siento bien. Necesito volver a mi casa. Disculpa.

Él dejó que se fuera. Ella se apresuró para regresar a prontitud. Tardó en llegar porque se presentó tráfico. Entró en casa media hora después. No había llegado nadie todavía, su padre trabajaba y su madre salía por las tardes. Fue a su habitación, cumplió paso por paso la rutina de cada encierro. Trancar la puerta, cerrar la ventana, apagar la luz y meterse en la cama hasta sentir que él estaba sobre ella, respirándole en la boca y así la crisis pasaba. Le escribió a Matías apenas se sintió mejor pidiéndole disculpas de nuevo. Le comentó que se puso muy nerviosa y que para la próxima prometía estar más serena.

Pasaron dos días y se volvieron a ver en el mismo lugar público. Él la esperaba con sus mismas botas y el cigarrillo en la boca. Se notaba distinta, un poco menos nerviosa que la vez anterior. Respiró profundo y le dijo sin más.

— Enséñame a fumar.

Capítulo 8

De lo que alguna vez fue, no quedó absolutamente nada distinguible en ella en los cuatro años siguientes. Empezó una vida universitaria inestable y su conducta se volvió cada vez más volátil y rebelde. Su indiferencia ante cualquier situación le trajo como consecuencia una pésima relación con sus padres, que después del secuestro nunca mejoró, al contrario, no hizo más que empeorar. Todo lo que hizo para superar el trauma del secuestro no fue más que sacrificarse y cavarse una propia tumba en el mundo de los vivos. Había escapado de su realidad huyendo hacia lo que más temía.

En el lapso de esos cuatro años su padre comenzó un trabajo distinto, en el que sólo podía estar en casa sábado y domingo. Karen no solía estar con ellos los fines de semana, así que dejó de verlo. Eventualmente se encontraban un domingo cada mes y se sorprendían de verse. Y con su madre, había comprendido que lo que único que tenían en similitud eran sus cabellos rojizos y las pecas en el rostro.

No era mi intención llevarme tan mal con mi mamá. Lo que pasaba es que cada año nos entendíamos menos. Ella quería una vida excelsa, donde todo lo comprendido ahí estaba encerrado en una cúpula de cristal. Y lamentablemente, yo estaba fuera de esa cúpula. Yo me encontraba en el charco de agua sucia que se formaba después de la lluvia jugando a chapalear en ella porque no tenía otra opción.

— Has elegido esa actitud frente a la vida. Todo en esta vida siempre puede ser de otra manera, Karen.

—Reprochaba mi madre.

— Claro, cierto que yo elegí que un bastardo metiera su pene en mi puta vagina en contra de mi voluntad.

— ¡Cállate, Karen! No quiero escucharte más hablar así. Ya basta de que vivas recordando eso.

— Lo dices porque tú no viviste lo que yo viví.

— ¡No te vas a ganar un lugar en el cielo por esa causa si te sigues comportando como una perra!

Después de vociferar aquellas palabras Karen no volvió a discutir sobre eso con su madre. Se dejaron de hablar durante una semana. Y en esos días llegó a la conclusión de que tenía razón, que no tenía por qué condenar a todos a su sufrimiento por algo que le había pasado solamente a ella. Por más de injusto que le resultaba nadie tenía por qué acompañarla en su suplicio. Ahora, ella sólo quería saborear un poco la nostalgia, la melancolía en solitario, como llevaba mucho tiempo haciendo.

Se volvió adicta al alcohol y al cigarrillo. No podía beber sin fumar ni fumar sin beber. Todos los fines de semana se la pasaba totalmente alcoholizada y despertaba por las tardes en la cama de Matías, con quien se veía esporádicamente para beber y fumar. No era su novio, tampoco quería que lo fuese, pero almacenó en él todo lo que sentía que no llegaría a experimentar con otro hombre. No estaba segura si lo amaba, pero lo quería. Él era su confidente, su amigo entrañable. Cuando decidió tener relaciones íntimas con él estuvo

muy ebria. Sin embargo, ella recordaba las violaciones y sin que él se diera cuenta, después de los primeros actos sexuales, se iba al baño a vomitar, lloraba, se fumaba un cigarrillo y volvía a la cama para dormir abrazada a él. Con los meses, con los años, se empezó a esfumar la cara de *La Enfermedad*. Ya no lo sentía sobre ella asfixiándola. Ahora, era un recuerdo que le producía paz por la distancia en el tiempo.

Un día, tuve la inquietante impresión de que yo no encajaba en el lugar donde vivía. Por más que busqué las formas de encontrar paz donde me relacionaba, nada me llenaba, nada me calmaba. Iba a algunas clases de la universidad, me sentaba sola en los últimos asientos, me salía antes de que terminara la clase y terminaba el semestre con todas las materias reprobadas. Volvía a inscribirlas, volvía mi madre a pagar el semestre y me empeñaba en pasar algunas. El mundo no tenía nada que ofrecerme. Caminaba por las calles con un cigarrillo en la mano. Empezaba a llover y no tomaba el bus. Pasaba horas caminando hasta llegar a casa empapada. Mi mamá se notaba cansada de mi comportamiento, y muy en el fondo, tenía lástima de ella. Todos los viernes me iba a alguna discoteca, bebía y bailaba hasta el amanecer, pero a veces, en muchas ocasiones, repudiaba a la gente a mi alrededor. Me hacía infeliz la felicidad en ese lugar que no era nada. Sólo un montón de extraños bailando juntos que no se conocían y si llegaban a hacerlo, algunos se irían a drogarse juntos y a tener sexo, luego al paso del tiempo, serían los perfectos extraños, mucho más extraños que al principio.

Cuando le pedí a Matías que me hiciera un tatuaje, no reconocí a la Karen de 17 años que no pensaba jamás en tatuarse la piel. La recordé con nostalgia, la extrañaba tanto. Hubiese deseado que no se la hubiesen llevado nunca y que siguiera aquí conmigo. Sin abandonarme. Ahora yo era lo que quedaba de su existencia y tenía el helado pensamiento de que seguía en cautiverio. Por eso quise que me tatuara en la espalda *Libertad*. Lo quise en el lado derecho de ella, escrito en vertical, donde yo no pudiese verlo, porque era lo que menos encontraba. Y con aquel desespero que me inquietaba hasta el cansancio, decidí irme de casa, irme de la ciudad.

Empezó a hacer planes con paciencia, sin comentárselo a nadie, ni a Matías, porque quería irse sin él. Sola. Buscó trabajo en una tienda vendiendo ropa. Ella les sonreía a los clientes cuando les atendía. Buscaba las tallas que pedían, y ellos, no dejaban de mirarle la mano izquierda. Karen tenía la inconsciente costumbre de esconder su mano para evitar preguntas incómodas y explicaciones mucho más incómodas. Detestaba que la gente supiese lo que sucedió, por lo que solía inventar accidentes en un taller mecánico donde trabajaba su padre cuando era niña, o cuando trabajaba en la carnicería de una tía. Se las había ingeniado para inventarse unas historias un poco amorfas, pero que callaban a las personas.

Ahorrraba todo lo que ganaba en el trabajo durante meses continuos. Miraba un viejo Camaro rojo que su padre había mandado a arreglar después de haberlo te-

nido varado muchos años. Pensaba robárselo y huir en él. Le pidió a Matías que la enseñara a manejar y sacó su carnet de conducir. Era muy torpe para manejar, y lo peor, es que le gustaba acelerar con todo el pie hundido. Matías a su lado, fingía que no estaba nervioso y tuvo el profundo presentimiento de que Karen, con sus instintos cuasi suicidas, se terminaría matando en una carretera. *Recuerda, no bebas demasiado cuando conduzcas, Karen, por favor.* Matías se estresaba mucho con ella, ya que terminaba haciendo lo que se le decía que no hiciera. Matías quiso zafarse de la pelirroja. Dejaba de buscarla y se escondía cuando se encontraban en lugares que se hicieron comunes para ambos a causa de él. Estaba totalmente convencido de que ella no estaba bien. Buscó a otras mujeres, le hacía saber que tenía a otras además de ella. No solo se quedaba, por su parte se relacionaba con las otras. Terminaba cada madrugada recogiendo en donde sea que estuviera, absolutamente ebria. Así como en incontables ocasiones tuvo que llevarla al hospital con intoxicación por excesivo consumo de alcohol.

Una vez, estuvo tan enferma a causa de la bebida, que la montó en la moto, la amarró a su cintura y la llevó a su casa. La madre de Karen se encrespó al verlo. *Tú eres el desgraciado que tiene a mi hija así, dañada y enferma. Has sido uno de los causantes de que esté así. ¿Es que acaso no tienes sentido común?* La retahíla de insultos y regaños hacia Matías fueron intolerables para él, quien se tomó todo muy en serio, ya que tuvo que cargar a Karen, totalmente fuera de sí hasta su cama, dejarla ahí al cui-

dado de una madre furiosa que no se calmaba con ninguna excusa. *Señora, lo siento, yo no la he obligado a nada. Yo sé que no debería dejarla tomar tanto, pero ella...*

— Ni una palabra más. Quiero que te alejes por completo de mi hija. Y si no lo haces, haré que te alejen de ella. Ya es demasiado. ¿No ves hasta donde ha llegado todo esto?

Matías no volvió a recibirle ni una llamada, ni responderle un mensaje. Karen se concentró de lleno en cumplir con lo planeado. Irse de allí. Tomó el dinero que logró reunir. Vendió su computadora, un reproductor y otros objetos de menor valor. Hizo dos maletas. Dobló todo en orden para que cupiera gran parte de su ropa. En otro bolso, llevó sus documentos, algunos enlatados, comida chatarra y una botella de vodka. Entró a la habitación de sus padres cuando estuvo sola. Tomó las llaves del camaro de una gaveta, encendió el vehículo una mañana en la que ni su madre ni su hermano estaban en casa y se fue. En el camino, cuando fue dejando atrás su casa y lo conocido, no tuvo ningún remordimiento. No dudó en lo que estaba haciendo, y creyó sentirse libre.

Horas después, empezaba a caer la tarde. Miré un atardecer hermoso, con tonalidades de rojos difuminados por todo el cielo. Aquella vista significada mucho para mí. Y, sobre todo, un nuevo comienzo. Me cansé un poco del manejo. Orillé el auto para descansar y estirarme un poco. Revisé mi teléfono. Tenías unas 11 llamadas perdidas de mi madre. Bloquéé su número para que no me pudiera volver a llamar. Leí

los mensajes que habían llegado. *Karen, ¿dónde estás? ¿te llevaste el carro de tu papá? Si hiciste esa locura, vuelve rápido a casa.* Lancé una carcajada al aire. El viento despeinaba todo mi cabello. Estaba tan feliz. Leí otro mensaje. *Soy Matías, llámame apenas leas este mensaje.* Dudé antes de hacerlo, aunque sí quería saber que tenía por decirme y lo llamé.

— Dime Matías, y que sea rápido porque no tengo todo el tiempo.

— Karen, al fin... ¿Dónde estás?

— Me extraña que quieras saberlo. Pensé que ya no querías saber nada de mi después de todo lo que mi mamá te dijo.

— Quiero que me digas ahora mismo dónde estás. Iré a buscarte.

— ¿Y para qué?

— Necesito que me digas ahora mismo dónde estás. Pensé y analicé un poco la situación. Por qué razón me llamaría con tanta ansiedad de saber dónde estaba.

— ¿Estás con mi mamá, cierto? ¿Te pidió que me llamas?

— Karen... sólo regresa con el auto, ¿quieres?

Le colgué. Mis sospechas eran verídicas. Sabía que ella haría lo que fuese por saber dónde me encontraba con el auto. Utilizó a Matías para sacarme información. Cómo había conseguido el número de él, tal vez hurgando en mi teléfono cuando estuve ebria. Lo que aún ella no sabía, es que yo no pensaba regresar.

Capítulo 9

Poco tiempo después de conocer al Sr. Esteban, Aarón cayó en cuenta que estaba metido en una de las bandas más importantes y poderosas del país. Preparaban drogas, la repartían y exportaban. Estaban completamente organizados, por liderazgos, por experiencia, y por nivel de confianza. Además de la droga, se dedicaban al comercio de niñas vírgenes de 9 a 14 años como máxima edad. Mataban, secuestraban, torturaban y manipulaban a quien quisiesen. Él estuvo bajo prueba las primeras semanas. Pero el Sr. Esteban no lo quería para cualquier cosa y se lo hizo saber de inmediato.

— En primer lugar, quiero que tú vengues a tu familia. Es lo primero que te mereces. Y como ya Moncada me pidió que ayudara con eso, me adelanté un poco con ello. Ya sé quiénes fueron. Y te lo digo yo, no tienes de qué preocuparte. No son demasiado importantes y a su jefe no les importa perderlos. Prefiere sacrificarlos a ellos, antes que a mí. Estos son.

Le lanzó sobre una mesa las fotografías de los cuatro hombres culpables de la masacre de su familia. Aarón memorizó esos rostros y saboreó el placer de la futura venganza.

— Este sábado tendrán una reunión privada en uno de los salones de fiesta de mi club. Jamás sospecharán nada. Y si dudas que hayan sido esos, puedes torturarlos, todos terminan cantando.

Estaba tan enfurecido con los recuerdos encendidos que no pudo dormir esa noche en la cama que tenía en su nueva casa donde vivía completamente solo. Ahora tenía una estabilidad económica muy elevada, pero nada de ese le era importante. Solo quería que los culpables pagaran lo que hicieron. Destrozaron su familia, su hogar, su futuro. Y ahora, él era indomable. Les tocaba pagar desde el primer tiro que lanzaron a su casa hasta haber dejado la cabeza de su hermano en un basurero.

Llegó el sábado. No hablaba. La concentración en lo que estaba por suceder acaparó toda su atención. El Sr. Esteban se le acercó. *No irás solo, te enviaré con Tony y sus hombres.* En total, fueron 12, contándolo a él. Llegaron a la fiesta. En la entrada del salón los detuvieron los vigilantes. *No pueden pasar, es fiesta privada.* Tony le metió un tiro en la cabeza al primer vigilante que habló. El otro no hizo nada. Recibió un tiro por inepto. Entraron lanzando tiros al aire. Mujeres en bikini con los senos al aire se lanzaron al piso pegando gritos. Dispararon a varios hombres que intentaron sacar sus armas.

— El que vuelva a sacar un arma le voy a cortar las bolas. — Gritó Tony.

Aarón mandó a que agarraran a los cuatro bastardos, los amordazaron y los metieron en una camioneta con los ojos vendados. Cuando los hombres pudieron ver se encontraban en una morgue. A sus costados estaban otros cuerpos. Se miraron a la cara y miraban a La Enfermedad, frívolo, jodidamente furioso.

Les preguntó, *¿me recuerdan?* Los cuatro, amordazados con alambres, parecían no tener ni remota idea de lo que pasaba. Uno habló.

— ¿Eres un matón de Gonzalo? El muy maldito nos mandó a matar ¿Verdad?

— No soy el matón de Gonzalo. Pero soy alguien a quien han visto antes y quiero que, cuando uno de ustedes me recuerde, lo diga en alto, para hacer que su tortura sea menor.

— Maldito, yo no sé quién mierda eres tú.

La Enfermedad abrió un maletín. Sacó un alicate. Los hombres se tensaron y tragaban grueso.

Hace tres años, ustedes masacraron a una familia. Y quiero que ahora mismo me digan, quién les dio la orden de matar a esa familia. Cuento hasta tres y empezaré.

— Mierda, danos más detalles. Hemos hecho eso tantas veces.

Se puso en frente de él, se le quedó mirando fijo.

— ¿Nada de mi cara te trae recuerdos? ¿No me parezco a nadie?

En ese instante le metió un puñetazo directamente en la nariz. Lo agarró por la mandíbula, le abrió la boca y le arrancó un diente con el alicate. EL hombre soltaba alaridos que desconcertaron a los otros. Uno de ellos respondió.

— Yo sí me acuerdo de ti. Eres el hermano del puto Mati. Era una marica, un sapo drogadicto, se buscó lo que le pasó.

— Pero dime. ¿Acaso mi madre merecía lo que le hicieron?

El hombre tropezaba con las palabras y no terminaba por decir ninguna excusa aceptable para él. Fue de nuevo hasta el maletín, sacó un cuchillo y se acercó a este. Sin pensarlo, le clavó el cuchillo en el pecho. Lo sacó. El hombre seguía vivo, viendo impactado la sangre salir por la herida. La enfermedad miraba a los otros tres.

— Ahora, díganme de quién fue la orden.

— Tu hermano le debía a los gemelos Alfonsinos. Ellos lo mandaron a matar porque tu hermano se había robado una pertenencia de ellos.

— ¿Y dónde están esos supuestos gemelos Alfonsinos?

— Son sobrinos de Gonzalo, el patrón para el que trabajamos. Esos becerros son los que dieron la orden. Nosotros solo cumplimos.

— Me contenta que hayan terminado por afirmar que fueron quienes hicieron el trabajo. Y, además, me tranquiliza. Pero no es suficiente.

Aarón volvió a tomar el alicate. Estuvo horas haciéndolos gritar. Tony se fumaba un habano afuera y se reía. Para ser un recién llegado, estaba convencido de que La Enfermedad tenía las agallas para este mundo. Se veía cansado cuando salió. Quitándose el delantal de cirujano con las manos ensangrentadas. Se lavó las lavó con abundante agua.

— Supongo que están muertos— Comentó Tony.

— Supones bien.

Tony se echó a reír.

— Y supongo que también te sientes mejor.

Aarón no respondió.

— ¿Quieres que te invite un trago? —Le preguntó.

— No. Y gracias por acompañarme. Te debo una.

— Ni te preocupes.

Aarón lo dejó solo. Dejó los cuerpos en la morgue preparados para la incineración del día siguiente. Se fue a su casa esa madrugada. Se duchó y se acostó en su cama. Pensaba en su mujer, en Diana. Cada vez la veía más distante de él. Y cada día la merecía menos. Cuatro días después, encontraron las cabezas de los hermanos Alfonsinos en unos basureros en el centro de la ciudad. Fue todo un escándalo que el Sr. Esteban leyó desde el periódico que compraba cada mañana. Se dirigió a Aarón ese día.

— ¿Está completado?

— Aunque no lo estuviese... ya he vengado la muerte de mi familia.

Lo invitó a pasar a su oficina. Se sentaron a tener una conversación que se extendió durante tres horas. Ahora que la enfermedad estaba allí, tenía que hacer unos trabajos para el Sr. Esteban, y si quería, podía quedarse a competir por una posición. El dinero era tentador ahora que ya no le importaba matar a alguien y reconoció que no podría volver atrás. Si lo intentaba, era más lo que tenía por perder que por ganar. Le confesó a Esteban que tenía una mujer y una hija a quien cuidar y proteger. Que no podía permitir que les pasara algo y el día que eso sucediera, él mismo se daría un tiro en la cabeza. El Sr. Esteban lo comprendía a la perfección. Él también había perdido y sabía el miedo que se experimentaba el temer perder algo, con exactitud: a un ser querido.

En los meses venideros se integró con meticulosidad entre ellos. Se aprendió todas las reglas del juego, quiénes tenían buenas relaciones con la banda y quiénes no. Analizó a cada uno de los más destacados y a los peces más gordos. El más adulto era Omar Aponte, alcanzando los 60 años. Lavaba el dinero con hoteles en diversas ciudades. Su hijo, Diego, se encargaba de lleno con la droga y con el comercio de vírgenes junto con *El Conejo*, de apellido Boneta. Ellos tenían un negocio completo con el secuestro de niñas. A Aarón le daba mala espina ese punto del negocio; era grotesco. Era cercano a ellos, Frank, drogadicto y matón, que trabajaba directamente con Sr. Esteban, al igual que El Conejo y Tony. Tony estaba encargado de la distribución de la droga y los negocios derivados de ello. Y Alex, era el dueño de la mayoría de las discotecas en esa ciudad. El viejo Moncada no pertenecía de forma directa, así que sólo lo veía esporádicamente, cuando deseaba visitarlo o se necesitaban favores. Aarón era menos que todos ellos, y le tocaba competir para escalar un lugar más acomodado en la lista. Y por esa razón, tuvo que empezar a trabajar con todos en pequeñas medidas.

En las reuniones que solían tener, no estaban todos, pero si una gran mayoría. La cocaína era el plato esencial de la noche, no podía faltar. Tampoco podía faltar las damas de compañía, quienes después de las 3 am estaba tan drogadas que no sabía si habían estado con 10 o 30 hombres en una noche. Todas ellas ofrecían sus servicios a cualquiera, porque estaban

ahí para eso. El Conejo se acercó con una rubia de senos enormes e hizo que se sentara sobre las piernas de La Enfermedad. *Si no te la coges, eres una marica. Y si eres una marica, te cogemos nosotros con gusto.* El Conejo no chisteaba, estaba hablando muy en serio. Aarón caminó con ella hasta una habitación, la terminó de desnudar en el camino y tuvo relaciones con ella como si tuviese que orinar, una mezcla entre necesidad y placer momentáneo. Él salía de la habitación y bebía. Al sentirse ligeramente bajo los efectos del alcohol, dejaba de tomar. Miraba que ya no quedaba cocaína en la mesa y que los últimos borrachos caían a dormir en el piso, aprovechaba para irse a su casa. Manejaba a las 4am, sin sueño, sin cansancio físico y dueño de su propia soledad. Dueño de sus desafortunadas decisiones. Y dueño de toda la violencia que usurpó cada fragmento de sí.

Capítulo 10

Despertó con una resaca monumental. Salió corriendo al baño a vomitar. Se limpió la boca en el lavamanos. Se miró en el espejo. El alcohol había terminado de arruinar su maquillaje. Tenía todo el rímel regado en las ojeras. Caminó por la habitación y se asomó en la ventana del hotel donde se encontraba. Llevaba cuatro días en ese lugar viviendo una vida de abandono, descuido y desorden alimenticio. Su estómago le dolía. Se agachó para tomar la botella de vodka vacía que reposaba en el piso. Había tomado tanto licor que tuvo miedo de enfermar. Tomó el auto y condujo hacia un restaurante cercano. Pidió el almuerzo ejecutivo. Eran las tres de la tarde. Después de comer se recuperó. Antes de volver al hotel, compró otra botella y se dijo a sí misma que la tomaría con calma, para que no hiciera tanto daño. A las 11 de la noche decidió ducharse para salir. Su cabello estaba húmedo, al igual que su cerebro por el alcohol. Estaba mareada. Sacó de una maleta un vestido pegado al cuerpo con lentejuelas azules y unos tacones negros. Se hizo un maquillaje ligero con sus sentidos alterados. Se tambaleaba un poco. Decidió ir caminando para no manejar en ese estado de ebriedad. Como se encontraba en el centro de esa ciudad, pudo caminar por entre muchos locales abiertos y se fueron despertando sus sentidos. Sacó dinero de su cartera para comprar comida rápida en la calle. Desde donde se

encontraba, vislumbraba una discoteca en diagonal con luces de neón de diversos colores en la fachada. Sonrió y caminó hasta el lugar.

En la entrada de la discoteca, se hizo una ligera cola de unas 10 personas a las que no dejaban pasar. Me acerqué al vigilante y le pregunté con una sonrisa.

— ¿Qué tal es esta disco?

— De las mejores. Y hoy es noche de chicas, tienes dos tragos gratis. Pero ya se agotaron las entradas. Aunque si esperas un momento te puedo dejar pasar. Le sonreí dándole las gracias. Esperé en la entrada. Pasados unos tres a cinco minutos, él volvió. Abrió la puerta y entré. La música estaba más fuerte de lo acostumbrado. Los juegos de luces, la gente bailando, el dj en el fondo de la disco. Me adentré hasta la barra y me senté. El bartender me sonrió. Llenó un vaso con cerveza y lo puso frente a mí. No hice más que sonreír. Tomé la cerveza lentamente. Se mantenía fría. Volteaba a todos lados para conocer el lugar, mirar a la gente, verlos bailar. Un hombre se acercó y me invitó a bailar. Me negué. Aún no entraba en ambiente. Otro hombre se aproximó muy cerca, me habló al oído. *Oye linda, quisiera bailar contigo, tengo rato mirándote, pero me has estado ignorando. Vamos a bailar.* En ese preciso momento detallé a alguien que tenía rato parado al lado de una puerta detrás de la barra, cerca de donde estaban todas las botellas. Cuando las luces aclaraban lo veía mejor. Pensé que mi mente me estaba engañando. Que los recuerdos se me habían ofuscado y que no era él, que no era aquél rostro que

hacía olvidado y enterrado bajo los escombros de mis frustraciones. Sudé frío. El hombre a mi lado seguía insistiendo. Me voltee y lo agarré por la oreja y le dije *NO QUIERO*. No tardó en irse. Me llevé la mano hasta la cara y me sequé una gota de sudor que bajaba por mi frente. *No, no es posible. No es él. Es imposible.* Sin darme cuenta, mi pulso estaba acelerado como si hubiese estado bailando alocada y desesperaba. Él hablaba con el bartender de a momentos mientras que este no tuviese que atender a nadie.

No aguanté más, tuve que salir de la discoteca. Busqué temblando mi caja de cigarrillos que llevaba en la cartera. Estaba tan nerviosa que no la conseguía. Estaba al fondo. Logré sacar un cigarrillo. Intenté distraer la mente, sacarla de allí. ¿Qué día es hoy, Karen? ¿Qué día? Sí, es viernes. Viernes. Me puse el cigarrillo en la boca. Buscaba desesperaba el encendedor. El chico que me dejó pasar abrió la puerta y salieron varias personas que no visualicé.

— Maldita sea. — Dije. Alguien se había parado a mi lado a fumar y sin mirar pregunté — ¿Me presta para encender mi cigarrillo?

Cuando extendió el encendedor. Me congelé. Casi se me sale el cigarrillo de la boca. Mis piernas empezaron a temblar. Sentí desfallecer y quise ocultar mi nerviosismo. No pude. Encendió y puso el fuego bajo mi cigarrillo tembloroso. Al encender lo tomé con mi mano y miré al frente. Su mirada seguía sobre mí. Lo miré de nuevo y sin poder reaccionar de otra manera bajé la cabeza. Estaba totalmente convenci-

da de que era él, la Enfermedad. Repentinamente, se quitó de mi lado y caminó al frente, unos tres metros de distancia. Habló con otro hombre que se encontraba colgando una llamada. Él no volteó a mirarme. Me pregunté desesperada si fue capaz de reconocerme. Volteé hacia la puerta y me acerqué al vigilante.

— El ambiente es realmente bueno. Me salí porque quise tomar. Digo, fumar.

Estaba tan confundida que no pensaba lo que iba a decir. Él me sonrió.

— No era necesario. Hay una zona en la terraza para fumadores. Pero así me haces compañía un rato.

No supe qué responder. Un nudo se me hizo en la garganta. Cerré los ojos unos segundos. *No es él, Karen. No es él. Jamás podría ser él.*

— Chica— Preguntó el vigilante— ¿Te sientes bien?

— Si te hago una pregunta, ¿me responderías?

— Dime, y lo que esté en mi alcance te lo responderé. Volteé para asegurarme de que el hombre siguiera allí y que no fuese él.

— Ese hombre, el que está vestido de negro, y hace poco estaba aquí cerca de la puerta. ¿Sabes cómo se llama? ¿O cómo le dicen?

Mis piernas no dejaban de temblarme y tambaleaba un poco sobre los tacones. Sonreía al chico para que me pudiese responder. Él cambió la expresión tranquila de su rostro y pasó a notarse incómodo con la pregunta.

— No lo sé chica, no sé el nombre de él.

— ¿Estás seguro? Aunque no lo creas, es importante para mí.

Me fumé el cigarrillo antes de lo que imaginé. Tiré la colilla al piso.

— Discúlpame, pero es que no lo sé.

— Está bien. Está bien. ¿Y tú cómo te llamas?

Enseguida volví a mirar hacia donde estaba el hombre de pie. Parecía que estaba por irse. Me aceleré mucho más.

— Henry.

— Mucho gusto, Henry. Yo soy Karen, y esta noche voy a hacer la locura más grande de mi vida.

Me fui caminando hasta donde estaba el hombre de pie, que se encontraba sacando las llaves de su auto. *Me seguía repitiendo que no era él. Que no podía ser él.* Cuando llegué hasta su lado alzó una ceja denotando sorpresa. Pensé que me estaba volviendo loca y que estaba viendo fantasmas, pero más loca me había vuelto por acercar a convencerme y salir de la supuesta duda que era toda una real convicción.

— Hola.

Al saludarme, metió las llaves de su auto en su bolsillo.

— Hola, de nuevo. — Mi tono de voz me delataba, estaba hecha nada— ¿Me vuelves a prestar el encendedor?

Él sacó su encendedor del bolsillo izquierdo. Sacó el fuego y alzó ambas cejas. Caí en cuenta que yo no tenía ningún cigarrillo fuera del bolso. Revolví el bolso en busca de la caja de nuevo. Saqué el cigarrillo, se cayeron varios de mi cartera al piso. Subí la mirada y estaba seriamente mirándome. Me puso el fuego en el cigarro. Sacudí mi cabello y dejé que el humo saliera hacia arriba. Miré al cielo y pensé que ese sería la última noche que vería.

— Llévame a dar una vuelta en tu carro.

Él reflexionó por unos segundos. Me miró a los ojos.

— ¿Estás segura?

— Totalmente.

Mis ojos se cristalizaron. Estaba más que segura que él lo notó. Sacó las llaves del auto y abrió la puerta del copiloto. Caminé detrás de él y me monté. Cerró la puerta. Él daba la vuelta para montarse. Mis lágrimas se desbordaron de mis ojos. Y juré que había encontrado mi fin en quien había propiciado mi desgracia. Abrió la puerta y lo vi montarse. Encendió el motor. Sin mirarme preguntó.

— ¿A dónde quieres ir?

— A donde sea.

A través de la ventana del auto observaba al vigilante, Henry, mirar cómo nos íbamos en el auto. No tuve mente para preguntarme en qué se quedaría pensando el vigilante. Sólo tenía pensamientos para La Enfermedad que manejaba el auto y que no volteaba a mirarme. Me imaginé en medio de la nada con un tiro en la frente. Lloré en silencio y ahogaba los llantos que deseaba proclamar por la ventana con el auto en movimiento y con el hombre que iba a matarme a mi lado. Él frenó el auto. Se quedó mirándome e inexpresivo me preguntó.

— ¿Qué es lo que quieres?

— No pensé que volvería a verte. Juro que no quería jamás en mi vida coincidir contigo. Y esto me ha enloquecido tanto que ahora que te he vuelto a ver sé que no quedaré viva. Así que termina tu trabajo

y mátame. Por favor, que sea rápido y que no duela porque ya he sufrido demasiado.

Me eché a llorar como una niña. Tapé con mis manos mi rostro como solía hacer para que no me viesen llorar hecha pedazos. Pasé varios minutos llorando sin parar. Él no hacía absolutamente nada. Apagó el carro. Exhaló. No podía tranquilizarme. Seguía temblando.

— ¿Qué estás esperando? Pregunté.

— Estoy pensando.

Capítulo 11

Aarón obtuvo su lugar con los años, cuando los números de sus muertos aumentaron lo suficiente. Se dedicó junto con Tony al tráfico de drogas. Se cuidaban ambos y llegaron a desconfiar de los demás, porque la ambición de poder los hacía muy inestables, volátiles y multiformes. El Sr. Esteban era el jefe de todo, pero no podía manipularlos a todos. Y muchos de ellos como de otras bandas querían adueñarse de lo que con sangre y esfuerzo durante años había logrado Esteban. Él no deseaba nada. No avariciaba nada. Tan solo estaba allí porque ya no podía salir. Debía esperar la muerte en alguna esquina por donde caminara solo en las calles y la esperaba impaciente. Por un lado, sabía que ya había vengado el motivo que lo empujó allí. Por el otro, una mujer a la que había amado con una hija de su sangre seguían vivas. A ellas no les faltaba nada, pero a él le faltaba ellas. En una oportunidad que pudo desligarse de los trabajos fue a visitarla sin previo aviso. Llegó de imprevisto a la casa que él le había comprado para que vivieran cómodas, sin que faltara nada. El automóvil que le dio dos años antes estaba aparcado en el garaje junto a otro auto que desconocía. Tocó la puerta. Diana salió y se sorprendió al verlo. Estaba nerviosa. Él lo notó. Su hija salió a recibirlo. Había crecido muy rápido. Él la tomó en brazos y la besó. Alguien más estaba en la sala. Era un hombre de 35 años aproximadamente.

Aarón se presentó solo porque ella no lo hizo. Concluyó que la estaba perdiendo totalmente. Entre ellos no había más que una cuerda transparente que los unía y desunía por equívocos del destino, por cosas de la vida. Ella habló con él en la cocina. Le comentaba que la niña había obtenido muy buenas notas en su tercer año de la escuela y que le hacía mucha falta una figura paterna que estuviese siempre en casa. Él comprendía a la perfección lo que le transmitía. Estaba tan sola, pero no menos que él. No se besaron.

Él volvió después de un largo viaje manejando. Entró a su casa y tomó una navaja. Quiso acabar con su vida. Sintió que ya no tenía nada, que no tenía a nadie desde hace muchos años. Se abrió una herida en el pecho. Era una forma física de sentir el dolor para que doliese menos por dentro. No se quitó la vida. Pensó en su hija, en que tal vez, algún día lo necesitaría y él debía estar para ella.

Bajo la autoridad del Conejo se encontraba un puño de hombres fieles a él a quienes no les temblaba el pulso para secuestrar a niñas de 10 años. Sin duda, Aarón pensaba en su hija y le mordía la rabia por dentro. Escuchaba a las niñas llorar encerradas en cuartos y no soportaba los sollozos que emitían. Se aislaba, se fumaba un cigarrillo y se retiraba de allí.

— No me gusta ese trabajo— Le comentaba a Esteban— te lo he dicho mil veces.

— Entonces no lo hagas. Dedícate a lo tuyo y no dejes que ellos quieran denigrarte por no ser partícipe. El otro problema es que Frank y el Conejo no lo

querían. Buscaban que hiciese lo que ya notaban que detestaba. El día que vio cómo Frank quemaba el cabello de una de sus putas, hasta llegar al cuero cabelludo. Le gritó.

— ¡Ya basta!

El Conejo estaba presente, no hizo nada para frenar lo que se avecinaba.

— ¿Qué dijiste? Maldito bastardo, huérfano, que aún llora porque mataron a su mami.

Se le tensaron todos los músculos del cuerpo a La Enfermedad. De inmediato se balanceó sobre este a puño limpio. Lo lanzó al piso de una. Le golpeó en la cara tan fuerte que su sangre se desbordaba por su nariz. De pronto este logró quitarlo de encima con un puñetazo. Aarón sacó una navaja que siempre llevaba consigo. Frank estaba muy golpeado, sacó su navaja también. Intentaron seguir. El Conejo sacó su arma y disparó al techo.

— No quiero que vuelvan a pelear frente a mí por semejante estupidez. Y tú, enfermo, vete. Y no vuelvas a meterte en los asuntos de los demás.

El Conejo corrió a La Enfermedad. Tuvo la leve sensación de que este podía matar a Frank con la navaja y decidió detenerlo. Desde ese día, Aarón y Frank no se trataron a menos que fuese sumamente necesario dirigirse la palabra. El conflicto llegó a oídos de Esteban 5 minutos después. Cuando lo buscó horas más tarde para hablar, lo encontró en el gimnasio de su club levantando pesas. Se veía muy molesto todavía.

— Sabía que estarías por aquí.

La Enfermedad no quería hablar.

— Estoy seguro que lo has notado. Están molestos porque te he dado un lugar más cercano a mí desde el primer momento que llegaste.

— No estoy compitiendo con nadie. Y no me interesa.

— Eso lo sé yo. Pero ellos no. Sólo quieren ser más poderosos, controlarlo todo y saciarse de lo que les exigen sus enfermedades mentales.

— Nadie se salva de alguno de esos males aquí.

El Sr. Esteban sonrió. Luego reflexionó por un momento. Se puso de pie y concluyó la conversación.

— Esta noche daré una reunión en mi casa. Quiero que vayas.

En esa reunión quiso embriagarse y lo hizo. Cuando la mayoría se fue se quedó en el salón con los últimos invitados de la fiesta. Tony antes de despedirse inhaló para estar más activo. Y así se fueron yendo todos hasta que quedó con la esposa de Esteban que se encontraba sentada en una mesa tomando vino y fumando. Ella se secaba unas lágrimas y su maquillaje se regaba en su rostro. Le calculaba unos 40 años a aquella mujer que llevaba por nombre Andrea.

— Qué jodido es perder a seres queridos.

La Enfermedad nunca antes había entablado una conversación con ella, por respeto.

— Así es.

— ¿Sabes por qué Esteban quiso hacer una reunión hoy?

— No lo sé. Desconozco los motivos.

— Un día como hoy nació nuestro primer hijo— Sorbió un buen trago— Se llamaba Adrián. Era muy inteligente, bueno para los deportes. De ese tipo de hijos que uno siente no merecer de lo esmerados que son. Esteban le puso ese nombre porque así se llamaba su papá. Éramos felices. Pero todos estos años he sabido que es una felicidad imaginaria. Nada aquí dentro puede tener felicidad.

Ella lanzó la copa vacía al piso. Se hizo añicos.

— Y la mafia se lo llevó. —Cerró los ojos— Por eso no quisimos tener más. Y sé que no me estás pidiendo ningún consejo y sólo haces el favor de escuchar por cortesía. Pero si realmente quieres a alguien, déjalo ir y que nunca nadie se entere de su existencia. Es mejor sufrir por dejarlo que sufrir por perderlo de las formas más horribles que se le pueda ocurrir a un ser humano.

Aarón bajó la cabeza. Recordó a sus padres y a la vez, recordó a Diana y a su hija. En los meses siguientes, el dolor se fue durmiendo, se convirtió en un sentimiento de protección. La distancia que marcaba para cuidar a su amor era la distancia exacta para mantenerlas a salvo. La condena y el sacrificio se convirtieron en su razón de ser.

Cada vez que algo nuevo surgía, por mínimo que fuese, él era uno de los primeros en estar presente en el club privado de Esteban sentado en la mesa con los demás. Aquella ocasión fue un llamado urgente. Habían matado a alguien cercano. Omar Aponte, el anciano que La Enfermedad muy poco veía, estaba lloran-

do. Jamás pensó que llegaría a verlo así, en tan nivel de nimiedad que daba lástima. Le habían asesinado al hijo, a Diego. Los rumores de quien pudo haber sido eran fuertes. Y la gota que derramó el vaso fue que el culpable lo hizo público.

— Franco Gonzalo. El jefe de la banda del sur. Desde hace mucho nos estamos provocando. Desde hace mucho que tenemos líos. Pensé que habíamos llegado a un acuerdo. Puras mentiras. Puras mierdas. Quiero que ahora sí nos vengamos de él. Y quiero hacerle algo que le impresione con la misma magnitud que le cause dolor. —Sentenció Esteban.

Dos semanas después, Gonzalo, mató a Aponte. Había ido solo al cementerio a visitar la tumba de su hijo. Ahí mismo le dieron muerte. Le abrieron el estómago a punta de agujeros de balas.

A Esteban se le prensaron las venas de la frente. Golpeó la mesa. Destrozó la laptop y todo lo que se encontraba en su escritorio. Tomó a Aarón por un brazo para compartirle su impotencia.

— El muy hijo de puta me amenazó de muerte hace una hora por teléfono. ¿Cómo crees que puedo controlarme? Quiero que enseguida hagan algo.

El Conejo tenía una sonrisa de satisfacción en su rostro cuando apareció en la puerta de la oficina. Se sentó en una silla y contó su plan.

— Lo tengo Esteban, así que cálmate. Tiene una hija, una dulce niña pelirroja.

Capítulo 12

Ella dejó de llorar. Su crisis estaba pasando. La Enfermedad miró su mano izquierda. Recordó todo con precisión. Le dolió la cabeza. No sabía lo que podía hacer con ella. Pensamientos en contraposición surgían. Dónde dejarla, qué decirle, qué hacer, cómo hacerlo. A pesar de que pasaron cuatro años lo reconoció sin ninguna duda. Y no sólo eso, tuvo las agallas de acercarse a él. No estaba en su mente matarla. Si no lo estuvo antes, menos ahora. Pero debía deshacerse de ella lo antes posible.

— ¿Qué hacías allí?— Le preguntó.

— Yo, simplemente salí a buscar un lugar donde pasar un rato. Yo llegué aquí caminando.

— ¿Sola?

— Sí.

La seguía notando nerviosa. Presintió que este encuentro podría ser una trampa para él. Que lo estarían esperando para matarlo y que ella se vengaría de lo que pasó. Volteó hacia los lados. Buscó visualizar algún carro o personas con armas. No veía nada donde estaba estacionado.

— Es demasiada casualidad que tú me reconocieras, y no sólo eso, que te acercaras a mí.

— Ya te lo dije. Estoy muerta de miedo. Jamás pensé que volvería a verte. Yo lo menos que quería era volver a verte. Lo juro. Lo juro. Cómo podría yo querer eso y mucho menos estando sola.

— Cálmate. No quiero que vuelvas a llorar.

Encendió el auto y empezó a manejar a gran velocidad.

— Quiero que me digas si estás en esta ciudad sola.

Dime la verdad. Y no llores, no quiero escucharte llorar.

— Dios mío. Te lo juro por lo que sea. ¡Estoy sola!

Tengo sólo unos días aquí en esta ciudad. Me estoy quedando en un hotel. Yo estoy aquí de vacaciones.

— ¿Sola?— Insistía.

Se quedó mirándolo. Detalló mejor su rostro. Su estómago se comprimía.

— Sí. Sola. No he venido con nadie.

Bajó la velocidad. Ella respiró profundo. Cerró los ojos y se pasó las manos por el cabello. Él recibió una llamada. Era Tony. *Necesito urgente que vengas al galpón 5.* Aarón se estresó. *No puedo, estoy muy ocupado.* Tony manifestó molestia con par de insultos. *Te estoy diciendo que vengas ahora mismo, es urgente.* Colgó la llamada impotente. La miró. Estaba encogida en el asiento.

— Te pediré dos cosas. Y voy con la primera. Quiero que me digas tu nombre real completo.

Ella no comprendía la pregunta. Estaba sudando.

— Karen Estrada. Tengo 21 años. Nací en noviembre en...

— Ya, es suficiente. Lo segundo. Iremos a un lugar. Te vas a quedar dentro del auto a esperarme. Cuando yo vuelva te llevaré al supuesto hotel donde deberías tener tus cosas. Vas a agarrar todo y te vas a ir de esta ciudad. ¿Entendido?

Asentí con la cabeza. Él se notaba molesto.

— Quiero que me respondas con palabras.

— Sí.

Al responderle, no encontraba manera alguna de calmarme. Tenía la respiración muy agitada. Detallé sus manos, su ropa. Quitaba la mirada apresurada para que no me regañara. No entendía lo que estaba haciendo. ¿Tuvo piedad de mí? ¿O me iba a llevar a un sitio donde pudiese matarme? Manejó durante una media hora. No quise voltear a verlo en ningún otro momento. Necesitaba fumar. Necesitaba calmar la ansiedad.

Se estacionó en un garaje grande. En frente estaba un galpón con todas las puertas cerradas. Estaba boquiabierto. Olvidé la razón de porqué me encontraba ahí. Se escucharon detonaciones dentro. Salté desconcertado. Él se apresuró en sacar unas pistolas debajo del asiento. Se metió dos por dentro de la cintura. Lo miré y al hacerlo, tenía extendida una pistola. Me turbé.

— Tómala.

La detallé por varios segundos.

— Tómala ya. Mira. De esta manera sacas el seguro. Si alguien viene a hacerte daño le disparas.

— ¿Qué? Es que no entiendo nada— Titubeé.

Puso la pistola en mi mano derecha. Nunca antes había tenido un arma en mis manos. Él se bajó del auto. Lo perseguí con la vista hasta que desapareció por uno de los costados del galpón. Me sequé las gotas de sudor de la frente. Seguía escuchando detonaciones dentro. Posiblemente eran disparos. Me invadió la duda. ¿Y si él no regresaba? Cuando miré hacia atrás quise huir. Escaparme apresurada antes de que alguien me viera. Miré de nuevo hacia adelante y vi que alguien venía a

paso rápido caminando hacia mi dirección. Forcé la puerta para que se abriera, pero el seguro no salía. Me pasé a la parte de atrás. El vidrio de esa ventana era manual. Comencé a bajarlo aún con la pistola en la mano derecha. El hombre llegó hasta la ventana. Al verlo le apunté con la pistola. Mi respiración se agitó. Él, al igual que yo, me apuntaba con su arma.

— ¡Bájate ahora mismo del maldito auto, puta!. ¡Y dame las llaves!

— Es que yo... yo no tengo nada que ver. No tengo las llaves.

Él hombre tenía sangre en su cuello. Estaba acelerado, sudado y desesperado.

— Que te bajes, maldita. O disparo.

Se veía enfurecido y violento. Saqué el seguro. Al hacerlo. Él disparó al mismo tiempo que yo. Solté un lamento al mismo tiempo que apreté mis ojos para no ver. Tuve los ojos apretados tan fuerte de la misma manera que el arma en mis dos manos. Al abrirlos, el hombre se encontraba tendido en el piso con la camisa empapándose de sangre. Me toqué por todos lados buscando una herida. Impactada y perpleja me salí por la ventana del auto. Me acerqué al hombre, que ya agonizaba, y me arrodillé cerca de él. Echó sangre por la boca. Me asusté. No supe qué hacer.

— Resiste, por favor, resiste. ¡No te mueras!

Completamente estupefacta, observaba como la vida de ese hombre llegaba a su fin. No salía de la impresión y tampoco supe en qué momento de la desgracia él había llegado.

— Está muerto.

Me tomó por un brazo y me subió al auto. No pude hablar. Perdí la noción de lo sucedido.

Karen estaba pálida, sin palabras. Aquella vida se derramaba gota a gota en el asfalto frío y desolado de la noche claroscuro. La Enfermedad, con el auto volando por las calles, se desprendía de la escena del crimen, que quedaría perpetuada en la mente de muchos esa noche, con un dolor imperante y furtivo, deseando vengar esa muerte de esa querida y amada vida. Karen, con la piel erizada, respiraba acelerada. No comprendía en qué se convirtió su viaje. En libertad o prisión. Horas después, pensaría en el destino, en el mugre y asqueroso destino que le deparaba tantos infortunios.

Le pidió a La Enfermedad que detuviese el carro. Abrió la puerta y vomitó todo el licor que consumió durante el día, y antes de reconocer al hombre que condenó su adolescencia. Él esperó volver a escuchar su llanto como minutos antes lo hizo cuando se encontró en su auto. Nada pasó. Ella, desalmada, sin pensamientos comunes ni exactos, se encontraba en una nebulosa ennegrecida, donde suplicaba que aquél hombre estuviese vivo. La Enfermedad, que no sabía de consuelos, le preocupaba excesivamente lo sucedido. No tuvo más opción que llevarla con Esteban. Ya no era conveniente dejarla en el hotel, sola, y que volviera a casa. Ya no era prudente para nadie, ni para ella misma.

Esteban dormía. Se despertó por la urgencia de la noche. Aarón resumió cuánto pudo lo que pasó. Pre-

ocupado, con sudor en su rostro, le comentó a Esteban que encontró a la pelirroja por casualidad.

— ¿Y crees que ella lo sabe?

— No, no lo sabe. Estoy seguro.

Ambos abandonaron el pasillo para volver a la sala donde ella se encontraba custodiada por dos vigilantes a los que no dejaba de mirar aterrada. De labios pálidos y mirada hundida, estaba Karen sentada en uno de los muebles. Se quería esconder de ellos, pero más de sí misma. Esteban se aproximó a ella. Le extendió la mano.

— Mucho gusto, joven. Lamento que estas sean las condiciones en la que te conozca.

Su mano, frágil y temblorosa, revelaba un profundo miedo. Esteban miró sus dedos faltantes. Miró a Aarón y de nuevo a ella. Se sentó en un mueble mientras todos los demás permanecían de pie. A Karen la piel se le veía fragmentada, su blancura se convertía en retazos de piel enrojecidos. Su mirada era de alguien que había estado cansado de llorar desde hace años. Esteban encendió un puro.

— Me dijo La Enfermedad que se encontraron por coincidencias en una discoteca del centro. ¿Es cierto?

— Sí.

— Y que, por los acontecimientos surgidos hace unos años, esto sería para ti, la peor de las suertes.

— Sí

— No sólo eso, accidentalmente también has matado a un hombre esta noche.

Karen no respondió afirmativamente a esto. Se quedó en estado de shock mirando al piso.

— Esto es una fatalidad tan aterradora que hasta yo he sentido tu miedo. No me puedo imaginar en una situación así. Pero soy insistente en esto, y solo hay algo que nos distancia de la vida. La muerte. Y tú no estás cerca de ella. Si bien es cierto, que fui yo quien dio la orden de que te secuestraran. Fui yo quien lo hizo. Pero aquí estás, muy viva.

Alzó la vista y clavó sus ojos dentro de los de él.

— ¿Por qué? ¿Por qué me hizo eso? ¿Qué fue lo que hice? Tengo todos estos años preguntándomelo. Lo dijo con un tono de voz que parecían vajillas quebrarse.

— Me entristece que no lo sepas. No me gusta ser portador de malas noticias a buenas personas y no quiero serlo. Sólo quiero decirte, que con todo el respeto que le tengo a las mujeres, te pido disculpas, porque nadie debe pagar por las acciones de otros. Y mis disculpas no se basan en simples palabras. Tú, vas a salir de aquí con este hombre— señalando a Aarón— vas a esperar que amanezca y te irás a tu casa. Cuando llegues, pregúntale a alguien responsable y serio de tu familia que te cuente por qué estuviste secuestrada. —Aspirando el puro— Y referente al hombre caído esta noche. No lo mataste tú, lo mató La Enfermedad. ¿Ha quedado claro?

Sus ojos se hicieron pequeños. Destellaban un ínfimo brillo de luz y sus cabellos sudados parecían sangrar. Un hombre entró al salón, era Frank. Hizo una observación a todos y su mirada se inclinó sobre ella. Pasmado, preguntó sin disimulo.

— ¿Qué hace ella aquí?

— No es asunto tuyo.

La respuesta de La Enfermedad fue contundente. Karen no sabía quién acababa de hablar. Apenas pudo detallar al hombre cuando él la tomó por un brazo y la sacó. Subieron al auto y desaparecieron del lugar. Karen enmudeció hasta que llegaron a la casa de Aarón. El carro entró al estacionamiento. Ella se bajó y se fumó un cigarrillo. Encendió otro más. Luego de tres, ella se dio vuelta hacia él.

— Salí huyendo de casa para poder desprenderme del pasado. Y vine huyendo justo hasta donde te encontrabas tú.

Capítulo 13

Para los quince años de la hija del comerciante más adinerado de la comunidad se hizo una gran fiesta donde todos los allegados y vecinos estaban cordialmente invitados. Desde un mes antes todos hablaban de la futura fiesta y la esperaban ansiosos. Las niñas contemporáneas a la cumpleañera y compañeras de clases conversaban de los vestidos que se pondrían ese día, del peinado y los zapatos. Una de ellas, Carol, que dos meses antes había cumplido los 15 y que no habían celebrado su cumpleaños como ella quería porque sus padres eran extremadamente pobres ya se estaba preparando, a diferencia de los demás, a no ir al cumpleaños.

Aquella decisión consternó a Carol y todo se resumía a que ella no tenía qué vestido lucir para la fiesta. Lloró y se quejó tanto que su padre trabajó muy fuerte para complacer a su hija y con el esfuerzo pudo comprar un vestido. Después, solo faltaron los zapatos que nunca llegaron. Resolvió muy molesta con ponerse otros y le reprochó a su padre que no le tuviese también los zapatos. Para ella, era una burla regalar un vestido sin los zapatos. Tomó unos zapatos viejos y los pintó de negro. Lucían horribles. Se conformó con pensar que sería de noche y que nadie se fijaría en sus zapatos.

Al llegar el día, se hizo un peinado ella misma en sus hermosos cabellos rojos. Se puso pintura roja en los labios y rubor en los pómulos. A simple vista, simula-

ba parecerse a una muñeca. Se echó unos toques del perfume de su mamá y fue a la fiesta sintiéndose una mujer. Sin duda, esa noche muchos jóvenes mayores de 20 años la invitaron a bailar. Su rostro se llenó de sonrisas, de alegría y satisfacción. Sus ojos brillaron cuando lo vio a él. Un muchacho mucho mayor que ella, con zapatos pulidos, pantalón de vestir y una camisa blanca con rayas lilas y corbata. Él la había invitado a bailar. La tomó por la cintura y la mantuvo muy cerca de él. Carol sonreía con timidez. Ocho canciones más tarde, él la invitaba a tomar del ponche que yacía en la mesa de licores para los adultos.

— No quiero que me vean tomando. Le pueden decir a mis padres y me regañarían.

— Entonces vámonos a otro lugar.

Ella, convencida e ilusionada por él, lo siguió fuera del salón de fiesta. Se sentó con él sobre un árbol cortado. Estaban muy juntos los dos, rosándose las piernas. Él le confesó que era la niña más hermosa de la fiesta y que lo era mucho más que la cumpleañera, con la que no quiso bailar ni una sola vez. Ella reía a carcajadas infantiles. Le pidió que se quedara ahí con él hasta que el sol saliera porque quería ver un amanecer con la mujer más linda que había visto. Ambos sintieron en su rostro los primeros rayos de sol que se asomaron cautelosos cuando los hilos de saliva en sus labios se desasían en su misma sintonía.

Carol recibió el regaño más grande de su vida por haber llegado tan tarde a casa. Pero los regaños no surten efecto en los corazones enamorados. Desde

ese día supo con toda la seguridad que estaba enamorada de él.

Los encuentros posteriores se cargaron de mucha más pasión. Él la había llevado a la casa desolada de unos tíos que estaban de vacaciones y le hizo el amor cada día durante quince días. Le llenó el corazón de mentiras, de promesas falsas y de esperanzas de días que jamás le podía dar. Era un hombre casado. Ella no lo supo hasta meses después, que estaba embarazada y que sus padres la corrieron de casa. Por su gran suerte, consiguió otro hombre que se hizo cargo de ella y de su embarazo. Se casó con él sin amor. Amaba al otro. Lo amaba tanto que seguía buscándolo a pesar de que los años transcurrieron. Logró descubrir quién era su esposa. La espió un día en el súper mercado llevando de la mano a un niño muy pequeño.

Al encontrarse a escondidas en una ocasión, le echó en cara todo lo que le hizo, todas sus falsedades y juegos deshonestos. Le confesó que su hija era de él. Que lo amaba y no dejaba de pensarlo. Y mientras más complicada se hacía su relación, más se enamoraba de él. Y lo siguió haciendo seguidamente de que él le pidiera favores muy exclusivos, como esconderle un revólver en su casa, sin que su esposo se enterara, sin que nadie lo supiera. Carol lo hacía, aunque pasara meses sin verlo. Aunque no pudiese tenerlo. Su amor no tenía límites ni finitud.

Capítulo 14

La enfermedad no tenía palabras para ella. La invitó a pasar con un movimiento de mano. Karen dudaba y se cubría sus brazos con sus manos mirando a los alrededores, penetrando en la casa de su antiguo secuestrador. Puso un pie en la sala. Todo estaba medio vacío. Pocos muebles. Un silencio que hablaba y transmitía la soledad de su vida. Él cerró la puerta. Volvió a agitarse al encontrarse a solas con él. Por su mente pasó todo tipo de escenas mortuorias. Recordó que dio fin a alguien pocas horas antes. Él caminó hasta la cocina. Karen lo siguió. Escondida detrás de la puerta que daba a la cocina lo miraba abrir la nevera, sacar agua, llenar un vaso y ponerlo sobre la mesa.

— Toma. Es para ti.

Él no mostraba síntomas de querer hacerle daño. Y ella, no sabía si confiar en sus presentimientos.

— No te preocupes, no te haré daño. Es una promesa. —Pausó— Cuando sea de mañana te llevo a tu hotel y volverás a tu casa.

Karen acarició el alivio. Se acercó a la mesa, se sentó en una silla y tomó el vaso de agua en un vaso de vidrio. Él se sentó del otro lado de la mesa.

— ¿Por qué me diste un arma?

— Para que te sintieras segura. Para que te cuidaras. Incluso de mí.

— ¿Y si eras tú a quien yo apuntara cuando regresaras?

— Entonces habrías hecho bien. No ibas a matar a un hombre inocente.

Tomó el agua. Estaba sedienta. Tuvo curiosidad de saber a quién había matado. Buscaba despojarse un poco de la culpa. Aunque ella estaba totalmente convencida de que había disparado en un acto reflejo de autodefensa.

— ¿Quién era ese? Al que le disparé.

— Era un hombre dispuesto a morir esa noche.

— Sólo lo dices para hacerme sentir mejor.

— Lo digo porque sé que alguien con un arma en la mano por voluntad propia está dispuesto a morir. Si no disparas, te matarán. Y por eso estás viva.

Sin querer, la intimidó. En sus ojos se dibujaron un mar de incógnitas y miedos. Él se paró de la mesa y ella se asustó. Sacó de la nevera un pan de sándwich, jamón y queso.

— Casi nunca estoy en casa. No tengo mucho qué ofrecerte y no creo que quieras hacer muchas cosas aquí. Hay una habitación que no uso para nada, pero hay una cama. El baño está al fondo. Hay una toalla por si quieres bañarte.

Preparaba los panes mientras le conversaba. Ella observaba cada cosa que hacía. Miró los cuchillos de cocina al fondo, las vajillas, el lavaplatos. Puso en un plato el sándwich. Se lo dio a ella.

— Tampoco tengo algo bueno qué darte de comer.

— No importa. Está bien.

El pan estaba frío como sus manos. Los recuerdos se le removían como arenas movedizas y sucesivamente,

se iba hundiendo en ellos de nuevo. Se ofuscaban sus esfuerzos. Se intensificaban sus traumas. Cada palpi-
to retumbaba en sus cienes y todo se minimizaba a
él. Masticaba y le costaba tragar. La comida no surtía
sabor ni efecto en su estómago. Era una acción ins-
tintiva. Comer para no llorar, simular y no desmayar.
Terminó el pan y no supo dónde poner las manos.
Quiero ir al baño. Él la dejó ir. Tropezó con la silla y
luego con la pared. Caminó hasta el final del pasillo
queriendo quitarse los tacones. Le molestaban, le en-
torpecían el caminar. Entró al baño y cerró la puerta.
Respiró profundo. Se echó agua en la cara, se empa-
pó el cabello y los brazos. Las gotas se derretían en su
piel espeluznada. No entendía por qué. Quién estaba
jugando con ella. Quién estaba diciendo la verdad.
Quién la mentira. ¿Cuál era la verdad de su secuestro?
¿cómo creer en alguien ahora que ya no podía confiar
en nadie? Salió del baño con los tacones en la mano,
con gotas de agua escurridas en su rostro y sus cabe-
llos húmedamente despeinados.

— Quiero que me digas la verdad. ¿Qué pasó conmi-
go? ¿Por qué me secuestraron? ¿Qué fue lo que pasó
para que yo tuviese que pagar eso?

Aarón no se inmutó. Estaba esperando que reaccionara
molesta desde que él bajó la guardia. Ella soltó los taca-
nes y cayeron dispersos en el piso. Él se quedó mirán-
dolos. Se acomodó en la silla. La examinó con la mirada.

— No soy el indicado para contarte.

— Nadie lo será nunca. Si no lo he sabido estos años
y no aprovecho este momento para saberlo. No lo

sabré nunca. —Él no hablaba. De pronto ella habló en un tono más severo— Yo no he podido vivir tranquila después de lo que pasó. Por las noches sólo recordaba el maldito cuarto donde me tuvieron, la sensación de mierda de no poder hacer nada frente a un hombre mucho más fuerte que yo. Sentir que ese hombre que me tuvo encerrada me enfermó. Que lo miraba todas las noches cuando no podía dormir y que su cara nunca se pudo borrar de mi mente.

Al fin, lloró. Se derramaron gotas de las órbitas de sus ojos. Le dio la espalda. Y quiso hacerse la fuerte. Quiso hurgar en él con lo expresado. Porque, aunque ella misma no lo supiese, necesitaba llenar un vacío con sus palabras, con su presencia, y así, conseguir un apoyo donde refugiarse. Él caminó inadvertido por su lado. Cuando Karen lo notó, lo siguió con la mirada. Él abrió una puerta de una habitación.

— Este es el cuarto que te dije. Faltan solo horas para que amanezca.

Desconcertada, caminó hasta la habitación sin haber conseguido nada de él. Ella misma cerró la puerta. Observó la cama. La tocó. Se sentó. Y cayó en cuenta donde estaba. Donde todos sus miedos se materializaban. Aarón, por su lado, pensaba intensamente en Karen. Cerró la puerta de su habitación con seguro para que ella no pudiese entrar. Sus palabras se incrustaron como fragmentos minúsculos. Y recordó cada detalle que llevaron a su secuestro.

Esteban dio la orden para que secuestraran a Karen Estrada como método para manipular los movimien-

tos de Gonzalo. Una orden muy clara. *Secuestrada la quiero, no muerta*. El conejo obtuvo por medio de infiltrados la dirección donde vivía la niña. Se le asignó a La Enfermedad y a Archibebé, uno de los hombres del conejo, que viajaran hasta donde ella se encontrara y la vigilaran durante una semana. Aarón viajó 3 horas para llegar a esa ciudad. Y en el primer día se enteró de la rutina de Karen. *Será fácil*, se decía. Ella siempre estaba abstraída. Se distraía con facilidad y no miraba a nadie a los ojos, ni a sus familiares.

Él consiguió fotos de ella por las redes sociales, detallaba todo en ella. La forma de su cara, el cabello, la sonrisa, los gestos, movimientos corporales. Por las noches, en el hotel donde se estaba quedando, planeaba en cómo harían el rapto. En la casa, en la salida de la escuela o en el auto del padre adoptivo. Llegó a preguntarse si ella lo sabía. *No lo sabe. Ella no sabe quién coño es su verdadero papá*. Le dijo El conejo. *Y supongo que él sí sabe que ella es su hija, de no ser así, esto sería una pérdida de tiempo*. Y la respuesta llegaba sin titubeo. *El maldito lo sabe. Sólo que esa hija la tuvo con la amante y no le conviene que la esposa se entere. Hay muchas formas de hacer que pague lo que hizo y son varias las piezas que podremos manejar*.

La enfermedad se dedicó más al secuestro que al proceso de presión para Gonzalo. Pautaron un lugar remoto donde mantenerla, en medio de esas dos ciudades que eran los puntos claves. Al tercer día, pasó en un auto por el frente de ella. Lo miró, siguió caminando, cruzó la calle y se montó en el auto de su papá. Él recordó justamente esa escena cuando to-

caron a la puerta de su habitación. Era ella. Distinta. Con unas ojeras de cansancio y temblando de frío.

— No puedo dormir.

Retraído se limitó a preguntarle qué necesitaba. Karen se recostó del marco de la puerta.

— Estoy muerta de frío.

Buscó un abrigo para ella en su closet y enseguida se lo dio. Su expresión cambió. Agradecida. Sin mayor eventualidad se lo puso y se fue a la sala descalza. A él le inquietaba que estuviera caminando sin poder saber realmente lo que ella estaba buscando de él. Ella le pidió un cigarrillo porque su caja se había terminado. Él buscó el encendedor.

— Fumo mucho cuando estoy nerviosa, estresada o molesta. Justamente ahora tengo las tres emociones juntas. —Ella se acercó a una ventana— ¿Te molesta si la abro para que salga el humo?

— No.

— Ha sido una horrible noche. Y no sé qué hago aquí.

El humo que emergía se entornillaba en el aire y se escabullía a través de la ventana. Recostada de la pared con su vestido azul de lentejuelas y descalza, volvía a provocar a su enfermedad.

— ¿Has matado a alguien?

— Sí.

Se estremeció por la futilidad con la que respondió.

— ¿Y qué sentiste?

Él se sentó en un mueble. La poca luminosidad en la sala a esas horas le oscurecía el rostro y sólo podía

verlo de la misma manera en que lo imaginaba en su habitación antes de montarse sobre ella y asfixiarla con el peso de su cuerpo. Ella no pudo disimular el recuerdo visual que contemplaba en tiempo real.

— Placer. Justicia. Calma. Insatisfacción.

Cada que pronunciaba una palabra, las pausas eran profundas y las palabras articuladas con esmero. Karen se sintió ahogada con el humo.

— Todo suena tan... fugaz y eterno a la vez.

— ¿Por qué estás interesada en mí?

— ¿Qué?— Mostró indignación y sorpresa. —Yo no estoy interesada en ti. Sólo que quiero saber. No sé, quiero saber que lleva a un hombre como tú a ser como eres.

— Pero tú no deberías hacerme esas preguntas.

— Es cierto, no sé por qué lo hago. Yo sólo quisiera perder el miedo que te tengo.

— No deberías.

Ella enmudeció. Su silueta en tonos brillantes azulados con los destellos rojos de sus cabellos y con la luz proyectada desde afuera se fue desvaneciendo por en medio del salón y desapareció en el pasillo.

Al trancar la puerta no comprendí qué me estaba pasando. Por qué quería verlo, estar con él, sentirlo cerca, interrumpirlo y adentrarme en sus palabras. Hurgar en él. Sacar de toda su oscuridad un poco de luz. Quise afrontar mis temores más fuertes. Quise poder vencerlos. Pero no podía con todo lo que me había sucedido esa noche eterna y que aún no acababa. Las pupilas desesperadas de ese hombre al

que maté me perseguían cuando cerraba los ojos y sólo quería estar acompañada de alguien con quien me sintiera protegida de mis propios fantasmas y los que ahora surgían a causa de las fatalidades que me perseguían. *Por qué a mí. Por qué todo lo que hago conlleva a un desgaste de lo que soy. Yo nunca he querido ser así.* Me lancé en la cama y apreté con fuerza los dientes. No quería estar molesta ni aturdida. Yo sólo quería un poco de paz, de tranquilidad. Nada llegaba. Nada se iba. Todo se acumulaba en mi interior y no quería más que explotar.

El sol se veía como si hubiese sangrado toda la noche. Esperé por la ventana que saliera sin pegar los ojos en todas esas horas. Recordé la discoteca, la maldije miles de veces. Me salí del cuarto sin hacer ruido. Escuchaba algunos sonidos venir de la cocina. La resaca del licor me golpeó con un dolor de cabeza. Deshidratada, sin ánimos de encontrarme conmigo en el espejo, tomé agua y la eché sobre mi cara. Esta vez, me sequé el agua con una toalla que estaba en el baño. Tuve la necesidad desmedida de ducharme. Me quité el vestido. Dejé el agua fría caer sobre mi piel. El dolor de cabeza y el sueño aglomerado se minimizaron. Me sequé de nuevo y volví a ponerme el vestido que quemaría esta noche o antes, pero lo haría porque sí. Salí del baño rememorando las últimas palabras que habíamos tenido. Me asomé en la cocina y ahí estaba, con unos huevos revueltos servidos en la mesa. Comprensivo y atento me invitó a desayunar antes de irme. Lo acepté. Comí y me sentí mejor. Tomé mucha agua. Lo conti-

nuaba mirando con la misma inquietud de horas antes de conocerlo mejor y de poder definirlo tanto en mi mente para no olvidarlo nunca más. Me intimidaba. Se acertaban mis expresiones cuando me miraba. Cuando nos mirábamos. Y me preguntaba si él pensaría en mí como yo en él.

Nos montamos en su auto. Condujo hasta el hotel donde estaban mis cosas. Le gustaba acelerar. Sonreía para mis adentros. No quería demostrarle que me gustaba eso. Llegamos. Él me acompañó hasta la habitación. Tenía mis llaves en alguna parte de mi bolso, que era un total desorden. Las conseguí y abrí la puerta. Tomé unos pantalones y una franela. Fui al baño y me vestí con apuro. Metí las pocas cosas que estaban fuera de la maleta regadas en el cuarto de hotel. Él observó lo que yo hacía. Supuse lo que estaba pensando.

— Me fui de casa no para volver a los tres días. Pero ahora, sólo quiero volver.

Él extendió su mano. Cerré la maleta y se la di. Yo tomé la otra y mi bolso. Entregué las llaves en la recepción. La recepcionista lo miraba y me entró curiosidad y también lo miré. Tenía un no sé qué en su forma de ser que causaba intriga. Fuimos hasta el estacionamiento y metimos las maletas en el auto. Quise encontrar algo que decirle, pero di por entendido que era la despedida. Para siempre. Y tuve miedo.

— Bueno, creo que esto es todo.

— Recuerda. Nada de esto pasó. Por tu bien.

Medité sobre lo que dijo. Abrí la puerta. Él me ayudó a cerrarla. Se acercó apoyando su mano sobre el auto.

— Maneja con cuidado y evita echarte culpa. La culpa es de otros.

Se distanció. Lo vi alejarse. Suspiré. Volvió la incertidumbre de no saber qué carajos hacer yo sola. *Concéntrate Karen. Volvamos a casa, por el sentido común.* Encendí el motor. Salí del estacionamiento. Por primera vez desde que manejaba quise hacerlo con cuidado. Salí del centro. Fui buscando la autopista. Antes de eso, quise estacionarme en una gasolinera para llenar el tanque y comprar cigarrillos. Me bajé en una. Entré a una tienda para comprar agua, papas fritas y cigarros. El tipo en la caja me miraba fijamente. Me estresé. No estaba de ánimos para desconocidos. Afuera quise fumarme un cigarro, pero esperaba a salir de la gasolinera. Me detuve unos minutos allí pensando en todo lo sucedido. Me eché el cabello hacia atrás. El dolor de cabeza y el sueño volvían. Necesitaba apagar y encenderme reiniciada. Cuánto pagaría por poder hacer eso. Justo en ese preciso instante vi que dos hombres después de llenar su tanque se quedaron ahí sin moverse, una mujer en un auto detrás le tocaba la bocina para que se hicieran a un lado. Ellos se daban todo el tiempo del mundo para quitarse. Uno de ellos me recorrió de arriba hacia abajo antes de montarse en el auto. Desde allí pude atisbar que tenía una pistola.

Sofocada, subí al Camaro. Lo saqué de allí apresurada. Me puse nerviosa, muy nerviosa. Y mucho más cuando vi de nuevo ese auto por la misma calle donde yo me encontraba. Me detuvo un semáforo en rojo.

Apoyé la frente sobre el volante intentando no perder la razón. No quise buscar la autopista. Crucé en una calle para salir de dudas y convencerme de que eran ideas mías y que no era así. Volví a ver el auto. *Maldita sea.* Aceleré e intenté perderlos de vista, pero después de unos, dos, tres, cuatro carros más atrás, los podía volver a visualizar. ¿Qué hacer? ¿Ir a la policía? ¿Decirles que me encontré en una disco con mi ex secuestrador, que maté a un hombre sin querer y que ahora no sabía por qué motivo dos hombres sospechosos me *seguían en un auto viejo y armados*? No. No tenía ni idea de qué hacer. Después de cruzar a otra calle los perdí de vista. Estaba descontrolada. Aceleré más para terminar de perderlos. Volteé hacia atrás para ver si los veía. Cuando miro de vuelta hacia al frente el semáforo siguiente acababa de cambiar a rojo. Solté un grito. Hundí todo el pie en el freno. Y a metros de chocar con el auto que iba cruzando al mismo tiempo, no pude bajar la velocidad totalmente. Todo sucedió con violencia y velozmente. El impacto me hizo perder el conocimiento.

Capítulo 15

El joven Agustín se encontraba recogiendo los platos, servilletas y vasos de los clientes que en breve se hallaban comiendo en el restaurante *Las cuatro esquinas*. Un lugar acogedor, con buenos precios y una comida respetable. Se fue a la cocina, pasó por medio de los cocineros y ayudantes de cocina. Tiró los desperdicios en una bolsa de basura y dejó los platos en el fregador. Volvió para dejar limpia la mesa con un trapo. Arregló el mantel y las sillas. Le dio los buenos días a dos personas que iban entrando. Cruzó unas palabras con el cajero. Se echaron a reír recordando un chiste malo que había contado una de las trabajadoras del restaurante, por la que se sentía realmente atraído y de quien estaba esperando un sí como respuesta para ir al cine en la tarde, al salir del trabajo. Agustín se asomó a la entrada para mirar cómo estaba la calle. Intercambió unas palabras con el vigilante. Escucharon unos cauchos rastrillar el asfalto con el freno y la colisión con el auto de enfrente en pleno semáforo en rojo. El sonido que se produjo puso de espanto a todos los que pudieron ver lo que ocurrió. Agustín salió corriendo a acercarse para saber si las personas se encontraban a salvo. El hombre con su mujer en el auto azul estaba bien porque logró evitar el otro auto y sólo golpeó la puerta trasera de este, pero se encontraban muy asustados. La chica pelirroja en el auto rojo, estaba inmóvil, con la cara sobre

el volante, ensangrentada. Agustín creyó que estaba muerta, pero ella movió la cabeza.

— ¡Está viva!

Él quiso sacarla del auto antes de que sucediera algo peor junto con cuatro personas más que se acercaron a ayudar, lograron abrir la puerta y sacarla. La acostaron en el piso. Ella abría los ojos. Quería decir algo, pero no podía. Agustín se acercó más a ella para descifrar lo que decía. *Llaman a la Enfermedad*. Agustín frunció el ceño, pensó que estaba delirando por el impacto. Un señor canoso se acercó.

— Viene en camino la ambulancia.

Una hora después, Karen despertó en una camilla. El dolor de cabeza estaba intensificado. Se sentó. Miró todo borroso los primeros segundos al espabilar. Vino a su mente el accidente. Se tocó suavemente la zona frontal de su cuero cabelludo. Tenía un intenso dolor en esa zona y en el cuello.

— Ya está despierta. No se siente. Acuéstese. Recibió un fuerte impacto. El médico tuvo que agarrarle 5 puntos.

— Necesito mi bolso. ¿Dónde está mi bolso?

— Aquí señora. —Lo tomó de una mesita— Lo mandaron con usted en la ambulancia.

Karen se paró de la camilla, mareada y adolorida.

— Señora, le dije que se quedara acostada.

— No puedo, tengo que irme.

— ¡Pero espere!

Se apresuró en salir. La enfermera no la siguió. Ella caminó por los pasillos mirando hacia abajo para no llamar la atención. Buscó la salida. Sin quererlo, salió

por otros espacios del hospital. Los hombres que la habían estado siguiendo, estaban por delante, fastidiados de esperar que la dieran de alta.

Ella se montó en un taxi. El chofer le preguntó a dónde quería que la llevara. Intentaba recordar la urbanización donde vivía La Enfermedad. No lo recordaba. Esa noche estaba tan fuera de sí que no sabía a qué lugar la había llevado. Tampoco quería volver al hotel donde estuvo. Y el único sitio donde sospechaba que podía encontrarlo, era en la discoteca.

— Lléveme al centro, hay una discoteca que se llama... No recuerdo. Tiene luces de neón con colores y es muy llamativa de noche.

El taxista echó una carcajada.

— Señorita, estamos en un hospital. Es medio día y, ¿usted quiere que la lleve a una disco?

Se recostó del asiento. Entrecerró los ojos. Le dolía todo el cuerpo.

— Maldita sea. Sólo lléveme.

El chofer emprendió el viaje, en media hora o menos estaban en el centro buscando la discoteca. De día no podía reconocer cuál era, pero recordó que no era más distancia que tres cuadras desde el hotel. Ella le indicó al chofer. Cuando llegaron, ella sacó dinero de su bolso y le pagó. Se bajó y se quedó mirando la entrada.

— Si quiere vaya haciendo la cola para que sea la primera. Chisteó el taxista antes de irse. Karen se amargó. No estaba para bromas. Necesitaba ayuda. Le dio la vuelta a la discoteca, y por la parte trasera había un

camión descargando licor. Se acercó a uno de los trabajadores encargados de meter las cajas.

— Buenas. Me gustaría poder hablar con el dueño.

El chico, de unos 20 años, miró su aspecto. Estaba destruida y pálida, con unas enormes ojeras y con la cabeza vendada.

— ¿De parte de quién?

— Dígale que estoy buscando a la Enfermedad y que mi nombre es Karen, soy la pelirroja.

Enseguida fue adentro. Otro más la detalló curioso y continuó metiendo las cajas. Karen estaba sin fuerzas, casi desmayándose, y se arrepintió de no haber intentado dormir las horas que estuvo en la casa de La Enfermedad. Un hombre de unos cuarenta años salió, llevaba una camisa de mangas cortas y pantalón de vestir, con algunas canas. Se mostró sorprendido y preocupado. Tragó saliva.

— ¿Eres tú quien busca a La Enfermedad?

— Sí.

— Ah, ya veo. Bueno, voy a llamarlo. Le diré que estás aquí. Si quieres pasa, esperas en la oficina a que llegue.

— Gracias.

Ella lo siguió. Entonces, cuando él no dejaba de mirarla impresionado y curioso, se preocupó. La invitó a seguirlo hasta la oficina. El ambiente allí estaba muy pesado. Habían alrededor de 6 hombres, limpiando con tobos de agua el piso, metiendo el licor, y acomodando unos cables. Subieron unas escaleras. Se percató que le dolían las piernas. Entró a la oficina.

— Toma asiento y disculpa el desorden y esto. — Señalando a un polvo blanco esparcido en la mesa del escritorio — No suelo traer a mucha gente.

Karen había tenido tantas emociones diversas en las últimas horas que su cerebro no asimiló que era droga. Sólo miró el polvo sobre la mesa, lo miró a él con el teléfono en la oreja y lentamente se fueron cerrando sus ojos. Quedó inconsciente en el mueble.

Alex la miraba con deseo de tenerla, de apropiarse de ella. La Enfermedad respondió la llamada. *Necesito que vengas a Luciérnagas, la hija de Gonzalo, la pelirroja, está aquí, y quiere verte.* La Enfermedad estaba desconcertado. Alex manifestó su deseo de lujuria. *Si no vienes, me la quedo yo con gusto. Es hermosa.*

Veinte minutos después, Aarón llegó. Se apresuró a la oficina. Alex lo retuvo en la entrada.

— Creo que algo le pasó, está dormida y yo no le hice nada. Tiene una venda en la cabeza.

— ¿Dónde la encontraste?

— Estaba afuera. Solamente preguntó por ti.

Aarón se acercó, se inclinó sobre ella y empezó a moverla para despertarla. Abrió los ojos asustada, inquieta y denotando el susto del accidente en sus ojos. Al mirarlo, se puso de pie para abrazarlo. Y le susurró al oído en modo de ruego que *no me dejes sola, por favor.* Lo abrazó fuerte, como si hubiese encontrado en él lo que hace mucho buscaba.

En la puerta, Alex miraba la escena con una sonrisa maliciosa, juguetona y perspicaz. Aarón no quiso hablar con él y evitó su mirada. La llevó hasta su auto y

cerró la puerta. Alex estuvo a su lado y le preguntó. — ¿Ahora qué harás? ¿Cambiarle de lado? — Seguido de una risa burlesca.

La Enfermedad no le prestó mayor atención a Alex. Ahora sí tomó en serio el problema que radicaba una chica desesperada, con un golpe en la cabeza, sin dos dedos en una mano y que era la hija de un pez gordo. En el camino de vuelta a su casa, ella iba dormida. Su rostro expresaba dolor a pesar de no estar despierta. Tuvo que cargarla hasta la cama de la habitación que le dio en la noche anterior. No pesaba más ni menos que cuando la secuestró. Percibió que la herida en su cabeza era producto de un golpe muy fuerte. Dedujo que ella chocó en el auto. Le intrigaba la causa de eso. Volvió a llamar al Sr. Esteban. *Sigue conmigo la hija de Gonzalo. Tuvo un accidente y está mal herida. La voy a tener conmigo hasta que se recupere.* Esteban no respondió gran cosa, sólo mostraba su aceptación a las decisiones de Aarón.

El domingo despertó a Karen con la tranquilidad exhaustiva de su cansancio cíclico semanal. No hubo más que pequeños rayos solares entrar por la ventana y calentar ligeramente la conocida habitación. Se salió de la cama. Tocó su cabeza con las yemas de sus dedos. La venda seguía ahí y el dolor también. No había sido una pesadilla. Se encontraba en el mismo lugar donde todos los conflictos mentales eran palpables. Tenía ansiedad de verlo, de contarle lo que pasó. Después del salir del baño, tocó la puerta de su habitación. Espero paciente a que él saliera.

Pude escuchar sus pasos dirigirse a la puerta. Tardó en abrir. Esperé ansiosa. Al verlo, me emocioné. Me preguntó cómo me sentía. Y no estaría mejor de no ser por él. Nos fuimos hasta la cocina y caminaba detrás de él adquiriendo confianza. Eso me reconfortaba. Le conté lo que había pasado. Los hombres persiguiéndome. Yo intentando escapar de ellos. El choque. El hospital. Y, por último, la discoteca donde únicamente podía llegar a localizarlo. Él me escuchaba atento. Su mirada profunda me desnudaba las verdades. Le juré que le estaba contando todo como fue.

— ¿Cómo eran ellos?

— Tenían un auto viejo de color negro, creo que era un Chevrolet. Se veían ambos como de treinta o cuarenta años. Uno era barrigón y moreno y al otro le pude ver una pistola cuando se montó en el carro. Este era blanco. No pude detallarlos más, todo fue tan rápido e inesperado.

Miró pensativo a su teléfono que reposaba en la mesa de la cocina.

— ¿Tú sabes por qué me estaban persiguiendo?

— Creo saberlo.

— Pero... dímelo. No es justo que todos sepan algo que yo no sé.

Quise llorar, porque no comprendía qué pasaba y nadie quería decirme. Él tomó su silla y la arrastró hasta donde estaba sentada. La puso frente a mí. Sentado en ella, se inclinó apoyándose sobre sus piernas. Si quería intimidarme, estaba claro que sabía cómo hacerlo.

— Puede que no me creas y estás en libertad de no hacerlo. — Pensó unos segundos— Tu papá es un mafioso muy poderoso que tiene bajo su autoridad las tres ciudades del sur. Tanto el grande de aquí como él han estado riñéndose durante décadas el poder de otras ciudades. Él asesinó a varios de nuestros hombres y tú fuiste la consecuencia de esa venganza.

— ¿Ah?

Aarón se recostó de la silla.

— ¿Sigo?

— Es que... no entiendo. ¿Alfonso es un mafioso?

— Mira, detesto estar en esta situación. Yo no soy quien debería contarte la verdad. Debería hacerlo tu madre.

— Ella no lo hará. Tú no conoces a esa señora.

— Ese señor que acabas de nombrar no es tu padre. Franco Gonzalo es tu padre de sangre. Así que tú eres la hija de un gran mafioso. Es por eso que te secuestramos, para hacer que tu madre hablara y revelara asuntos secretos sobre él.

— ¿Y ella qué dijo?

— Nunca dijo nada. Por eso le mandamos tus dedos. Aun así, nunca dijo nada.

— ¿Qué?

Karen se paró de la silla. Le dio una vuelta a la cocina. Le dolía la herida.

— Estás queriendo decirme... que mi mamá ¿no hizo nada por mí para encubrir a su amante mafioso?

— Todo salió mal cuando Gonzalo supo dónde estabas. Fue ese día que tuvimos que huir.

— Lo recuerdo con todos los detalles y como si hu-

biese pasado ayer. – Furiosa, con un tono rabioso continuó – Voy a hacer una llamada.

Capítulo 16

Siendo el mayor de tres hermanos varones en el seno de una familia de muy bajos recursos, pronto tuvo que ponerse a trabajar. Donde se formó no había demasiado qué hacer. Era un pueblo tan diminuto que era casi desconocido. De modo que dedicó su infancia a la ociosidad y al trabajo duro como los hombres mayores de edad. Trabajaba para un amigo de su padre en una granja criando pollos para luego, degollarlos, quitarles el plumaje, meterlos en bolsas plásticas, en un refrigerador y distribuirlos a otras partes. Era un oficio al que muy rápido se acostumbró. Y luego, se sumó uno de sus hermanos, al que le tenía mucho aprecio.

Cuando terminaban de trabajar, por las tardes, se iban a un río cercano de la granja. Ahí tenían la fascinación por fumar tabacos y beber alcohol hasta que, ebrios, volvían a su casa bien entrada la noche. Los fines de semana duraban mayor tiempo allí. Solían cargar encima un machete o un cuchillo con el que degollaban a los pollos. Si se encontraban con alguna serpiente, estaban preparados para entrarle a machetazos.

Un sol sangriento se despedía de la tierra aquél día que fueron al río a fumar y beber. Se encontraba una muchacha de unos dieciocho años en el río. Ella estaba en cuclillas junto a la orilla y se le escuchaba llorar. Uno de ellos, el mayor, se acercó para mirarla de cerca con su machete en la mano. ¿Qué te hicieron, mujer? Ella no quería mirarlo. Se puso de pie y le

dijo a regañadientes *déjame sola, maldito*. Él, se vio irritado furtivamente con la respuesta exacerbada que ella tuvo. *No tienes por qué hablar así*. Se alejó de ella y caminó a paso fuerte hasta su hermano. Cada vez se enfurecía más. La miró y otra vez se acercó. Con una mano le jaló un brazo y, con la otra, empuñaba el machete. Los ojos de la mujer se llenaron de un espanto inmensurable. Ella repetía a susurros, *otra vez no, otra vez no*. Él, miraba las venas de su cuello tensarse, pensaba en lo fácil que podría ser quitar una vida, así como hacía con los pollos indefensos. Con el machete le cortó el vestido y la desnudó. La mandó a agacharse en la tierra. Ella temblando lo hizo. Con sus quince años, Franco, se hizo hombre de la forma que más le pudo satisfacer. Su hermano, Sergio, no hizo más que mirar sentado en la tierra bebiendo el licor más barato que vendían en los locales aledaños de la granja. Aquella vez, Franco supo que podía tener el control de alguien por medio del miedo y de la braveza varonil.

Lo sucedido aquella tarde fue olvidado muy pronto por Franco, pero no por su hermano, que le guardó un profundo respeto lleno de un miedo atroz. Soñaba con el cuerpo delgado y los ojos desesperados de la muchacha. Soñaba que hablaba y le salía la sangre a borbotones de la boca. Entonces despertaba con la sensación intensa del recuerdo. Con un recuerdo sangriento como la tarde que su hermano mayor dejó que una mujer indefensa se desangrara en el río.

Franco Gonzalo se fue del pueblo con un tío a la

ciudad. Por un lado, para buscar un mejor trabajo. Y por otro, para no ser el sospechoso de la violación y degollamiento de una muchacha en el río. Y fue así como consiguió trabajo de hornero en una panadería de un portugués tosco, con mal humor y una desagradable forma de tratar al gentilicio de la ciudad. Franco no tardó en guardarle un rencor desmedido, con el que le daría una muerte que planeó durante dos años que estuvo trabajando allí. Para lograr el cometido, se dejó someter por el portugués. Hasta lo bañó una vez que estuvo muy enfermo y este llegó a tenerle buen aprecio. A Franco nada de eso le hacía cambiar de opinión. *Si me llego a morir, te dejaré mi panadería.* Le llegó a repetir a Franco una vez luego de pulirle los zapatos. En una ocasión entró a la panadería enfurecido porque le faltaban diez sacos de harina. Amenazó a Franco de que le cortaría la cara si no conseguían los sacos. Él con dos más y el panadero emprendieron la búsqueda de dónde podían estar los sacos de harina y llegaron a desconfiar de cada uno. Franco Gonzalo, para quedar impune de la venganza del portugués sacó de su propio dinero para comprar diez sacos de harina, llegar a la oficina y decirle que había conseguido los sacos en la casa del panadero. Así lo hizo. Se metió a escondidas en la casa del panadero y metió los sacos debajo de la cama. El portugués los echó a todos. El panadero y los demás tuvieron que dejar la panadería y se quedaron sin trabajo. Franco estaba satisfecho por lo que hizo. El portugués lo llamó a su oficina. Tomó una pistola y

se la puso en la boca. *Nunca desaparecieron diez sacos de harina. Yo mismo los escondí.* Él, sin saber cómo reaccionar ni qué decirle, se quedó consternado y asustado. El portugués se alejó de él ahogado en una carcajada. También lo despidió a él. Quitó la panadería y montó un negocio más grande. Un súper mercado.

El portugués poco a poco se hizo más rico. Era una persona respetada como comerciante. Tenía la costumbre de caminar en las mañanas por la calle, saludar a las personas adineradas como él, hacer compras y volver a su casa. Nunca lo esperaba nadie en casa. Mantenía a toda su familia distante de él porque odiaba a todos y todos a él. Abrió la puerta, entró, la cerró y recibió dos tiros en el pecho. Aún vivo, desangrándose, Franco hizo que firmara un papel legal donde le dejaba todos sus bienes a él, a Franco Gonzalo. El portugués se resistía, entonces Franco le quitó los zapatos y con una navaja empezó a quitarle las uñas de los pies. Bastó con quitarle una sola, el portugués firmó y seguido de eso, lo terminó de matar.

El papel legal no estuvo bien recibido por las autoridades, pero sobornó a todos con las sumas que tenía ahorradas. Además, se decía por las calles que el portugués había enfermado repentinamente. Se había regresado en barco a Portugal donde tenía a su familia y le había dejado todo a uno de sus mejores y más jóvenes trabajadores. El problema grande lo tuvo para deshacerse del cuerpo. No fue fácil picarlo, sacarlo por partes de su casa sin que la gente sospechara, y volver a picarlo en pedazos más pequeños para dár-

selo de comer a los perros. Estuvo en ello durante dos semanas. Los huesos, terminó por enterrarlos en el patio de la casa que compró con el dinero que obtuvo del súper mercado, del que ahora era dueño legítimo. Mientras los enterraba, se decía, que le darían buena suerte por el resto de su vida.

A Franco nada lo saciaba, tenía sed de mucho más. Supo después de casarse con su primera mujer y de tener su primer hijo, que necesitaba ampliar sus negocios. Fue así como vino lo demás. Primero, empezó con el contrabando de objetos robados y buscó a sus hermanos menores para que empezaran a encargarse de eso con suma precaución. Unos años después, vino el contrabando de drogas. Y después de 10 años, toda la ciudad le rendía cuentas a él. Su hermano Sergio, le contabilizaba todos sus negocios. También le contabilizaba las mujeres que solía tener a parte de la esposa y a todas estas les enviaba dinero para que vivieran muy bien. A los hijos varones, los invitaba a casa para conocerlos en persona. Con la esposa legítima tuvo dos hijos varones. Con Luisana tuvo dos varones más. Y con Carol tuvo una hija, Karen.

La única hija que tenía no la conocía, y se decía a sí mismo que prefería no hacerlo. Detestaba tener una hija. Decidió que ella no supiera tampoco quien era él. A Carol la había querido muchísimo, a pesar de que fue algo pasajero. Le excitaba recordar aquella piel blanca, cabellos rojizos, con pecas en la cara y en el pecho.

También su lista de muertos creció y muchísimo más de lo que Sergio esperaba. Supo muchos años des-

pués la historia del portugués una madrugada que Franco estaba probando una nueva mercancía que le había llegado. Reposaba en la mesita de noche diferentes tipos de drogas. Él estaba tirado en el mueble, doblado, riéndose. Le comentaba si *aún recuerdas a la putita junto al río*. Sergio simulaba que aquello no le había traumatizado la infancia. Tampoco le respondía. *Esa mujer me hizo saber que, si vas a hacer sufrir a alguien, mejor que luego lo mates. Lo mismo hice con el gordo portugués al que le robé todo y que sus huesos enterrados en el patio son la suerte que me dio toda mi fortuna*. Sergio no respondió nada. Lo cargó hasta su habitación, donde se encontraba su mujer acostada, sin ánimos de verle la cara a Franco. Él se durmió enseguida. Samantha, mirando a Franco sobre la cama, rendido. Tomó la mano de Sergio y lo llevó hasta otra habitación. Indignado, se dejó llevar por ella. A solas, ella se quitó la camisa. Le mostró los senos a Sergio. Él no quería mirarla, no porque no le gustara, sino por Franco. *Mira lo que me hace tu querido hermano*. En toda la zona del pecho, ella tenía cicatrices de cigarrillos apagados sobre su piel. Sobre los pezones, las glándulas mamarias y zonas adyacentes. Sergio, se retiró sin decir nada, acobardado. Y esa noche, volvió a soñar con aquél río de la infancia. Donde el agua se mezclaba con la sangre y los cabellos de la muchacha fue lo único que quedó intacto, flotando sobre las aguas enrojecidas que llovaban en sus sueños.

Capítulo 17

Karen fue en busca de su teléfono. Necesitaba escuchar de la boca de su madre la verdad. Ya no toleraría más esquivos. Tomó la cartera y la vació sobre la cama. Agarró su teléfono y la llamó. Estaba nerviosa, furiosa y triste. Sus ojos se cristalizaban al escuchar los repiques de la llamada. Su madre contestó. *Dios mío, Karen. ¿dónde estás metida? Dime que piensas volver a la casa.* Tardó en responder. Le costaba asimilar que todo pudiese ser cierto y tuvo miedo de aclarar la verdad. *Eres una desgraciada. Yo jamás te he importado. Jamás te has preocupado por mí.* Su madre respondió horrorizada. *¿Por qué dices eso, Karen? ¿Estás drogada? Dime dónde estás.* Se sentó en la cama, con un dolor potente en su cabeza. *Dejaste que me secuestraran para encubrir a tu amante, a un maldito mafioso. ¿No te da vergüenza, Carol? ¿No te duele tener engañada a tu hija? Y encima, nunca me dijiste que Alfonso no es mi papá. A estas alturas ni siquiera sé si él lo sabe, y apostaría a que sí, que lo sabe. Por eso ya no se quedaba en la casa, ¿verdad? Y tú, como si nada. Fingiendo que te dolía lo que me pasó.* Su madre, al otro lado de la línea, en total silencio. *¿Quién te ha dicho todas esas mentiras?* Karen, con una punzada clavada en el pecho. *Tan solo acéptalo mamá, por favor. No me mientas más. Dime la puta verdad. Dime que estabas encubriendo a ese infeliz.* Su madre, sin decir más. *Quiero que vuelvas a casa y hablemos.* Cerró los ojos, dejó caer su cabeza un poco hacia atrás. *¿Es verdad? Dímelo ya.*

Dímelo. Karen esperó una respuesta, pero no hubo más aclaratoria que su silencio. *Espero que algún día te arrepientas, Carol.* Sin más que decirle, su mamá cerró la conversación. *Tú no entiendes, Karen.*

Al colgar la llamada, se echó sobre la cama. El dolor en su cabeza estaba por enloquecerla junto con lo noticia que ahora poseía. Se puso sus manos sobre la boca. Ya no encontraba cómo llorar. Ya no sabía discernir si había sido bueno o malo encontrarse con La Enfermedad. Ya no sabía qué hacer después de enterarse de eso. Sintió el peso del mundo sobre sus párpados. Sin ganas de volver a pararse de la cama, se fue estacionando un dolor agrio en su estómago. Minutos después, volvió a la cocina. Él aún estaba allí. Tuvo un deseo enorme de abrazarlo, de llorar sobre su pecho, de descifrar por qué él se había topado con ella y que, por medio de él, de su secuestrador, hubiese sabido lo que se ocultaba en su pasado.

— ¿Alguna vez has tenido la sensación de no saber qué hacer con tu vida?

Ella tocó la cabeza con su mano derecha. Cerró los ojos ocultando un gran dolor. No esperó su respuesta. Y agregó abriendo los ojos otra vez

— Pues, yo no sabía qué hacer con mi vida antes. Menos ahora.

Se echó a reír para disimular su malestar.

— Déjame ver tu herida. Siéntate.

Él fue a buscar algo a su habitación. Aquella situación la hizo sentir secuestrada. Privada de todo y sin

acceso ni siquiera a los sentimientos maternos. Su vida se redujo a lo que temió y deseó. A él.

De regreso, le quitó la venda. Examinó la herida. Karen inmóvil. Sacó alcohol, gasas, yodo de una caja negra. Miró hacia dentro para ver qué más había allí. Se quejó cuando él limpiaba la herida.

— Fue un golpe fuerte. Por poco no fue en la frente. En seis días habrá que quitarte los puntos.

Dentro de la caja, ella detalló una pistola. Quitó la mirada y simuló con un quejido.

— Pudo haber sido peor. Estaba muy asustada.

— Me incomodan unas cuántas cosas que debo averiguar. Tú estarás aquí hasta que te recuperes. Luego veremos.

— Yo todavía no logro asimilar lo que me contaste... y lo que mi mamá me confirmó.

— Bueno, Karen — metiendo los utensilios en la caja— No debe ser fácil para ti. Te recomiendo que descanses. Yo debo salir unas horas. Puedes cocinar algo, lo que encuentres. Y descansa.

Sus palabras me dieron aliento. Me sentí cómoda, en confianza y resguardada por él.

— Oye, estoy agradecida contigo, por mucho. Y te seguiré agradeciendo que me hayas ayudado.

Él tan solo me miró, sin decir nada. Suponía que era así su actitud y estaba más que segura que podría acostumbrarme. Entró a su cuarto. Estuvo dentro un buen rato. Yo preparé algo para comer. Cuando él salió le ofrecí. Dijo *no, estoy apurado*. Salió de la casa y dejó todo cerrado con llave. Escuché como encendía su auto.

Después de comer, me tomé un calmante que dejó en la mesa de la cocina. Perdí el sentido del tiempo. No tenía ni idea de qué hora podía ser. Fui hasta la cama que ahora, era mía. Y todo se reducía cada vez más. Sólo tenía la ropa que llevaba conmigo, un bolso con algunos objetos y una ansiedad atragantada en el pecho que no me permitía tragar con normalidad. Me hice preguntas referentes a todo. Si Alfonso realmente no sabía que yo era su hija y si se enteró por medio del secuestro, ¿o antes? Él nunca fue apegado a mí, pero con mi hermanito sí. Apuesto que ese sí era su hijo biológico. Y yo, la hija de *un matón*. ¿Cómo carajos mi madre lo conoció? ¿La habría secuestrado como hicieron conmigo? Claro que no. Esa mujer no ha sufrido nunca en su vida. Cómo es posible que le enviaran mis dedos y pudiese soportarlo. ¿O ese hombre la tenía amenazada? Mamá, quisiera saber qué tan loca estás. Por qué nunca me lo dijo. Hubiese sido peor, tal vez. Pero ahora no tengo escapatoria. Ahora los odio a todos. Por lo que son. Por lo que me hicieron ser. Si tan solo me mostrara un poco de lo que ella siente. Pero nada. No tengo nada.

Estaba desintegrándose el sol por la ventana cuando desperté. La Enfermedad estaba sobre mí, más vivo que nunca. El olor de su cuerpo se derretía sobre mi piel. Y su respiración pasible sobre la mía, agitada. Me incorporé en la cama. Tenía hambre. La zona de mi herida estaba inflamada. Necesitaba otro calmante. Caminé por el pasillo. Escuché voces en la sala. Me asusté. Caminé con sigilo hasta el salón. Había un

hombre sentado en un sofá, y el otro, notó mi presencia. Fingí que no me escondía, pero mis nervios se pusieron de punta. *Anda Ed, dile al jefe que la chica despertó.* El que se paró del sofá, se dio media vuelta para mirarme. Di unos pasos hacia atrás y caminé hasta la cocina. Tomé un cuchillo de la cocina. Lo puse detrás de mi cuerpo. Un calor sofocante me invadió. Él, La Enfermedad, apareció en el marco de la cocina. Me tranquilicé enseguida. Solté de golpe un soplo de aire.

— Me asusté— Poniendo el cuchillo sobre la mesa. Él sonrió de medio lado. Me hizo señas para que lo siguiera. Lo hice sin dudar.

— Ellos son Eduardo y Damián. Van a cuidarte el tiempo que estés aquí. En caso tal que necesites cualquier cosa, lo que sea, ellos lo harán.

Me incomodé. No me inspiraban confianza los dos hombres que se encontraban ahí. Y me preguntaba por qué, por qué ellos tenían que cuidarme.

— Ah, está bien. — Me limité a responder.

Acercándome a él, casi a su oído. ¿Podemos hablar en privado?

Nos fuimos hasta la cocina. Él se quedó de pie a unos pasos de la mesa.

— Espero que no lo tomes a mal, pero, esto no deja de ser incómodo para mí. Incluso, en este momento no puedo comprender cuál es la razón de que dos hombres tengan que cuidarme o vigilarme. Yo puedo entender que soy la hija de un mafioso, pero mierda, yo no lo conozco y tampoco quiero conocerlo. No

tengo nada qué ver con lo que pasó. Ni sabía el origen de mi secuestro. Ahora bien, puedo entender que no confíes en mí. Y lo comprendería perfectamente. Y te juro, te juro, que estoy demasiado agradecida contigo para siquiera atreverme a pensar algo malo sobre ti. Y si en serio ellos están para cuidarme, no es necesario, yo no necesito guardaespaldas.

— ¿Crees que no es necesario? ¿Y los hombres que estuvieron siguiéndote cuando estabas yéndote?

— La verdad, no lo sé. Tal vez fueron mis nervios. Como lo sabes, me sucedieron demasiadas cosas y yo no sé si...

— Karen, encontré tu automóvil esta tarde.

— ¿Tan rápido?

— Estaba totalmente desvalijado. Tus pertenencias no estaban. Eso es normal que suceda en una ciudad como esta, pero la descripción de los hombres que me diste, no es casual.

— ¿Y es que acaso los conoces? Tampoco fueron demasiadas descripciones.

— Tengo mis inquietudes referentes a eso. Y como son tantas, lo que veo más conveniente es que esos dos hombres que están ahí en la sala estén al tanto de ti.

— ¿Y tú?

— No puedo cuidar de ti día y noche.

— Ah bueno, supongo que no. Yo sólo... quisiera que todo fuese diferente. Pero gracias, de nuevo.

Él se movió hasta la entrada de la cocina.

— Oye, Enfermedad. —Él volteó— ¿Qué crees que pueda suceder conmigo ahora?

— Aún no lo sé.

Nuevamente se fue. Escuché que su auto volvió a encenderse. Tampoco podía aceptar que no supiese su nombre y que ahora tuviese dos extraños en la casa. Fui hasta dónde se encontraban ellos.

— ¿Quién tiene cigarrillos?

El más joven de ellos se acercó y me dio unos cigarrillos con una caja de fósforos. Me quedé un rato en la ventana mirando cómo caía la noche y pensaba en él, en dónde estaría y qué hacía. Y ahora estaba segura de que pensaba en mí, sin saber qué exactamente. Y cuánto le preocupaba o le molestaba tenerme aún en su casa. También me seguía resultando extraño cada acontecimiento, cada noticia. Cada que recordaba, me extraviaba más en los suburbios de las calles oscuras de mi mente.

El día lunes llegó como un falso domingo y con esperanzas vacías. Me metí a la ducha muy temprano. Me enrollé en la toalla porque no quería la misma ropa que cargaba desde el sábado. Toqué su puerta. No estaba segura de que estuviese allí. Me había dormido muy tarde esperando verlo llegar. No volvió. Al menos no en el tiempo que permanecí en vela esperando. Abrió la puerta y me sorprendí ya que no esperaba encontrarlo.

— Eh, bueno... no tengo ropa. Y quisiera saber si... No terminaba de hablar cuando se fue a buscar algo. Me entregó en manos una franela y unos pantalones de hacer ejercicios. Él cerró la puerta al darle las gracias. Estuve varios minutos parada frente a su puerta.

Aquello conmemoró al secuestro. Y me llenó de la misma resignación. Después de vestirme, encontré la entrada principal abierta. De igual modo no se podía salir de allí. Limitaba una pared de cuatros metros de altura, una puerta de hierro y un portón eléctrico. Sólo buscaba poder fumar al aire libre.

— Le pediré a uno de los hombres que te busquen ropa y comida hoy.

Me ahogué con el humo. Me tomó por sorpresa que estuviese allí. Sacó un cigarrillo y lo encendió. Se sentó en un pequeño muro sobresaliente de la pared. Hice lo mismo para acercarme a él.

— ¿Conoces a ese tal Franco Gonzalo?

— No en persona.

Él no me miraba. Casi nunca lo hacía. Era yo quien buscaba su mirada, sus ojos, que me viera, que supiera que estaba allí, aunque tuviese que preguntar por lo que menos me interesaba.

— Supongo que no se la llevan bien.

— No. Y tampoco podríamos.

— ¿Por qué?— Me intrigué.

— Porque le he quitado posesiones que le han dolido bastante.

— ¿Estoy incluida?

— Sí.

— Pero yo no le pertenezco. No le pertenezco a nadie. Él negó con la cabeza.

— En este mundo esas percepciones cambian. Y siempre se termina perteneciendo a alguien o algo. Le di una calada al cigarrillo.

— Entonces, aunque mis acciones no sean la consecuencia, puedo ser la causa.

— Así es. Y ya lo fuiste.

Él se quedó meditativo con el ceño fruncido y una expresión de inconformidad. Karen no dejaba de mirarlo. Lo incomodaba en potencias exuberantes. Entró a la casa. Le dio órdenes a Ed de que comprara comida y ropa para Karen. Se encerró en su habitación a dormir ya que no lo hizo durante toda la madrugada en la que estuvo reunido con Esteban, Tony, Alex y El Conejo. Se discutía sobre la presencia inesperada de la hija de Gonzalo y en lo que eso podía provocar cuando este se enterara.

— Pensará que la hemos vuelto a secuestrar.

— No lo creo, ya se hubiese manifestado.

— Si aún no lo hace es porque cree que la hija tuvo un ataque de rebeldía y que de un momento a otro volverá a casa.

— Entonces, ella debe volver a su casa antes de que él sepa.

— ¿Pero cuál es el miedo? ¿No creen que si ella está aquí podríamos volver a utilizarla?

— Nada de eso. Ella no tiene nada que ver en esto.

— ¿Por qué ahora te da por defenderla? ¿No tendrás un enamoramiento con la pelirroja o sí?

— Pero sigo sin comprender cómo fue que ella te pudo reconocer.

— El muy imbécil se dejó ver por ella en el secuestro.

— Pero tú no tuviste que huir con ella cuando fuimos descubiertos.

— Quiero que se callen todos por un momento — Dijo Esteban— Me resulta muy desagradable que hablen todos a la vez. La chica puede irse, puede quedarse. Independientemente de lo que pase, si Gonzalo llega a enterarse será un problema y yo prefiero mover mis cartas a que sí lo sabe o puede llegar a saberlo. El asunto es que no va a creer que su propia hija ha matado a su primo por error. Eso no se lo creerá. Tampoco lo sabrá. Ya se ha corrido la voz de que lo hizo La Enfermedad. Y con esa muerte que está tan recién, lo tendremos encima de nosotros otra vez y puede enterarse que la pelirroja está aquí en la ciudad. Si llega a enterarse, tenemos dos opciones: matarla o entregársela. Si se la entregamos, es posible que volvemos a la paz. Si la matamos, no. Habría que evaluar la situación. Yo preferiría esperar. Mientras tanto, es mejor que nadie sepa que ella está aquí.

Todos se pararon de sus sillas. Tony se quedó al lado de Aarón. *Sabes que siempre han querido hundirte y quieren aprovechar esta debilidad tuya. Espero que no dudes en pedirme un favor, de necesitarlo.* Le dio unas palmadas en la espalda. Aarón esperó quedarse a solas con Esteban.

— Sé que fue mi error, que ella me haya visto y que ahora me reconociera. Pero si no me delató antes, no creo que lo haga ahora. Podemos devolverla a su casa. Y nada tiene que empeorar.

— ¿Por qué te conmueve tanto esa mujer?

Aarón tardó para dar una respuesta.

— Ya pagó un sufrimiento que no merecía. Yo mismo le quité dos dedos a una niña que no sabía ni quién era su verdadero padre.

— ¿Y en quién piensas cuando la ves? ¿En tu hija... o en tu mujer?

— Esteban. No estoy tan desquiciado como los demás. Sin duda, aquella discusión le dificultaba el sueño. Mientras que afuera, Eduardo le preguntaba a Karen sus tallas. Ella se las dio. Él anotaba en su teléfono y, además, le detallaba el cuerpo.

— No sé qué me ves. Con esta ropa que tengo no sabrás qué talla soy y para algo te la estoy dando, no. Y por favor, tráeme zapatos fuertes. Nada de tacones ni zapatos descubiertos.

Ed volvió unas horas después con comida y la ropa de Karen. Había una variedad de colores vivos. Fucsia, morado, amarillo, azul claro y verde, en blusas y franelas. Optó por ponerse el único pantalón de jean negro y una franela gris. *Debí haber dado indicaciones de colores también.* Ed se reía y dio por entendido que a ella le gustaba ese tipo de colores. Y cuando estaban en la cocina preparando la cena, a pesar de no tenerle ni una pizca de confianza, empezó a regañarlo al mismo tiempo que cocinaba. *Cómo es posible que me traigas una blusa amarilla. ¿Sabes que mi cabello es rojo natural y que es una combinación que no pasa desapercibida?* El chico no le caía bien, pero se las arreglaba para llevarse bien con ella. *Prometo traerme de la tienda toda la mercancía en color negro.* Ella continuaba buscándole discusión. *Pues, no estoy diciendo que deba ser todo negro. Existe el azul rey, el vino tinto, el blanco, el gris, el beige.* Y meneaba el espagueti en la olla. Luego cambió de mano para tomar una cucharilla. Él, sin más le preguntó. ¿Qué les pasó a tus

dedos? Karen no se mostró cambiante, simplemente sonrió sorprendida. ¿Acaso no lo sabes? Eduardo se fijó en sus ojos. Ella le quitó la mirada. *Ya casi estará lista la cena.* Probando un hilo de espagueti. Al voltearse, La Enfermedad estaba en la cocina.

— Ah, qué bueno que estás aquí. Ya casi estará lista la cena.

Sin más, los tres comieron en la mesa en total silencio. Al terminar. La Enfermedad le dijo a Ed que podía irse. Este sin preguntar, se fue inmediatamente. Ella recogió los platos para lavarlos. Él le pidió que se sentara nuevamente. Buscó la caja negra y le limpió la herida a Karen. Terminó de hacerlo. De improvisto habló. *El miércoles en la mañana te irás a casa.*

Capítulo 18

Con el vacío que le produjo saber que debía volver a su casa, pensó en todo lo que podría suceder ahora. Lo primero fue el recuento con su madre. Cómo afrontaría ahora un pasado removido, turbulento y del que no sabía nada con certeza. De sólo imaginar volver le entraban náuseas. Huyó para conseguirle un rumbo distinto a su vida. Estuvo en la pieza, cubierta con las sábanas, refugiándose en lo que pronto se acababa. Lo pensó una y otra vez. Mientras más lo pensaba más quería encontrarse con la oportuna Enfermedad de su presente. Se acercó a la puerta de él. Era de madrugada. No quería despertarlo, pero él siempre estaba despierto en sus sueños, en sus fantasías, en sus inquietudes. Tocó la puerta muy suavemente, como si aún no estuviese segura de querer irrumpir en su tranquilidad. Notó que la luz se encendió. Él apareció en la oscuridad del pasillo, iluminado con las luces en su espalda. La miró, inquisitivo.

— Lamento interrumpir tu sueño. Es que me preguntaba si podía hacerte unas preguntas. Sé que no te gusta que te hagan preguntas. Pero es que, yo no puedo dormir.

— Creo que ya te he dicho suficiente.

— Sí, lo sé — Suspiró — Tan sólo quisiera hablar unos minutos contigo.

Él echó una mirada hacia dentro de su habitación. Le indicó que pasara. No pudo evitar observar su recámara. En el medio una cama grande con las sába-

nas un poco desordenadas, una ventana abierta por donde entraba una brisa repentina que le heló la piel, un closet de puertas cerradas a un costado y otro en frente, un aire acondicionado apagado, ropa sucia mentida en una cesta, unos papeles en una mesa y una computadora. Frente a la cama un televisor que estaba sin uso como todo lo demás. También miró a su lado derecho, muy cerca de la puerta. Allí estaba un sofá. Se puso nerviosa cuando él la mandó a sentarse. Él entró a una puerta que parecía ser un baño cerca del closet, más distante de su posición. Su piel estaba erizada de frío y los nervios de estar a solas y cerca de su cama le incrementaban la sensación.

De nuevo se encontró con ella sentado a su lado. Lucía un poco cansado.

— Discúlpame de nuevo por interrumpir tus horas de sueño.

— Haz que valgan la pena.

Karen enmudeció. El frío le caló en los huesos. Él no dejaba de mirarla adentrándose en sus incertidumbres. Desnudándole el rostro y queriendo indagar sobre qué buscaba esa mirada escurridiza.

— La verdad es que no tengo nada interesante que preguntarte ahora que lo he pensado mejor. Sólo estoy demasiado indignada, decepcionada y aterrada por lo que he tenido que vivir estos días. Siento que es demasiado para mí. Tan sólo quisiera... que me aconsejaras qué hacer.

— Te puedo aconsejar lo más sano para ti. Vuelve a tu casa, habla con tu madre, dedícate a hacer algo

que te guste, deja de pensar en las cosas que te hacen daño. Olvida. Tú puedes empezar de nuevo.

— No, no me ha sido fácil olvidar. Yo no puedo superar tan sencillo lo que ha pasado.

— De ser cierto lo que dices, no estarías cruzando palabras conmigo ahora. Me aborrecerías, como pensé que lo harías. Y no solo no lo haces, además, quieres ser amistosa conmigo.

— Bueno, no lo sé... es en defensa propia. No puedo portarme mal delante de alguien que puede matarme.

— Si quisiera matarte lo habría hecho hace tiempo, hace años, para ser exacto.

Karen quedó boquiabierta unos segundos, asimilando lo que él decía y adhiriéndolo a sus pensamientos.

— Desde el día que te vi en la discoteca he tenido un miedo escalofriante y la única manera de no sentirme como un ser insignificante ante ti es buscando la manera de comprenderte.

— Pues no tienes por qué hacerlo. No hay nada en mí que tú debas comprender. Tú solamente debes limitarte a entender lo que somos.

— ¿Un secuestrador y un rehén?

— No.

— ¿Entonces qué?

— Dos extraños. Y si lo quieres dramatizar pues, dos rivales. Tu padre es uno de mis mayores enemigos. ¿Quieres saber por qué? Yo secuestre a su hija.

Karen bajó la cabeza, denotando haber perdido una discusión que no podía ganar. Interpretando lo inaccesible que él era. Aunque todo lo que ella deseaba,

era poder coincidir en algo, por lo menos, en un mismo pensamiento. Una causa. Y Aarón, anhelaba arduamente quitársela de encima. No tener que toparse con esa mirada dulce que no dejaba de buscarlo. Y le invadía también, las ganas de seguir discutiendo con ella. El afán de Karen le irritaba y le gustaba a la vez. Nadie le había demostrado una inquietud comparada a la de ella. Sin retorno, se encontraban atados a un vacío complementario y contemplativo en la que se miraban como a un reflejo.

— Tal vez, en el fondo. Muy en el fondo. Yo no sea tan distinta a ti.

La Enfermedad se puso en pie. La miró con sus manos dentro de los bolsillos. Dio tres pasos hasta su cama y se sentó en la orilla.

— Pero tú no sabes nada sobre mí.

El rostro de Karen se había entristecido. Opacado, sin destellos rojizos venir de sus cabellos.

— Voy a dormir. Apaga la luz cuando salgas de la habitación.

Se acostó en la cama. Ella aún fijaba sus ojos sobre él. En cambio, Aarón se enfocaba en el techo para ignorarla. Karen apagó la luz. Una ligera claridad entraba por la ventana abierta que enfriaba completamente la recámara. Sabía que la pelirroja aún seguía dentro. De pronto la atisbó en la oscuridad junto a su cama. Pensó que intentaría matarlo asfixiándolo. Deseaba que no hiciera eso. Ella no tenía la fuerza para matarlo de esa manera y tendría que verse en la obligación de esposarla a la cama hasta que llegara el miércoles

y mandarla a su casa en la maleta de un carro. Todo eso pensó Aarón cuando ella se sentaba en la orilla de su cama. En un tono de voz muy bajo le sofocó los pensamientos.

— ¿Puedo acostarme contigo? Tengo mucho frío y no quiero dormir sola.

Sus músculos se tensaron. No quería tenerla tan cerca y mucho menos en la misma cama. A la vez, sabía que ella era muy indefensa, y difícilmente planearía matarlo a sabiendas que él aún permanecía alerta.

— Está bien. Solo un rato.

Se introdujo en su cama. Él se hizo hacia un lado para no tener que rozarla. Ella tomó parte de la sábana. El olor de sus cabellos invadió su respiración. Karen temblaba. Aarón no recordaba desde cuándo no dormía al lado de una mujer. Dio vueltas en su eje por un rato produciendo que se moviera el colchón. Luego se volteó en dirección hacia él y se quedó estática.

— ¿Puedo saber al menos como es tu nombre real?

— Pensé que dormirías.

— No puedo. Es terrible dormir con una enfermedad.

— Tengo sueño. Si sigues haciendo preguntas te llevo hasta la otra cama.

— Está bien.

Minutos después, ambos seguían sin dormirse. Ella denotaba continuar con frío. Él, inmóvil, deseando contener el sueño hasta saberla dormida. Tenía el presentimiento de que Karen buscaba algo y eso no lo dejaba conciliar el sueño con normalidad. Lo dicho anteriormente era cierto, ellos eran dos rivales,

dos individuos que se debían y que bien podían destruirse o ayudarse. La respiración de aquella mujer a su lado le devoraba el bienestar. Atareado con su presencia, se volteó hacia ella. Le iba a pedir que se fuera, que abandonara su cama lo antes posible. Se encontraron cara a cara y ninguno de los dos supo qué decir, pero sí sabían lo que podía pasar. A Karen le arropó la respiración cálida que le arrojaba sobre los labios. *Quítame el frío.* Le dijo en un susurro. Él le puso una mano encima y al tacto su cuerpo reaccionó. Le apretó la cintura. Sus miradas se encontraban en la oscuridad. Siguió subiendo su mano y la metió por dentro de su blusa. Apretó sus senos. Pegó su frente ligeramente a la de ella. Karen le buscó los labios y probó de su saliva. Una lengua tibia y un sabor dormido que le despertó el apetito. Al encenderse su cuerpo comenzó a tocarlo. Él se apresuró en dejarla desnuda mientras se besaban. Le sacó toda la ropa. También ella le quitó la suya. Sonreía porque lo había logrado sin quererlo, y porque, en la oscuridad no podían apreciarse las expresiones. Le recorrió la silueta con las manos, tocó sus nalgas, su cintura, su espalda, sus senos. Se excitó en demasía que olvidó los problemas relacionados con la pelirroja. Y sin hacerlo notar, él también quiso eso.

Se besaban con tal ímpeto que parecían haberlo estado deseando. Él la puso encima de su cuerpo. El recuerdo de su violación se le aproximó con incomodidad y se preguntaba si a ella le pasaba lo mismo. Karen tomó su miembro y lo introdujo en ella. Aa-

rón estaba muy excitado por la inesperada y espontánea decisión de Karen sentada sobre su torso y dejó el recuerdo colgado como un retrato en la pared.

Aarón despertó de un sueño blando e inacabado. El descanso se posó sobre su zona abdominal. La buscó de inmediato para percatarse de que aún estuviese allí y de que fuese cierto. Yacía de espaldas con una desnudez impecable. Sus cabellos estaban despeinados y dormidos al igual que ella. Miró el tatuaje en su espalda. Se encontró atrapado de una forma extraña. Meditó mirando el techo. El contacto con ella lo hizo sentir sensible y frágil. No le gustaba. Ahora ella había perforado una capa más profunda en él. Y la desesperación de lo sentido le causó un repentino rechazo. No contemplaba en su interior tanto deseo por alguien desde los primeros encuentros sexuales con Diana. El perfume de su esencia estaba impregnado en todo su cuerpo. Fue al baño, se echó agua en la cara, se miró en el espejo, tuvo que orinar. Al verla de nuevo, seguía dormida. Desde afuera de la cama deseaba tocarla otra vez, suavemente, y terminar sobre ella con fiereza. Volvió sobre las sábanas. Se dijo a sí mismo que ella se iría mañana, que esto quedaría sellado en un recuerdo atado de manos, por la tranquilidad de todos. La cubrió con las sábanas. La despertó. Se miraron con ojos sofocados y lleno de incógnitas, escarbando en el encuentro nocturno si quedaba aún algo de lo que encendió la oportunidad de intercambiarse. Él, buscando angustiadamente fingir indiferencia se echó sobre su espalda y recostó

la cabeza de la almohada. Karen se puso tan cerca que volvió a incomodarlo. Ella no escondía en absoluto lo que aún se encontraba extasiado en su alma y adormilado sobre la cama. Tomó su mano lentamente para así hacer espacio y acostarse sobre su pecho. A pesar de todo, su actitud le era inesperada.

Sobre su piel, era todo mucho más sereno. Escuché cada latido de su corazón y me enterneció la calidez de su pecho. No lo quise ver antes lo que ahora me producía un fuerte bombeo sanguíneo. Estaba completamente loca por él. Y de pronto, en medio de una búsqueda a ciegas de una nueva vida me hundía en un hervidero de acontecimientos inexplicados y en el complejo caos, encontré un refugio escondido en el infierno. Quise acariciarlo con más calma y mayor desenfreno que en la noche. Tenía miedo a su reacción. Lo que me aquietó era su comodidad. Esperaba que estuviese tan a gusto como yo. Y deseé que ese momento no se acabara nunca. Mi brazo izquierdo era el que podía mover, ya que el otro estaba bajo mi cuerpo. Con mis tres dedos comencé a tocar su abdomen. Deslicé mi mano hasta su pecho. Encontré en el tacto unas cicatrices. No sabía cómo lucían las heridas de bala, pero podía deducir que esa era una. Muy cerca de su corazón. Otro orificio circular en su piel estaba más abajo y una cicatriz lineal de unos 5 centímetros en el pectoral derecho. Lo miré y me encontré con sus ojos fijos sobre mí. Todavía no lograba definir en su mirada molestia o serenidad. Quité la mano de las heridas cicatrizadas. Él tomó mi mano

acercándola a su rostro y detalló las amputaciones. La quité enseguida. No toleraba que nadie mirase mi mano. Me apreté más a su cuerpo. Me sorprendió su brazo cubriendo mi espalda y seguido, masajeándola. Me excitó su gesto. Volví a acariciar su pecho. Mis labios volvieron a sus labios. Ahora tenía más confianza para tocarlo. Le puse las manos sobre la cara y toqué sus oscuros cabellos. Me aferré a su espalda cuando tuve su sexo endurecido entre mis labios vaginales. Húmeda, sin más armonía que la de nuestros cuerpos en una melodía móvil, convertí la ocasión en una primera vez, en un rito al amor y una depuración de los encuentros sexuales anteriores. Los bloqueé como haría con todo lo que me produjera dolor.

Se hizo realidad la imagen indeleble de cada noche después del secuestro. Él sobre mí. Su respiración profunda acrecentando mis gemidos. El peso de su torso haciendo presión en mi sexo desaforado. El sudor de ambos mezclados y esparciéndose sobre las pieles de las sábanas. Sus ojos inquebrantables perforando todo lo que solía ser mío, porque ahora, le pertenecía irremediablemente. Terminó descansando sobre mi cuerpo. Le besaba acalorada el cuello y la cara. Él se dejaba. Él lo disfrutaba. Y estuve muy segura de eso. Se echó a un lado. Me movió hasta su pecho y volví a posarme en él. Su cuerpo permanecía encendido de calor. Le besé el pecho hasta cansarme y me quedé dormida sin quererlo.

El sueño aún era palpable. Continuaban en la cama contemplativos uno del otro. Había luz en el rostro

de Karen. Unas pupilas avivadas jugaban a devorar visualmente a su compañero. Y su hombre con nombre de enfermedad se adentraba en sus entrañas. La mañana ya estaba por agotarse y se calentaba la habitación con la llegada del mediodía. Las pasiones de los dos relucían intactas. También las ganas de conocerse.

— ¿Qué pasó?— Tocando la cicatriz cerca de su corazón.

La Enfermedad se notó incómodo.

— Dos disparos. Y ese casi me quita la vida.

— Sí, ya veo. Estuvo muy cerca. ¿Y cómo fue?

Karen enrojeció cuando él no respondió. Tomó las sábanas y se cubrió hasta la mitad de la cara.

— Mejor cuéntame sobre ese tatuaje.

Capítulo 19

Giraba alrededor de las cuatro paredes. Las tocaba. Arrancaba las cortinas. Las pisaba. Rayaba los vidrios arrastrado un cenicero sobre ellos. Se echaba en el piso emitiendo alaridos. Se enroscaba en las cortinas. Tomaba una tijera y cortaba las sábanas, la ropa en el closet, las trenzas de los zapatos. Abría la llave del lavamanos. La dejaba abierta. Se sentía encerrada. Recordó que la puerta siempre estuvo abierta. El encierro también puede ser mental. Salió corriendo en ropa interior. Bajó las escaleras en busca de Franco Gonzalo. Él se encontraba sentado en un sofá. Dejó caerse de rodillas y se echó sobre Franco. Llorisqueaba. Le rasguñaba la tela del pantalón. Le suplicaba. *Dame un poco, solo un poco. Te lo pagaré con lo que quieras.* Se reía con su cigarrillo entre los dedos. *Ya tú no tienes nada para darme.* La mujer se revolcó en el piso. Dio vueltas hasta alcanzar un pie de un empleado de Franco. *Dame algo, dame algo.* Se puso en pie y removió todos los objetos. Tiraba lo que fuese al piso, quebraba y partía, destrozaba y dañaba. Franco tomó una navaja de una gaveta. *Por favor, dime que estás buscando algo como esto y termina de acabar con tu vida.* Le extendió la navaja. Se la arrancó de la mano. Le apuntaba. Sus ojos desorbitados por los estragos de los narcóticos le hacían saber que realmente podía enterrarle el cuchillo. Comenzó a gritar. Dramática y desesperada se cortó las venas. Se reía como si no se hubiese hecho

nada. Y se reía como si se lo hubiese hecho a él. *Ahora vas a tener que llevarme a un doctor. O me verás desangrarme en tu sala sobre tu alfombra preferida.* Se echó al piso y se acostó en la alfombra brazos abiertos con las gruesas gotas de sangre saliendo impasibles por las hendiduras abiertas de su piel. *No cariño, no hay doctor para ti. No hay cura para tu mal.*

Se acercó a ella. Le quitó la navaja. Lo miraba entristecida. *Pero yo te amo.* Limpió con un pañuelo los restos de sangre en el acero de la navaja. *Y por amar a alguien como yo es que te mato.* Sus ojos se cerraron. Y con el paso de las horas, sólo se encontraba un cuerpo sin alma con unas alas ensangrentadas, palideciendo y enfriándose sobre el calor del pelaje de un oso polar falso.

Sergio observó a la muerta en estado de impavidez, acostumbrado a las escenas violentas y a tener que lidiar con la sangre. Mandó a limpiar inmediatamente el espacio antes de que fuese más tedioso quitar la sangre seca. Los hombres de Gonzalo colocaron el cuerpo dentro de una bolsa plástica y luego vinieron las mujeres de limpieza a pulir el piso. Tuvieron que llevarse la alfombra porque ya Gonzalo no la quería. Se sirvió un trago de whisky y le ofreció a su hermano, quien seguía de pie justo en el mismo lugar de cuando entró al salón. Estaba meditando en cómo le daría las noticias que le traía a Franco y cómo éste se las tomaría. No parecía ser un buen día. Le rechazó el trago a Franco. Este lo inspeccionó como quien atisba lo que se avecina con cierta repugnancia en el gesto.

— Vas a hablar de una vez o te quedarás parado ahí toda la tarde.

Su hermano comenzó por lo que presentía que sería menos inusual, por aquello que le sorprendiera menos, aunque no por ello dejaba de ser una noticia inusitada. Días atrás había venido una mujer no mayor de 40 años a pedirle un favor a Sergio, este se mantenía demasiado ocupado en ese momento, pero sus hombres le informaban que la mujer era muy insistente. La dejó pasar a su oficina, ella lloraba y se notaba intranquila, nerviosa. En su rostro podía ver los excesos de una vida nocturna y llena de vicios. Él le pidió a ella que fuese directa, que no tenía tiempo para rodeos y que si aquello no era verdaderamente importante la mandaría a sacar a patadas de su oficina. Ella empezó contando lo que hace más de una década había acontecido una noche de copas y de drogas, que ella jamás había probado drogas en su vida hasta ese día y que era su culpa haberse dejado embarazar por aquél hombre dominante, que pudo haber abortado y hoy día se arrepentía de no haberlo hecho. Sergio hacía ademanes de que prosiguiera más rápido. Ella se tocaba las manos temblorosas mientras hablaba. Su aspecto era un poco abandonado, llevaba en su rostro un estigma de auto sufrimiento, de dolencias impuestas. Explotó su llanto cuando pronunció que su hijo de 14 años era un asesino, que ella no sabía qué había hecho para merecerlo, que debió haber abortado a ese muchacho miserable y concluyó diciendo que era hijo de Franco Gonzalo.

— Como soy un hombre de soluciones tangibles, le mandé a hacer un examen al muchacho y los resultados fueron afirmativos. Es un hijo tuyo.

Franco miró un rato a un punto fijo y segundos después lanzó una carcajada precisa y cortante. Se acomodó en el mueble y buscó una bolsita pequeña en un cofre de la mesa que estaba frente a él. Mientras que Franco aspiraba una línea Sergio agregó.

— Mató a su padrastro. Le harán un juicio como un mayor por la gravedad del asesinato.

— ¿Y qué quiere la madre del muchacho?

— Lo obvio. Dinero.

— No le des nada. Que se vaya a la cárcel por no hacer las cosas con prudencia.

Quitándose los lentes para fingir limpiarlos mientras tosía con más presunción de que faltaba algo por contar que por necesidad fisiológica. Mira de reojo a su hermano que yace en el mueble enérgico quejándose por un hijo menor de edad preso por homicidio.

— Hay algo más que debes saber.

— Dime que no es otra puta noticia como esa.

Seguía limpiando sus lentes, parsimonioso, queriendo al menos controlar ese acto a su ritmo, delimitado, medido, pausado, pensativo.

— Llamó Carol. Está preocupada porque su hija huyó de casa en un arranque de rebeldía. Es la información que ella maneja.

Franco tomó un cigarro, lo encendió mientras se ponía de pie.

— Bueno, ya aparecerá. Al menos ésta no ha matado a nadie.

— Ya sé dónde está. Y no te va a gustar para nada.

Capítulo 20

Sentada frente a él en la cocina ocultaba una sonrisa de emoción, sus ojos tenían un brillo que yacía perdido entre todos los pedazos de una adolescencia usurpada. Bajaba su mirada para seguir ocultando su rostro ruborizado. Mientras desayunaba la comida le sabía a él, su olor corporal colgaba de su nariz y hasta ella misma no podía reconocer su propio olor. Ed y Damián habían llegado desde muy temprano, pero ellos habían estado encerrados en la habitación hasta el mediodía. Nadie pronunciaba una palabra y las cosas se hacían si él daba la orden, de resto ni el aire parecía manifestarse. Él también pensaba en ella y le desagradaba el encuentro sexual que habían tenido, no podía perdonarse ese desliz irracional. Estuvo serio, sin querer mirarla a los ojos, evitándola, deseando que el día se fuera rápido para mandarla a su casa. Además, ella estaba tan ensimismada con la presencia de él que lo había olvidado todo. A él se le hacía extraño el hecho de que ella no demostrara que estuviese afectada por lo sucedido en los últimos días. Demostraba que nada tenía gran importancia para ella, ni su propia muerte y menos la muerte de los demás. Por un momento le incomodó mucho la idea de que ella había disparado esa noche en defensa propia, no por haberlo hecho, sino por haberlo olvidado. Le miraba las manos cuando ella comía, la recordaba años atrás, la veía ahora tan diferente, tan cambiada, que tuvo

lástima de su destino. Pensó en sí mismo, en cómo una situación lamentable pudo convertirlo en un asesino. Se preguntaba por qué ella le buscaba y había perdido completamente el miedo. Mecanismo de autodefensa, pensó, pero sus conocimientos sobre psicología eran demasiado escuetos. Ella le miraba buscando su atención.

Él ordenó que estuviesen cuidando de ella ya que él debía atender sus asuntos. Salió en su auto y no lograba sacarla de su mente. La recordaba con su desnudez, con su deseo desbordado de estar junto a él y le aturdiría que le gustara recordarla. Se encontró con Tony para al fin poder conversar de lo que había sucedido en el galpón 5. *Tenían ganas de joder, simplemente, llegaron como si fuésemos viejos amigos, pero a mí Roberto no me iba a querer venir con esa idea absurda del pacifismo, era un hijo de puta. Yo no pensaba hacerle nada, sólo quería que dejaran de joder, pero él otro estaba muy drogado y se puso muy violento, comenzó a molestar a Cabezón y me molesté, entonces empezó la revuelta. Roberto estuviese vivo de no haberse encontrado con tu pelirroja. Qué mierda, qué locura, qué me iba a imaginar yo que ella le daría muerte a Roberto. Todo huele mal, hermano. Se van a dar cuenta que no lo mataste tú cuando aten cabos. El enano sabía que tú aún estabas adentro cuando se escucharon los disparos afuera.*

— No importa lo que piensen ellos. Lo que quiero es saber si te encargaste de regar la voz de que fui yo quien mató a Roberto.

— Claro, claro que lo hice.

Tony encendía un cigarrillo, se veía estresado. Le temblaban las manos.

— Tengo días sin consumir. He querido mantenerme limpio, pero es una mierda, es una mierda.

— Quiero que sigas averiguando porqué la estaban siguiendo a ella el día siguiente, necesito saber si la vieron conmigo, necesito todo lo que se sepa.

— No estoy en mi mejor momento para relacionarme con los del Sur, hombre. Entiéndelo.

Sonó el teléfono de Aarón, era Don Esteban que lo llamaba, no dudó en atender. *Lo he pensado mejor, quiero que la chica se quede. Tráela en cuanto estés disponible.* No agregó más, era una decisión inminente. La última vez que hablaron sobre el asunto de ella Esteban había aceptado devolverla a su casa, pero algo había cambiado, algo que él desconocía y necesitaba averiguarlo. Podría ser que Franco ya se hubiese enterado que Karen estaba con ellos, puede que también haya habido una amenaza por la muerte de Roberto, el sobrino. Había demasiadas incógnitas y eso le reducía la liberación y vuelta a casa de Karen.

Había pasado toda la tarde pensativa, recordando una y otra vez su cuerpo sobre el mío como tantas veces se había quedado incrustado esa visión en mis recuerdos. Me sentía aturdida por muchas razones y todas con suficiente peso como para desear una botella de vodka, de ron, de lo que fuese. Salí de mi habitación y me dirigí hacia la sala de estar. Allí se encontraba Ed que de inmediato me dedicó una mirada curiosa y de atención. No podía disimular que su presencia no me gustaba. Me hacían sentir secuestrada ya que no podía salir de esa casa. Toda presencia externa a La

Enfermedad me perturbaba. Busqué en los estantes de la cocina alguna botella. En la nevera tampoco había cervezas. Necesitaba con urgencia embriagarme poder olvidarme de todas las emociones contrariadas que estaba sintiendo. En las horas que habían pasado no dejé ni por un momento de sentirme tan extraña. Recordaba el arma en mis manos, el impacto en mi cabeza, su penetración y no sabía cómo discernir una cosa de la otra. Me desesperé. ¿En esta casa no hay licor o alguna cosa que me haga sentir mejor? Ed, que se encontraba en la puerta de la cocina vigilando mis movimientos se limitó a decir que *el jefe no ha dado órdenes de administrarte bebidas alcohólicas por el accidente que tuviste hace poco*. Detallé todo lo que había en la cocina y me percaté de que ya no estaban los cuchillos. Le pregunté por ellos y él sólo dijo: órdenes del jefe.

Me encerré de nuevo en la recámara, me encontraba ansiosa deseando algo que me calmara. Me eché en la cama. Mi mente no dejaba de pensar, de dar vueltas en círculos. Lo único que me tranquilizaban eran sus labios sobre los míos, su lengua uniéndose a la mía, su cuerpo tibio y fuerte cerca del mío, la poderosa fuerza de su personalidad para hacerme sentir como una pequeña niña que necesita de él, que le admira. Poco a poco se fueron calmando los latidos de mi corazón, mientras que aún podía sentir sus penetraciones como si estuviese junto a mí. No entendía por qué todo en él me provocaba estos sentimientos. Me imaginaba el día siguiente llorando camino a mi casa, sintiéndome nuevamente abandonada. Volviendo al inicio.

Al escuchar que tocaron la puerta no pude más que desear que fuese él, necesitaba verlo, decirle palabras que no encontraba todavía y que lo único que deseaba era pasar otra noche juntos. La última; y perpetrarlo en mi mente por siempre. Por siempre. Abrí de inmediato. Era la Enfermedad que yo tenía. Nuestros ojos se encontraron y por su expresión pude deducir que yo tenía una cara de estúpida. *Recoge tus cosas.* Al decir eso se dio media vuelta. Estaba confundida y me sentí engañada, se suponía que yo debía retirarme en la mañana, no ahora. Metí la ropa y mis pertenencias en una bolsa, de mala gana. No quería que todo terminara así.

En el garaje se encontraban los tres. La Enfermedad le daba instrucciones a los demás, quienes al verme se montaron en un auto. Él me dio órdenes de que me montaran en su auto. Estaba molesta y no podía ocultarlo. Me ayudó a guardar la bolsa. Cuando ambos estábamos dentro mi molestia se disolvió y me entró un frío en los huesos. Él tenía un arma en su espalda que pude notar cuando se sentó en su asiento. No quise hablar, tan sólo me limitaba a mirarlo, a seguirle los movimientos con una mirada disimulada, dudando si la noche anterior él y yo habíamos estado tan cerca, tocándonos mutuamente. Me daba la impresión de que aquello se había evaporado de su mente y que sólo existía en la mía.

Aarón se mantuvo circunspecto delante de ella. Sospechaba cuáles eran los pensamientos de Karen por su indisimulable inquietud en el auto. Deseaba que no hiciera

preguntas porque no tenía respuestas. Él quería resolver el asunto con mucha mayor inquietud que ella, que no tenía más mente en ese estado que para él.

La entrada estaba custodiada por un par de vigilantes quienes le dieron una bienvenida muda. Karen detalló el lugar intrigada. Su curiosidad hizo que se rompiera el silencio.

— ¿Dónde estamos?

— Es una mansión de Don Esteban.

Clavó los ojos en su rostro, quien ahora manejaba lentamente. Volteó y notó que detrás venía el carro de Ed y Damián. Se estacionó y le pidió a Karen que se bajara del auto. Ella lo hizo mirando a todos lados nerviosa y desconfiada. El muro que ella creía derrumbado se había vuelto a levantar entre los dos. No tuvo más opción que caminar a sus espaldas y desear que el miedo a morir se le esfumara.

Adentro del enorme salón se encontraban en una especie de reunión. Había música al fondo, algunas mujeres de la tercera edad bailaban al ritmo de la música con sus tragos en la mano, riendo y haciendo bromas a los hombres que custodiaban a Don Esteban, ellos reían y le devolvían algunos de los cumplidos que ellas les daban por sus esculpidos cuerpos de atletas. Una de las señoras invitó a bailar a uno de ellos. En otro rincón del salón había una mesa repleta de pasabocas y de bebidas. Otras personas de gran edad conversaban alrededor de Don Esteban quien lucía plácido conversando. En total había unas 10 personas reunidas. Don Esteban hizo ademanes para que se acercaran. Karen se fue caminan-

do detrás de Aarón temerosa de quedarse sola. Don Esteban dijo con mucho afecto y modestia que estaba *complacido de que estén aquí*. Le dedicaba una sonrisa a la pelirroja cuando su esposa, Andrea, se acercaba a ellos. Esteban le pidió a Aarón que lo acompañara a su oficina. Antes de irse le dedicó una mirada a ella para que se quedara tranquila. Karen miró hacia a la puerta y ahí vio a Ed hablando con otro sujeto. Volvió su mirada hacia Andrea que sonreía ampliamente.

— ¿Te apetece algo? Puedes tomar lo que desees.

Karen a la defensiva se fue moviendo lentamente hasta la mesa. Destapó una botella de ron nueva, no quiso tomar de la que estaba por la mitad. Se sirvió un vaso casi lleno y se lanzó varios tragos a fondo blanco. *Oh, eres una chica de gran apetito para la bebida*. Le comentó muy carismática la Señora de Serrano. Karen sonrió y sus ojos tropezaban con otros ojos. Por momentos se encontró atrapada. Le sorprendió muchísimo que la señora Andrea le pusiera una mano sobre la de ella. *No te preocupes, aquí no te van a hacer ningún daño y menos con él cuidando de ti*.

— No, no me parece buena idea retenerla aquí.

— Entiendo que quieras protegerla, pero yo debo velar por lo mío también. Ahora mismo no me es conveniente deshacerme de ella y menos cuando prácticamente está aquí porque ella lo quiso.

— Ella no representa nada importante para Gonzalo. Ya ha quedado demostrado.

— Debe estar muy muy ardido de saber que mataste a Roberto y que, además, la tengamos a ella de nuevo.

Se rumora que quiere tu cabeza, que ya le has dado mucha lata, desde los gemelos para acá y más ahora con el rumor de que su hija está por aquí...

— No sabemos en qué términos él conoce la situación actual.

— Entiende que todo esto lo estoy haciendo para ayudarte a ti. A la hora del té es mejor hacerle saber que le estamos regresando a la hija a que ella aparezca rozagante por sus propios medios. Lo mejor por ahora es que ella se quede y entiéndeme muy bien: se queda aquí.

— Don Esteban, con todo respeto, está tomando una decisión errada.

Aarón podía saborear el sinsabor de la situación. Tuvo que tragarse la inconformidad y la contrariedad. En sus adentros presentía que algo malo estaba por suceder, que se le estaba ocultando algo o que, en efecto, había algo que no encajaba. Y ahí estaba ella, en medio del desastre, sumergida en aguas contaminadas, sin salida. Sonriendo mientras fumaba y hablaba con Andrea en la terraza. Se encontraban a espaldas de él y aprovechó para observarla varios minutos. Tony apareció a su lado y lo sacó de su ensimismamiento.

— ¿No te pudiste enamorar de una mujer con menos complicaciones?

La broma le entró como un puñal a Aarón. Justo en ese instante se preguntó si sentía algo por ella. Se negó de inmediato la debilidad emocional.

— ¿Y qué sientes cuando lo ves?

— No estoy segura. Es una mezcla de miedo y de admiración. Es complicado de explicar, ni siquiera sé si esas

son las palabras adecuadas. Y sé lo que está pensando, sé que piensa que estoy loca, que algo le pasó a mi cerebro y que no tiene ningún sentido que yo me sienta protegida cuando estoy cerca de él y de nadie más.

Andrea sonrió y le tocó el brazo. *Sé lo que sientes. Y lo sé porque yo amo al tipo menos santo de esta ciudad. Puedo afirmar que tiene un estupendo lugar en el infierno destinado para él y yo también tengo mi espacio reservado tan sólo por ser su cómplice, por conocer mucho de sus secretos, ya eso me hace igual o peor. Y aun así aquí estoy y aquí estaré, siempre negando ante la ley terrenal lo que él y sus hombres hacen. Ya no tengo escapatoria ¿y sabes? No me importa. A mí también me fascina este mundo, me deslumbra. No puedo negar que soy adicta a los tipos malos, no me lo puedo negar a mí misma.*

Las intenciones de Esteban no eran muy claras, tampoco inofensivas. La retención de Karen podía traer a colación lo que no se pudo finiquitar en el rapto. Aarón se devanaba los sesos pensando en la terrible coincidencia de haberse topado con ella, de haberla llevado al galpón, pensaba que haberla matado minutos antes hubiese sido la menor de las complicaciones. Le faltó haber actuado rápido. Ahora no podía desaparecerla, ni de la presencia de Esteban, ni robarle la vida y tampoco podía sacarla de su mente. La contemplaba riendo con Andrea, como si de a momentos ignorara que el mundo a su alrededor estaba ardiendo y que ella estaba pronta a quemarse. *Dímelo de una vez.* Le comentó Tony. *Sí la quieres házmelo saber y te ayudo.* Aarón miró a Tony con desaprobación, como queriendo transmitirle que no era ella su preo-

cupación sino todos los asuntos que giraban en torno a esa pelirroja.

Se acercó solo hasta donde estaba Karen con Andrea. Ambas compartían un cigarrillo relajante y Andrea hablaba muy apasionada, centrada en ella, quien ya estaba distraída por el acercamiento de él. Le miró con esa mirada atortolada que él empezaba a detestar. Andrea le sonrió al verlo llegar. *Díganme que se van a quedar esta noche, y así podemos disfrutar más de la fiesta.* La Enfermedad, mirando a Andrea, le respondió que sí, que Karen se iba a quedar.

Me sentí muy confundida cuando no se incluyó. ¿Por qué motivo me iba a quedar yo ahí? Andrea había sido la única persona con la que me había sentido identificada desde hace muchos años de no coincidir con alguien así, y me sentía muy a gusto con ella, más no tenía ningún sentido quedarme. Me puse de pie con los sentidos un poco alterados. Le pedí a él, con miedo, si podíamos cruzar unas palabras a solas. Sus ojos eran siempre inquisitivos, ahora lo eran mucho más. Andrea de inmediato nos dejó. Lo que me transmitía su rostro no me gustaba. El corazón se me desintegraba y se me desbordaba por el pecho.

— ¿Dices que me voy a quedar en la fiesta?

— Sí. Te vas a quedar aquí. Yo debo hacer otras cosas.

— ¿Y mañana me iré?

— No aún. Esperaremos otros días más.

— ¿Ha pasado algo malo? De verdad que si me lo dices sería más fácil. Yo sólo quiero...

— Mira, no quiero repetirlo. Te vas a quedar aquí. Y eso es todo lo que necesitas saber.

Sentí su voz como un maltrato. Ya no quedaba ni rastro del hombre con el que había pasado las horas anteriores. Tuve ganas de llorar.

Capítulo 21

Archibebe probaba la nueva mercancía. Tenía toda la pinta de ser de buena calidad, como siempre. Ellos vendían pura calidad. El conejo traía sobre su hombro un pequeño bulto de carne y huesos frescos. Archibebe necesitaba drogarse siempre. El conejo lanzó el pequeño bulto en un colchón lleno de tierra, excrementos y sangres secas. El bulto que yacía sobre un saco se retorció como un gusano sobre los antiguos fluidos de niñas maltratadas y violadas. Abrió el saco y miro a la ratita— niña. Le golpeó en la cara para que dejara de moverse. Luego le acarició la herida que le había hecho. Terminó de sacarla del saco y a la vez, le fue quitando la ropita con la fuerza de sus manos. La arrancaba a destajos, con una fuerza innecesaria y desmedida. Archibebe encendía el reproductor que se encontraba en la pocilga y colocaba el volumen más alto. *Pásame la cinta*. Le ordenó el Conejo a Archibebe que estaba subiendo con la nota. Le lanzó la cinta por los aires a sus manos y se sentó en un mueble viejo y curtido a fumar y a mirar. A Archibebe solamente le gustaba mirar, y muy en el fondo, se drogaba para no prestarle atención a lo que estaba por acontecer. Era su forma de escapar de la escena que estaba por ver.

Él se dedicaba a buscarlas, a las más pobres, pequeñas y muy poco agraciadas, las que podían valer menos, para que su jefe Conejo se divirtiera un poco con

la mercancía que no tenía valor. La trata de blancas siempre sería mucho más beneficioso, aunque más arriesgado y peligroso. Pero estas niñas— ratas las sacaban de los barrios más mugrientos de las afueras de la ciudad, a esas que desaparecían y ni la madre se daba cuenta. Esta era una auténtica niña— rata, con la piel curtida por el sol, con los cabellos ligeramente ensortijados y sin brillo por el polvo, con las uñas llenas de tierra por jugar con la misma. Podía que en unos años le saliesen unas buenas tetas o un succulento culo, pero esta niña ya no tenía futuro, su destino estaba marcado por el simple hecho de nacer en ese barrio putrefacto donde los más pobres hurgaban en la basura de los ricos. Archibebe quiso aspirar más porque el Conejo era un *maldito enfermo*. Se metió otra línea y ahora le importaba menos que la niña tuviese unas costillas partidas o el hueso pélvico fracturado. La mirada y la veía convulsionar, la veía despedazarse y sus partes torcidas se multiplicaban y algunas de sus extremidades le hablaban. Archibebe tuvo un ataque de risas por sus visiones psicodélicas sobre el cuerpo de la ratita.

El Conejo lo despertó de unos manotazos. Tenía un machete ensangrentado en la mano. Archibebe se asustó porque pensó que le iba a matar. El otro echó una risa y Archibebe pudo ver sus dientes amarillos llenos de sangre. No le quiso preguntar. *Quiero que te deshagas de lo que quedó*. Archibebe siempre tuvo el peor trabajo, pero era muy bien remunerado. Se iba junto con otro hombre de Conejo a deshacerse del cuerpo. Lo llevaban al *Botadero*. Un lugar remoto donde exis-

ten todos los desperdicios humanos y otras desgracias. También estaba repleto de perros, muy gordos y bien alimentados. Archibeebe les hacía cariño a muchos cuando llegaba y estos se emocionaban al verlo. Les iba dejando pequeñas bolsas de la niña— rata. Eran muy eventuales la alimentación de los perros.

Frank, a diferencia de Conejo, le gustaban un poco más grandes y sus víctimas no tenían finales tan despreciables y violentos. Se limitaba a tener el título de violador solamente y cuando alguna le gustaba mucho las mandaba a drogar primero, las mantenía varios días y luego las dejaba volver. Si no le gustaba lo suficiente simplemente la tomaba con amenazas, se cubría la cara, le violaba apuntándole con una pistola justo en la cabeza y no había tanto rollo. No hay nada que un ser humano no se deje hacer amenazado de muerte con una pistola en la cabeza. El poder que se siente manipular a una joven indefensa es excepcional e incomparable. A Frank le fascinaban las chicas que olieran a frutas cítricas y que tuviesen la vagina muy pequeña. Una virgen le provocaba un morbo terrible. El cabello, si tenía el cabello sedoso y brillante mejor, y preferiblemente con pecas. Las pecas le provocaban una irrevocable erección. Por eso se emocionó tanto cuando el Conejo habló sobre la pelirroja de Gonzalo. Inmediatamente quiso verla. No quería desaprovechar la oportunidad de poseerla. Pero la maldita Enfermedad se empeñó en ser un impedimento desde que le asignaron el trabajo. *Maldito imbécil. Maldita forma incorrecta de querer ser correcto*

donde no existe lo correcto. Recordaba aquellas pecas con remordimiento de no haberla tenido más tiempo, ese cabello tan hermoso, esa piel, esos labios de fresita. Y él sabía por qué la Enfermedad la había dejado viva, porque era hermosa, por eso.

El Conejo casi no se dejaba ver por nadie. Estaba claro que su apariencia era muy delatadora en la calle. Mandaba a otros a hacer su trabajo. Él salía una que otras veces, de noche, cuando podía pasar desapercibido, cuando la gente sana duerme. Su relación con Don Esteban había sido muy buena siempre, se debían grandes favores y se tenían una estima extraña. Y lo era porque Conejo no parecía ser un tipo de sentimientos, era el más frívolo y trastornado de todos. En cambio, Frank, muchas veces se dejaba llevar por las emociones, cosa que no aprobaba Don Esteban, por ello La Enfermedad tomó una mejor reputación entre ellos. Lo que siempre le favorecía a La Enfermedad era su diestra y capacitada manera para cumplir las órdenes en silencio, su inteligencia para la organización y su inmutabilidad para matar de la manera que fuese y asumiendo riesgos.

Alex era un tipo de gustos finos, más no por ello dejaba de ser un desquiciado. Le gustaba quitarles el miembro a los tipos que no le caían bien. Se rumoraba que tenía tendencias homosexuales y que por ello guardaba los penes de los hombres que se negaban a estar con él. Lo cierto era que tenía una mujer con una voz insoportable y que trabajaba con él gestiones administrativas, tenía unas grandes siliconas en cada

pezón y cuando ambos peleaban drogados alguien tenía que meterse para evitar que él la matara a puñetazos o ella a balazos. De resto, cuando estaban de buen humor, se podía pasar un buen tiempo con ellos y La Enfermedad transitaba muy a menudo sus discotecas porque allí concluían muchas ventas y negocios, aunque su cautela lo llevaba a variar siempre las operaciones.

Y Tony. Tony era el drogadicto jovial que tenía buenas relaciones con todo el mundo. Su vicio no eran las relaciones sexuales forzadas. Lo suyo era un amor a la cocaína y al dinero, el que gastaba en más cocaína. Para los negocios era muy recatado y calculador. Si tenía que poner seriedad en el asunto dejaba de consumir varios días, aunque la abstinencia le produjera un crujir de huesos y le dañara el pulso. Como Aarón no tenía buena comunicación ni empatía con los otros, se limitaba a tratar con Esteban y con Tony, aunque siempre visitaba al viejo Moncada y también le hacía uno que otro favor. Poco a poco Aarón se convirtió en el mejor de todos para hacer negocios. Se mantenía en un perfil bajo y sabía tratar con las autoridades con una destreza extraordinaria y de cierta forma, eso hacía molestar a la mayoría, quienes lo encontraban demasiado diferente a ellos.

Cuando Sergio pensó en buscar un aliado en el bando opuesto los analizó a todos. No excluyó a ninguno, ni siquiera al viejo Moncada, que estaba menos involucrado con los más importantes, pero de posible utilidad de igual modo. También quería aprovechar la

oportunidad de crear un conflicto entre ellos. Necesitaba un puto soplón que le especificara todo lo que ocurría entre ellos, quienes tenían mayor confianza, quiénes estaban peleados, qué podría ser el detonante de una guerra interna. Sergio lo meditó muy bien y por muchísimo tiempo. Pasaron años para que él pudiera lograr ese aliado secreto. Así que cuando lo logró y llegó el momento preciso su hermano Franco no tardó en felicitarle sus estupendos planes, a pesar de que estaba furioso como nunca antes.

— Entonces... Mi hija, mi única hija, a la que aún no conozco en persona fue a parar a manos de La Enfermedad, como por arte de magia.

— Es una noticia confirmada. Es ella. Tengo varias fuentes que me lo aseguraron.

— ¿Y por qué tus malditos hombres la perdieron cuando se supone que debían esperar que saliera del maldito hospital?

— Dicen que ella se escapó y que buscó por su propia cuenta a La Enfermedad.

— Y encima, vuelve a encontrar al muy infeliz. Dime que es una maldita y miserable broma.

— La iban a soltar, pero Don Esteban ha decidido mantenerla con él.

— Quiero que ahora mismo comiences a actuar con tu maldito bocón a destruir a todos los hombres de Esteban, estoy harto de todos ellos, harto de esos mal nacidos.

Capítulo 22

Karen lo vio salir por la misma puerta por la que habían entrado. Le usurparon la falsa tranquilidad que logró reunir en esos días infernales. La herida en su cabeza comenzó a arder. Se balanceó sobre la mesa del salón y se empinó una botella que estaba puesta allí. Comenzó a llorar desgarradamente. Lloró todo lo que tenía agazapado. Lloró con rabia, tristeza y dolor. Se sintió nuevamente secuestrada. Cuando la invadió la incertidumbre de poder estarlo se desesperó. No soltó la botella. Corrió hasta la puerta y uno de los guardias musculosos la detuvo. Ella comenzó a gritar y a decirle que no la tocara, que se alejara de ella. Derramó el licor sobre su ropa y en el piso al darle la vuelta a la botella y tomarla como un arma. *Déjame salir, ahora mismo, quiero que me dejes salir. Andrea apareció e intentó persuadirla. Cariño, no te pongas así. No te haremos ningún daño.*

Don Esteban, al verla en tal estado, le dio la orden al guardia de dejarla salir. Ella corrió hasta la salida, sollozando, como una pequeña que ha perdido a su mamá una noche oscura en un callejón. Se detuvo de inmediato cuando lo vio a él afuera apunto de montarse en su auto. No se había ido aún porque conversaba con Tony. Volteó en seguida y la notó exasperada, botella en mano y con el rostro comprimido en una facción de dolor y de un llanto vivo. Su cara se notaba enrojecida a pesar de la falta de iluminación

en su perfil. Ella soltó la botella y se llevó las manos a la cara para ocultarla, y en esa posición estuvo llorando incontroladamente, con la parte izquierda de su rostro medio cubierto porque le faltaban dedos para esconderlo mejor.

Andrea fue a socorrerla, le colocó una mano en la espalda y le acarició suavemente, repitiéndole que no le iban a hacer nada, que ella no lo iba a permitir, que tenía su palabra. Karen no quería ya escuchar la voz de la recién conocida. Todo le sabía a mentira. Con las manos aun escondiendo su rostro se alejó de ella, dando unos pasos hacia un lado. Andrea, al ver que era irremediable la condición en la que se encontraba la chica, le hizo señas a Aarón para que se acercara. Este soltó un respiro profundo, de agotamiento y estrés. Andrea volvió a pedirle que se acercara y con gesticulación corporal le pidió que la calmara. Aarón, atormentado por el patético momento dudó en hacerle caso. Andrea insistía, le pedía que la abrazara, solamente eso. Él, de mala gana, se acercó a Karen, agobiado porque sus hombres y Tony estaban allí, mirando.

Una mano fuerte le tocó el brazo. Buscó sus ojos porque no le quedaba duda de que era La Enfermedad. Sin pensarlo se dejó caer sobre su pecho. Quiso abrazarlo, apretarlo fuerte, para que no la dejara otra vez abandonada entre extraños, para que no la dejara sin él. Se limitó a llorar en su pecho para que no la viesen los demás. Lo que ella ignoraba es que los demás estaban viendo cómo la hija de Gonzalo, el peor rival de Esteban, estaba enamorada de uno de los

hombres de este y que eso significaba un problema que sólo podía terminar con sangre. Aarón no pudo ocultar su incomodidad cuando Esteban los observó desde la puerta. Andrea le seguía pidiendo que la abrazara. Él no lo hizo. Tan solo le tomó un brazo y le pidió que se quedara tranquila. Ella, con una voz ahogada le preguntó.

— ¿Estoy secuestrada otra vez, verdad?

— No, no lo estás. Te vas a quedar unos días aquí hasta que todo sea seguro. Ya te lo había dicho.

— No quiero que te vayas. No quiero quedarme aquí. No sé quiénes son ellos.

— Tampoco sabes quién soy yo.

Ella no se atrevía a despegarse de su cuerpo, al contrario, se acercaba más y apoyaba su mano en su pecho. Esteban le pidió a Aarón que se quedara para que ella pudiese estar tranquila. Él sentía arrepentimiento de haberse topado con ella. Estaba molesto e irritado por la embarazosa circunstancia. Andrea le acomodó una habitación y la acostaron. Le dieron un somnífero en vez de calmante para el dolor de su herida. Se quedó a su lado hasta que se durmió. Salió de la habitación disgustado. Se topó con Tony en el pasillo. *No sé si has escuchado de una obra de teatro muy popular donde las familias de los enamorados son enemigos declarados y todos saben que se odian a muerte, incluso tienen peleas callejeras como enfrentamientos honorables.* Aarón se encontraba ya bajando las escaleras de la casa cuando reaccionó encolerizado *cállate la maldita boca.* Tony disimulaba una risa burlista y le pedía disculpas y que de igual manera él no había

visto la obra completa porque le resultaba muy aburrida, le hacía falta droga y sangre.

Lo último que recordé de la fatídica noche fue su figura a un lado de la cama. Eso bastó para dormir plácidamente por muchas horas. No por ello dejé de asustarme al despertar. Salí espantada de la cama y abrí la puerta temerosa. Ésta se abrió sin mayor problema. Respiré profundo y recosté la frente de la misma. El dolor de la herida también se despertó. Observé rápidamente la habitación. Revisé las gavetas apresurada antes de que viniese alguien desconocido. Estaba toda vacío. Había algunas toallas y en una silla estaba mi bolsa con mis pertenencias. Abrí una puerta de la habitación donde encontré un baño. Busqué algún objeto punzante o de un material duro para defenderme de quien quisiera hacerme daño. No encontré nada. Me eché agua en la cara y me miré al espejo. Cada vez me reconocía menos. Tenía las ojeras más feas y pronunciadas que había podido acumular y una parte de la cara estaba un poco de color violeta por el accidente. Me detallé la herida y se veía apenas un poco mejor. Me armé de valor para salir de esa pieza.

Estando afuera recordé que estaba en un primer piso. La claridad del día me dejó detallar mejor. Era una hermosísima mansión repleta de lujos, de lámparas majestuosas, de baldosas bien pulidas. Bajé las escaleras lentamente inspeccionando cada espacio. Escuché unas voces cada vez más nítidas al llegar a la planta baja. *En qué mierda te metiste, Karen. Cómo salgo de aquí.* Impulsada por los nervios quise buscar la

salida. Justo en la sala de estar se encontraban tres hombres. Sólo conocía de vista a dos. El que estaba de pie tenía un puro en la boca y un bigote muy tupido. Me daban asco los bigotes. Tenía una leve sonrisa dibujada en su boca mientras me miraba de arriba abajo. No me gustó la forma en que me miraba. Me cohibió. El otro también fumaba un puro. Se notaba de unos cuarenta años y mucho más aseado que el anterior. Estaba muy bien vestido. Me hizo un gesto de saludo con su mano y sonrió. El humo cubría todo el ambiente. Pronto recordé que era el que me había encontrado en la discoteca, el que llamó a La Enfermedad. Le devolví el saludo intimidada. El tercero y más joven de todos, era al que le decían Tony, estaba anoche aquí y lo recordaba muy bien por eso. Fue el único que rompió el silencio incómodo.

— La Enfermedad ya viene, está hablando con el jefe. Ah— agregó— Andrea dijo que cuando despertaras la buscaras para darte algo de comer. Debe estar en el gimnasio. Andaba con ropa deportiva y esas cosas. — Ah, entiendo... y, ¿dónde está ese gimnasio?

No sabía qué decir y pregunté lo único que se me quedó en la mente. El hombre del bigote se ríe y se muerde los labios. Lo miré desconfiada y a la expectativa de su risa. En ese instante entró Ed, se acercó a mí y dijo casi a mi oído. ¿Cómo estás? Debes tener hambre, vamos a la cocina. Su acercamiento me extrañaba. Había demasiados desconocidos en ese salón como para abandonar mi estado paranoico. Tony respondió mi pregunta cuando se incorporaba.

— Dile a Ed que te lleve y así aprovechas y comes.

— Por supuesto, no queremos que la pequeña esté aquí sin comer.

Al instante de escuchar su voz pausada, Karen lo miró a los ojos con una mirada encendida, como reconociendo en él algo que no había sido capaz de percibir antes. Tragó grueso, pero el nudo en su garganta ya estaba hecho. Él le dedicaba una sonrisa morbosa y unos ojos perspicaces, deseando haber logrado su objetivo.

— ¿No es así, pequeña pelirroja?

Ella quedó paralizada, inmovilizada por un miedo quebradizo porque casi se orina encima. Aquella palabra. *Pequeña*. Le latió en la herida de su cabeza. Le volvió a ver el bigote y le dieron ganas de vomitar. Ed, al verla así, le tocó un brazo y le dijo *vamos*. Karen reaccionó a los segundos y desapareció del salón, fulminada por un recuerdo que le quemaba la existencia y le hacía tener ganas de sacarse el alma por la boca. Frank, aún divertido por el miedo despertado en la pelirroja, bromeó con los demás.

— Yo pensaba que también le caía bien. Al parecer mi verga es mucho más grande que la verga de La Enfermedad.

Le pidió un cigarrillo a Ed. Le temblaban las manos cuando él le puso fuego. Tuvo miedo hasta de ese fuego cerca de su cara. Le pidió que le regalara el encendedor. Era uno muy lindo, plateado. Tenía su nombre grabado. Él se lo dio sin advertir el posible peligro. Ed estaba cautivado por ella. Por supuesto, no podía decírselo a nadie, ni a él mismo. También le regaló su caja de ciga-

rros. Karen le preguntó sobre el tipo de bigote. *Le dicen Frank. Si te puedo aconsejar algo, es que te mantengas lejos de él.* Confirmó lo que ya sabía con muchísima certeza. No lograba controlar el conocimiento sobre ese sujeto que había perforado su vida. Pero había otro más. El que tenía aquél desagradable aliento que le produjo tantas migrañas durante meses eternos.

Le dieron un saludable desayuno en la cocina. Karen se excitó al ver el plato frente a ella con un cuchillo y un tenedor. Comía. Escuchaba a Andrea hablar, hacer comentarios sobre lo saludable que es hacer ejercicios. Karen pensaba que la cocainómana la iba a distraer con esas patrañas. Fingía prestarle atención, más no dejaba de tomar los cubiertos con fuerza. Ed estaba con ellas. También lo observaba. De pronto él se retiró alertando que no tardaría. Karen encontró el momento oportuno porque la sirvienta estaba de espaldas, fregando los platos. Tomó a Andrea por un brazo y se lo apretó con fuerza, a pesar de tener sólo tres dedos en esa mano izquierda, aunque sabiendo clavar muy bien esas uñas. Esta se quejó. Con la otra mano le amenazó con el tenedor. *No confío en ninguno de ustedes y si no me eres sincera te voy a masacrar tu cara con este tenedor y créeme que nada me va a detener a menos que me entren a balazos.* Andrea la miró en silencio, como quien esperaba esa reacción. Estuvieron mirándose varios segundos sin decir una palabra. Al escuchar unos pasos Karen la soltó e hicieron como si no había pasado nada delante de Ed, que ya había vuelto. Karen, aún con la adrenalina haciéndole vibrar el cuerpo, siguió comiendo, ya sin ganas.

Andrea la llevó a su habitación privada que se encontraba en otros espacios de la mansión. Le pidió a Ed que las dejara solas. Al cerrar la puerta le dijo. *Esta es mi carta de confianza. Porque no me quedaría sola contigo de no tener buenas intenciones.* Karen se había traído escondido el tenedor en el pantalón, porque le pareció más útil que el cuchillo de untar. Andrea abrió su closet y le mostró su ropa, le dijo que tomara lo que quisiera, que se maquillara un poco, para quitarse esa cara de espanto, que se peinara el cabello y se perfumara. Andrea sacó una bolsita de coca de un bolsillo. Hizo una línea en un espejito de corazón y aspiró. Karen ya sabía reconocer a drogadictos gracias a las amistades de Matías. Lo recordó como si fuese alguien lejano. Apenas habían pasado días y todo su ser se había envejecido por lo estresante de su situación. Andrea le ofreció. No aceptó. Recelosa tocó sus vestidos. Y no, no quería un vestido. Una mujer con vestido es un punto fácil para ser violada. Se le revolvía el estómago de sólo imaginarlo. Tomó un pantalón negro muy elegante y una blusa amplia de color negro con estampados florales. Le pidió el baño para cambiarse y la otra aceptó. Al entrar al baño reviso los estantes con cuidado, en silencio. Esperaba conseguir una pistola. Se lamentó. Al menos consiguió una hojilla para afeitar, de barbero. Puso el tenedor en el lugar de la hojilla. Se cambió rápido la ropa, se guardó dentro del pantalón la hojilla, la que no se notaba por la blusa y salió.

— Mucho mejor. Ahora el maquillaje.

— Pero antes, necesito que me respondas algunas cosas, con sinceridad.

— Si me devuelves el tenedor.

— Lo dejé en el baño. Ya no lo creo necesario. —Respondió rápidamente.

— Bien, ¿qué quieres saber, señorita?

— Quiero saber qué está pasando.

— Cariño, consideran un riesgo dejarte ir. Tu papá es malo, malo, malo, malo... Y habrá problemas te quedes o no, entonces es mejor que te quedes.

Andrea ya estaba drogada, lo suficiente como para que Karen se sintiera, por primera vez, dueña de la situación.

— A mí no me interesa ese tipo, yo no lo conozco, así que me da igual. Pero necesito saber más. ¿Qué han dicho de mí? ¿Han pensado en deshacerse de mí?

— Bueno, sí. Pero tienes un ángel de la guarda.

— La Enfermedad. Él quiere que yo esté bien.

— Ustedes me enternecen.

— Andrea, respóndeme esto, y necesito saber la verdad. Los hombres que estuvieron involucrados en mi secuestro... ¿Cuáles son sus nombres?

— No lo sé, no lo recuerdo. Ya pasaron varios años.

— Por favor, haz memoria.

Capítulo 23

Frank picaba una manzana roja, muy roja, con su cuchillo personal. Aarón lo estudiaba. La manzana lloraba con los afilados cortes. *No creo que le importe. Ya debe valerle una mierda la hija. Ni siquiera la conoce. Lo que debe molestarlo más es la muerte de Roberto. Y personalmente opino que quienes deben encargarse de ese asunto es este— apuntando a Aarón— y Tony. Más nadie. Cuando yo cago, yo mismo limpio la mierda de mi culo.* Se metía otro pedazo de manzana en la boca. *Además, y esto lo digo muy a favor de ustedes... esa marica de Roberto no tenía por qué ir a joder a Tony.*

En ese momento Esteban le hizo señas a Frank para que se callara. Venía Andrea con Karen, vestidas elegante, con la ropa de marca que Serrano le regalaba a su mujer. Se veía diferente con el maquillaje, recuperó la frescura de su edad y cubrió el tono violáceo de su piel accidentada. Su corazón se aceleró al ver a Frank sentado en diagonal a la Enfermedad. Ambos posaron su mirada sobre ella. Estaba acorralada y no encontraba un punto a dónde mirar.

— ¿Cómo se encuentra, señorita... Estrada? —Preguntó Don Esteban.

— Sí, señor. Ese es mi apellido. Y creo que estoy bien.

— Me contenta, me contenta. ¿Le han tratado bien? ¿Ha comido usted?

— Sí, todo muy bien. Gracias.

— Me contenta muchísimo, señorita Estrada. —Pausó— Y dígame, ¿tiene usted buena relación con su padre?

— ¿Con Alfonso Estrada?, bueno. Lo normal, sabe. Esteban sonríe. Karen baja su cabeza.

— Le comento que hoy, a las 6 de la tarde, será devuelta a su casa en un helicóptero privado y muy seguro. Estará junto a su madre en cuestión de minutos. Ya lo hemos acordado y ella estará feliz de recibirla.

Aarón esperó ansioso su respuesta, aunque lo disimulaba muy bien. Frank miraba a ambos, curioso, como buscando una debilidad en La Enfermedad o esperando que hiciera algo fuera de lo indicado. No había nada todavía.

— Ah, me parece que es buena idea. Pero, ¿cómo estaré segura de que dice la verdad?

— No tienes nada de qué preocuparte. La Enfermedad va a acompañarte en el helicóptero. Te entregará a tu madre, se despedirán y tu vida volverá nuevamente a la normalidad.

Karen afirmó con su cabeza. Aquella frase final sobre la normalidad no le cabía dentro de su cerebro golpeado. Parecía deprimida, insegura. Andrea intervino.

— Bueno, ya que todo está resuelto, quisiera ir al centro a que nuestra querida invitada elija un regalo, como muestra de afecto. Me gustaría que ella decida lo que quiere y así su estancia en nuestra ciudad no termina siendo tan atropellada. ¿No lo crees, amor?

Esteban denotaba su desaprobación ante la petición de su esposa.

— Faltan tan sólo horas para que sean las 6 de la tarde, Andrea. Mejor es que ella descanse.

— Prometo que no tardaremos. En una hora estaremos de vuelta. Si quieres me llevo a todos estos encantadores hombres de escoltas para que estés tranquilo.

— Que sean 45 minutos y ni uno más.

Andrea sonrió encantada y le dio un beso. Esteban le indicó a Aarón que las acompañara, que se llevara a sus hombres con él y que no se pasaran del tiempo que les había dado. Inmutable, aceptó las órdenes de su jefe. Karen sólo deseaba que el tipo del bigote no se fuera con ellos. Lo miró de reojo, ardida. En el estacionamiento apareció Tony en su auto. Frank salió para mirar. Aarón intercambió unas palabras con Tony mientras que Frank y él se confrontaban una mirada.

Aarón decidió que él iba a manejar. Ed iba a su lado de copiloto. Andrea y Karen en la parte de atrás. Andrea se metía cocaína. Karen encendía un cigarrillo y lo miraba por medio del retrovisor. Él También le miraba y hacía que le latiera muy acelerado el corazón. Bajaba la mirada de vez en cuando. Luego pensaba que sería la última vez que le vería esos ojos negros, tan negros y penetrantes. Recordó sus besos, la forma en que recorrió su cuerpo, sus manos fuertes y tibias. Seguían mirándose por el retrovisor del auto. Ella se preguntaba si él la estaría pensando de la misma manera. Si recordaría aquellos besos, aquellas caricias. Sus pieles juntas. Se le erizaba la piel de sólo evocar esos recuerdos.

En cambio, Aarón, tenía en su mente pensamientos muy distintos, sobre todo el plan concerniente a la entrega de ella horas posteriores a ese momento.

Estaba pensando en cómo lo haría, de qué manera la mataría para hacerla sufrir menos. Recordaba las palabras de Esteban. *La llamada a Franco ha sido muy exitosa, ya sabe que ha muerto Roberto a manos nuestras, y también sabe que tenemos a su hija. La quiere de vuelta, completa, sin más extremidades faltantes. Es posible que si la quiera realmente. No lo sé. Lo que sé es que lo que vamos a enviar en ese helicóptero va a hacer a esa pelirroja muerta. Y quiero que completes lo que dejaste a medias la vez anterior. Esta vez no tiene por qué quedar viva. Yo conozco a Franco y sé que, aunque le regresemos a la hija no dejará las cosas así. Es mejor ir un paso delante de él. Y esta vez no quiero excusas. Me has demostrado ser un tipo duro, de palabra, y que esa pelirroja no sea la excepción.*

Respiraba profundo y la contemplaba. Le gustaba su cabello rojo, su piel blanca, esa mirada de tonta que le irritaba también le agradaba. Un tiro en la frente. No, no quería arruinarle la cara. Tal vez mejor un tiro en la cabeza de medio lado. Un tiro limpio. De manera que no pudiese escuchar ni un ligero grito. Pero si lo hacía muy cerca se iba a empapar con su sangre. También quería evitar eso. No quería que su sangre le salpicara. No quería lavarse su sangre. Le invadió el recuerdo de su vagina, él entrando y saliendo de esa vagina. Si le daba un disparo en el corazón tal vez la escucharía soltar un quejido similar a un gemido. Y le vino a la mente sus gemidos mientras la embestía en su cama. Ella insistía con su mirada por el retrovisor. La miraba porque sabía que sus horas estaban contadas y sería él quien le pusiese fin. También recordó

el sabor de su boca. En ese momento cayó en cuenta que era deliciosa. Si tan sólo se la pudiera coger nuevamente. Pero mejor no volver a involucrarse con su próxima víctima. Eran más las ganas de penetrarla que de matarla. Su cerebro estaba partido en dos. Iba perdiendo su lado racional de psicópata. Ahora sintió un impetuoso dolor por tener que matarla.

Al llegar al centro, Andrea decidiría visitar su tienda favorita, donde tenía varias conocidas que le trataban muy bien porque había hecho rica a las dueñas. Transcurría esa tienda con una eventualidad casi certera. Aarón no lo sabía, ni se lo imaginaba. No era de su incumbencia lo que hiciera la mujer del jefe. Se bajaron todos del auto en el estacionamiento. Andrea estaba feliz, iba drogada, como solía estar siempre. Tomó a Karen de la mano y caminaron hasta la tienda. Aarón se quedó esperando en el carro. Le pidió a Ed que fuera detrás de ellas. Lo hizo. Iba varios metros detrás. Entraron por un pasillo espacioso. Andrea saludó con abrazos a la recepcionista, quien de inmediato les ofreció café. En el estacionamiento había llegado un carro rojo. Aarón lo detalló. Karen miraba los zapatos. Tacones muy lindos. Quería probarse unos. Buscó a Ed y lo vio detrás del cristal, afuera de la tienda. No vio a La Enfermedad. Se preguntaba cuál sería su nombre. Sólo quería saber eso. Sólo eso. Se ponía nerviosa de imaginarse como le haría esa pregunta. *Me gustaría saber tu nombre, no tu apellido. Sólo tu nombre, quiero que mi enfermedad tenga un nombre.* Del carro rojo se bajaron dos mujeres rubias, con tacones

y vestidos ceñidos al cuerpo. Ambas llevaban Carteras. Aarón pudo oler sus perfumes mezclados. Una le sonrió al pasar cerca de él. Andrea había elegido un vestido para Karen. Sonrió. La acompañó hasta los vestuarios. Karen se quitó toda la ropa. Tomó con cuidado la hojilla y la puso sobre un mueblecito. Se colocó el vestido. Las mujeres rubias entraron a la tienda. Ed también las observó, distraído. A Karen le quedaba lindísimo el vestido negro con rayas verticales a los lados. *Si él me pudiese ver con este vestido.* Andrea esperaba en el pasillo que Karen saliera con el vestido. Una de las rubias tomó el primer vestido que encontró y se fue hasta los vestuarios. Le dijo en voz alta a su compañera que se quería probar ese. Al entrar por el pasillo se encontró de frente con Andrea. Se sonrieron. La rubia llegó hasta el final del pasillo, hizo aspavientos de querer entrar en un vestuario. Andrea le hablaba a Karen, le pedía que saliera para verla. En ese momento a la rubia le cambió el semblante. Sacó de la cartera una pistola. Se puso de un color muy pálido. Le apuntó a Andrea con el arma, quien no tuvo tiempo para reaccionar. Cuando Karen abrió la puerta sonriendo por el vestido escuchó las detonaciones seguidas y continuas. La sangre de Andrea se le esparció en la cara y en el vestido nuevo, que aún no era de ella.

Karen quedó inmóvil. Andrea se hallaba tirada en el piso, ensangrentada, terminando de morir ahogada con su propia sangre. No supo qué hacer. No supo cuántos segundos o minutos pasaron. Escuchó otros

disparos afuera. Se giró y tomó la hojilla de nuevo. La metió dentro de sus senos. Notó que todo le temblaba. Se volvió hacia donde estaba Andrea. Ya no se movía. Tomó su bolso. Lo revisó rápidamente. Encontró droga, dinero, maquillaje, nada más. Soltó el bolso. Abruptamente entró Aarón en los vestuarios. La tomó por un brazo y salieron corriendo de allí. Karen estaba descalza y llevaba un vestido que ni siquiera habían podido pagar. Al estar afuera algunas personas horrorizadas por los disparos gritaban y llamaban a la policía. Karen pudo ver afuera a una mujer tirada en el piso en un charco de sangre. La Enfermedad la tomó fuerte y caminaba a un paso muy rápido. Ella notó que iban en dirección opuesta a donde estaba el carro. Se lo comunicó a él, quien sólo dijo *lo sé*. Salieron por otra puerta del centro comercial. Aarón miró a todas partes. Le pidió a ella que actuara normal. *Estoy descalza y tengo sangre en mi cara, no puedo actuar normal*. Él se puso frente a Karen y le dio un pañuelo para que se limpiara. Caminaron hasta la calle principal y pidió un taxi. Durante este recorrido no hablaron. Ella se ocultaba del taxista para que no le viera los restos de sangre que le quedaban en la cara. Se bajaron en un lugar que ella jamás había visto. Caminaron por un callejón y él abrió un portón. Le indicó a ella que se lavara la cara en un lavamanos que estaba al fondo del garaje. Ella lo hizo, sin dudar. Le dolían los pies. Había caminado sobre asfalto caliente. Él puso a andar un carro y la esperó dentro. Karen miró que él estaba hablando

por teléfono y cuando se montó él ya no habló más. Le quiso comunicar lo que sucedió.

— No sé cómo pasó. Fue muy rápido. Me estaba probando este vestido. Andrea me esperaba afuera. Cuando salí le habían disparado y ni siquiera alcancé a ver quién lo hizo. Y... no sabía qué hacer, no sabía si salir. Ella estaba tirada ahí, muerta.

Aarón sacó el carro de garaje y manejó en completo silencio. Karen no paraba de hablar, de intentar explicar muchas veces lo sucedido. Se preguntaba por esa mujer tirada en el piso fuera de la tienda. Y cayó en cuenta que no pudo ver más por las personas, el apuro, por cómo se sentía. Entonces se preguntó por Ed.

— ¿Dónde está Ed?

No respondía nada. Karen se dio cuenta que ya había experimentado un acontecimiento parecido hace pocos días. Recordó el tiro que le dio a aquél hombre, a aquél completo desconocido. Se miró en el espejo del auto y le sorprendió que no estuviese llorando. Ya no lloraba. Entonces pensó en Andrea. Había sido muy buena con ella. No se merecía eso. No se lo merecía. Y se preguntaba ¿por qué la mataron? ¿por qué lo hicieron? Y la pregunta más importante: ¿quién lo hizo? Y luego le vino a la mente una sola persona: su padre biológico, el mafioso. Claro, ahora todo tenía sentido. Lo hizo en venganza. Karen, al ser iluminada por esa comprensión tan acertada volteó de reojo a ver a La enfermedad. Su notaba furioso, sin mirarla en un solo momento. Manejaba con brusquedad, iba muy rápido. Tomó una carretera que ella desconocía. Ahora todo

había cambiado. Ya no la devolverían en un helicóptero a las 6 de la tarde a su casa a los brazos de su madre. Ya no habría trato. Todo se había ido a la mierda, pensó. Y fue conciente del problema tan enorme que ella representaba para todos y mucho más para él, para su enfermedad. Después de tanto pensar se sintió muy agotada. Cerró los ojos con resignación. Ya nada podía hacer para cambiar su fatal destino.

Al sentir el auto frenar fue cuando le pareció prudente abrir los ojos. No quiso ver cuál iba a ser el camino que la dirigiera hasta su muerte. Estacionó el carro en una casa de aspecto abandonado. Tenía un gran patio de tierra en la entrada. Se bajó primero que ella. Lo vio dando la vuelta delante del carro. Se sacó el arma y le apuntó a la cabeza. *Bájate*. Hizo caso como un animalito desvalido pero adiestrado. Karen caminó en dirección a la casa. Él detrás apuntándole. Abrió la puerta. Le ordenó que entrara. La mandó a sentarse en un pequeño mueble. Él tomó una silla y se puso en frente, confrontándola y apuntándole con el arma. Soltó una exhalación densa y duradera. Karen parecía que estaba en un estado de parálisis, ni espabilaba. Aaron estaba cansado de lamentarse por la presencia de esta pelirroja de la mala suerte. Su teléfono sonó. Era Tony. Le comunicaba la noticia más catastrófica del día. La Enfermedad no podía soportar la idea de que el día pudiese empeorar. *Esteban está muerto*. Al escuchar eso colgó la llamada. Encolerizado rompió el silencio. — Maldigo el día en que tu maldito padre decidió acabar dentro de la perra de tu madre.

Rompió en llanto. Fue como si explotara, como si ya no soportara más su vida. Lloró con el rostro arrugado, enrojecido e inflamado. Sus ojos se pusieron tan rojos como sus cabellos, como sus labios estrujados, porque estaba evitando dar alaridos muy fuertes. Tenía miedo al dolor, no a la muerte. Su rostro se volvió líquido por sus fluidos mezclados. Lágrimas y mocos encontrados en su delicado mentón. Karen revivió la pesadilla del secuestro y con más fuerza lloraba. Estaba totalmente segura que quería morir, que quería que ese fuese su fin. Con sus cuerdas vocales debilitadas por el llanto, la fatalidad y el miedo, logró articular con un hilo de voz.

— Mátame... mi vida siempre ha sido una mierda.

Capítulo 24

Nico era pirómano. Decía que eso era una necesidad. Y también le gustaba partir huesos. Esto segundo lo hacía por entretenimiento. El sonido que producía le cautivaba. Había ido varias veces a la cárcel por provocar incendios. Las primeras veces se defendió diciendo que eran accidentes, luego quedó demostrado que quemó una casa con una anciana adentro. Estuvo varios años pagando condena por ello. Cuando salió Franco lo recibió con afecto. Lo acomodó bastante bien para que trabajara sólo para él. Nico había vivido en el norte casi toda su infancia. Conocía la zona y tenía buenos contactos hasta que se metió en problemas de drogas y tuvo que irse al sur donde alcanzó rápidamente una reputación de bicho malo. Como Franco le brindó apoyo muchas veces lograron un vínculo muy cercano. No por ello era un tipo fácil de dominar. Y de vez en cuando debía drenar sus necesidades pirómanas, a lo que Franco le atormentaba un poco porque solían ser siempre escándalos difíciles de ocultar. Sin embargo, la unión se intensificó porque Nico quería volver al norte y Franco anhelaba apoderarse de la zona. Ambos apoyándose eran útiles para sus futuros planes. Lo otro bueno de Nico es que era un auténtico psicópata. Jamás consumía droga. No le gustaba alterarse los sentidos. Quería ser capaz por sí mismo de provocarse placeres prohibidos.

También trabajaban con Mario, un tipo de apariencia tranquila y de mala salud, pero este era mucho más dócil que todos los demás. Era bueno distribuyendo la mercancía. Alardeaba que tenía serpientes en su casa por si alguien decidía querer matarlo mientras dormía. Nadie que visitara su casa había visto las serpientes. Así que además de débil era un mentiroso muy miserable. Lo que sí estaba muy en boca de todos era que un día lo encontrarían muerto por sobredosis de crack. Él decía que podía controlarse, más nadie le creía. Sergio sabía manipularlo muy bien y era extremadamente fiel. Muchas veces le juró que daría la vida por la familia Gonzalo, por cualquiera de ellos. A Sergio realmente no le importaban esas promesas, lo que quería era hacerle saber que sí.

Los gemelos Alfonsinos eran muy amigos de Jota, otro hombre de Franco. Hacían unas extraordinarias fiestas. Se habían criado juntos, hasta muchas veces compartieron las mujeres, las bebidas, las drogas. Pero los gemelos no tenían control, eran demasiado imprudentes y Franco odiaba la imprudencia. Su lazo sanguíneo era lejano. Ellos eran nietos del tío—abuelo de Franco y Sergio. Lo que los hacía unos primos distantes. Sus lazos eran más fuertes por la mafia que por otra cosa.

Jota, al enterarse de las muertes de los gemelos tuvo una rabia agobiante, no se le quitaba con nada. Muchas veces le dijeron que los gemelos se lo buscaron. Tenían tantos enemigos como amigos y no se sabía a ciencia cierta quién los había matado. Hasta que

se supo que había sido un hombre de Don Esteban. Jota lo buscó un tiempo, varios meses. No pudo seguirle el rastro. Era como un puto fantasma. Lo más que supo era que le llamaban La Enfermedad y que había vengado la muerte de toda su familia.

Como los gemelos no le hacían falta a Gonzalo, no tomó venganza sobre el asunto de forma inmediata, tan sólo dijo que esperaría el momento oportuno y que eso podía tardar algunos años. Jota estuvo retraído un buen tiempo por esas muertes. Hasta que la rabia volvió a revertirse al enterarse que La Enfermedad había dado muerte a Roberto.

No tanto a Franco como a Sergio le gustaba trabajar con mujeres, pero todo lo que Sergio pensara, las personas que elegía y las decisiones que tomaba eran impecables. Así que contrató a Lucía y Estefanía, dos hermanas huérfanas con instintos homicidas a las que eventualmente visitaba para hacerles el amor, para amanecer entre las sábanas con ellas y sus cabellos rubios y nada más. Nada cabía en su corazón. Nada más que aquella mujer muerta en el río y los pezones destrozados de Samantha. Nada más que aquellos cabellos enrojecidos.

Los encuentros entre los miembros de la banda, en fiestas o reuniones, siempre terminaban con una puta o un invitado quemado. Nico aprovechaba que todos los demás tomaban y se drogaban para hacer de las suyas. Para llevar su plan a cabo, siempre llevaba su garrafa de gasolina, de otro modo, siempre iba preparado para vaciarle el tanque a alguno de los carros de

sus hombres. Las prostitutas tenían miedo de él, por lo que ninguna se le acercaba y Nico, le importaba muy poco. Así que Franco disminuyó los encuentros festivos entre ellos.

Todos hablaban de Esteban y del Conejo, que aquellos tenían mayores ganancias, que eran extremadamente cuidadosos y meticulosos con el negocio de las drogas y de las niñas, que eran, en definitiva, mejores que ellos en muchos sentidos. Se rumoraba que Conejo tenía un cuarto de puros cadáveres de niñas no mayores de 12 años, que las tenía con vestiditos, como un cuarto infantil de la muerte. A Franco le obstinaba que todos se sintieran menores que los del norte, estaba harto de que aquellos fueran mejores y que les fuera tan bien en sus negocios. Le mordía la envidia como una cucaracha hurgando en un oído. Ambicionaba demasiado esa zona, así que él mismo inició una guerra, la que nunca pensó que terminaría con su hija involucrada, porque casi nadie sabía ese secreto, ese maldito secreto de la niña de los cabellos rojos.

Capítulo 25

Su celular sonó por segunda vez. Continuaba sentado frente a Karen, irascible. Por culpa de ella todo se había destruido en tan sólo días. Volvió a contestar. Esta vez era una llamada de un teléfono desconocido.

— ¿Quién habla y qué quiere?

— Al fin tenemos el gusto de hablar. Me gusta tu apodo. Enfermedad.

— Hice preguntas, quiero respuestas.

— Soy Sergio Gonzalo, el hermano de Franco. Dime, por favor, que la pelirroja sigue viva.

— Le quedan muy pocos minutos.

Karen se tragaba la saliva espesa de su boca y se limpiaba a manotazos las lágrimas.

— Muy bien, quiero escucharla.

— Sigue viva. Pero le queda muy poco.

— Si la dejas viva, te perdonaremos la vida y, además, serás bienvenido en nuestro equipo de trabajo. Pero como sé que también puedes no aceptarlo te ofrezco una agradable suma de dinero verde en efectivo.

— No estoy interesado en su maldito equipo de trabajo, ni en su maldito dinero, ni me interesa un poco la vida de esta niña.

Karen volvía a llorar al escuchar la respuesta de La Enfermedad. Su vida no valía nada para nadie, para nada. Volvía a repetirse que su vida era una mierda. Que ni su madre la quería, que le habían mentido durante toda su vida. De pronto se le activó una carta

que no había jugado, pero que tenía muy obvia desde que La Enfermedad le contó sobre su verdadero padre. Comenzó a hablar alto, muy alto.

— No me interesa que el padre que ni siquiera conozco, el que nunca ha estado conmigo, el que me sabe a mierda, quiera salvarme la vida. No quiero que ese maldito me salve la vida. Prefiero morir como un puto animal a que él me salve.

— ¿Estás escuchando lo que dice Karen Estrada? — Le comentó La enfermedad a Sergio y lo puso en altavoz. Le acercó el teléfono a ella.

Al ver la oportunidad de vivir frente a sus ojos, así fuese como un pequeño destello de luz, terminó de confundir al tío desconocido.

— No quiero que me salven. Y fui yo, fui yo quien le disparó al tipo ese en el galpón. Yo le disparé al muy maldito.

Aarón, desconcertado, frunció el ceño. Ella le pedía a gritos a La Enfermedad que le perdonara la vida con la expresión de su rostro.

— Prefiero quedarme de este lado del bando, ¿escuchaste bien? No quiero nada con ese maldito Franco Gonzalo, que se pudra y ojalá lo violen antes de matarlo como un perro infeliz.

Sergio colgó la llamada. Aarón se quedó muy confundido. No comprendía cómo funcionaba la mente de esta mujer.

— Estás completamente loca.

Le aterró severamente la extraña reacción adversa de la pelirroja, parecía querer estar con él a toda costa, aunque él fuese su peor enemigo en este mundo. Le

puso de nuevo el seguro a la pistola y la volvió a guardar dentro de su pantalón. Estaba tan desorientado que le volvieron las ganas de comérsela a besos y de penetrarla tan fuerte hasta que llorara de nuevo, pero de placer. Se llevó las manos a la cabeza. Se preguntaba *ahora qué tanto puede empeorar esto*. Con Esteban muerto, sus posibilidades de quedar vivo eran insignificantes. Y una de las formas de tomar venganza era, en efecto, matarla. Y ahora con más razones que antes. Karen se llevaba las manos al rostro para secarse las lágrimas. Tenía ese vestido subido hasta más arriba de sus muslos. No parecía ser consciente de la provocación que eso estaba surtiendo en él. Se dijo también que ella era la menos culpable de todos. Tal vez era mejor usarla como carnada para acercarse a los Gonzalo y matarlos. Eso sí sería una venganza más digna para Esteban. Miró su vulnerabilidad, su incapacidad para hacerle daño y esa extraña y extrema manera de sobrevivir, prefiriendo estar con él que ser rescatada.

Se le acercó lo suficiente como para sacarla de su abstracción. Le tomó el rostro con una mano y lo subió hasta que sus ojos se encontraron. Le acarició y le secó una lágrima que resbalaba en un pómullo. La levantó tomándola por el mentón hasta incorporarla. Le apretó fuerte los brazos llevándolos hacia atrás y la besó con una pasión que era incapaz de reconocer. Ella se dejó llevar por esas ganas, por ese fuego que emanaban los dos. Él levantó su vestido hasta más arriba de su vientre y le sacó el panty. La tumbó en el mueble y la penetró desesperado. La seguía besando,

la seguía tocando. Las caricias se hacían más fuertes, le apretaba los muslos, la hacía gemir fuerte con sus arremetidas. La agarraba la cabeza. El arma cayó en el piso. Ellos seguían entregados a ese instante que deseaban eterno. Los besos se hicieron más intensos de lo que ya eran. *No sé qué hacer contigo. No sé qué hacer.* Le dijo Aarón en un susurro. Se lamentaba de su flaqueza para con ella. Se vio incapaz de poder hacerle daño de nuevo. No quería volver a lastimarla, no quería verla llorar.

Cuando él terminó se echó a mi lado en el mueble. Yo aún tenía la respiración agitada. Eran demasiadas emociones que no podía procesar. Me dolía el pecho. Se me dificultaba respirar. No quería hablar. No había palabras para él, ni para mí. No había nada. No se veía salida, no se veía final. Eché mi cabeza hacia atrás y cerré los ojos. Mi vagina latía. Todo en él me excitaba. No podía controlar lo que mi cuerpo deseaba. No podía pensar. Lo único que quería era quedarme con él. A su lado. Sin moverme. Quería paralizar el tiempo. Y conocer su nombre. *Tan solo tu nombre.* Suspiré. Él me tomó la mano izquierda. Acarició mis dedos y tocó la piel de los dedos mutilados. *Me llamo Aarón.* Le sonreí y sentí un alivio.

Tocaron a la puerta. Aarón tomó su arma y se puso en pie. Ahora su cara tenía un nombre de hombre. Me hizo sentir muy feliz. Me acomodé el vestido y acomodé la hojilla porque se había ido a un costado. Sus caricias aún resonaban en mi piel. Después de inspeccionar y de escuchar la voz del conocido abrió la puer-

ta. Era Tony. Me miró y soltó un respiro. Sacó droga e inhaló. Caminaba de lado a lado y no se quedaba tranquilo. Su estado me puso nerviosa enseguida.

— Hermano, todo esto ha sido una locura. El conejo quiere que esto se acabe hoy mismo. Me dijo que fuéramos a reunirnos con él, que tiene un plan. Yo le dije que me llegaría contigo.

Aarón meditaba y me miraba con sus manos apoyadas en la cintura. Tony también me miró. Sus ojos estaban desorbitados, movía un pie con inquietud.

— ¿Qué piensas hacer con ella?

— Ella está fuera. ¿Entiendes, Tony? Está fuera. — Dijo en un tono firme y severo.

— Bien, bien, bien. Comprendo. Ya.

Aarón le contaba a Tony en dónde la dejarían resguardada mientras todo pasaba, de manera que ella pudiese salvarse pasara lo que pasara. Tony ya no lo escuchaba. Sudaba frío y eso que había consumido bastante antes de llegar allí. Se puso inevitablemente nervioso. Karen lo miraba con insistencia. Le molestó que ella no le quitara la vista de encima. Sintió que le faltaba el aire, que su corazón latía a todo lo que daba. No quiso esperar más. Apretó la mandíbula y sacó la pistola. Apuntó a Aarón. Ella pegó un grito. Tony no esperó que Aarón pudiese pronunciar palabra. Disparó. Karen pegó un alarido desgarrador. Tony, impresionado, se le fueron nublando los ojos. Karen se movió un poco en su asiento desgarrada de rabia y dolor.

— No te muevas, maldita perra.

Ahora le apuntaba a Karen. Las manos le temblaron un poco. Se metió una cachetada. *No, Tony. No sientas tristeza. Ya lo mataste. Ya no hay vuelta atrás.* Se decía a sí mismo en voz alta. Miró donde yacía el cuerpo de La Enfermedad. El charco de sangre era cada vez mayor. Se acercó lentamente para verlo de cerca sin dejar de apuntarle a Karen, quien estaba en una crisis muda. A Tony se le llenó el zapato de sangre. Lo miró de cerca. *Maldita sea, por qué no me pudiste disparar a mí primero. Eras mi jodido amigo favorito.* Se acercó más y sin querer mirar le pegó otro tiro. Karen volvió a gritar. Tony lanzó un grito de guerra. *Sí, maldito. Te maté. Fue Tony quien le dio muerte a la Enfermedad. Soy una jodida eminencia.*

Sacó de sus bolsillos una cinta adhesiva y se la puso a Karen en la boca, manos y pies. Ella no dejaba de mirar al cuerpo de La Enfermedad. No podía entender que estuviese muerto. Deseó que se parara de repente y que matara al mal nacido que le disparó. Se la llevó casi a rastras hasta la puerta y desde ahí Tony volvió a mirar a Aarón *debiste haberte retirado después de vengar a tu familia. Este mundo no te merecía. Adiós, amigo.* Lanzó a Karen en la maleta de su auto. Condujo hasta donde estaban los Gonzalo esperándolo para recibir a la pelirroja. En el caminó lloró un poco. Se sintió un bastardo. Luego se recordó de la suma de dinero que recibiría por haber matado a Esteban, a La Enfermedad y por haber entregado a Karen y con ello se le quitó el momentáneo dolor.

Al llegar al lugar acordado para la entrega, se bajó del carro con los brazos abiertos. Se abrió un portón de rejas

frente a un Tony sonriente, millonario. Volvió a manejar el auto y lo estacionó dentro del lugar. Salieron a recibirlo Franco, su hermano y varios de sus hombres. Sergio y Tony se dieron un amistoso abrazo. Sergio le tocó el cabello. *Me contenta verte... y bien.* Tony con su sonrisa mantenida le extendió la mano a Franco.

— Felicidades, señor Gonzalo. La ciudad es suya. Y próximamente todo el norte cuando el Conejito esté muerto. Franco tardó en darle la mano. Los traidores le sabían todos a mierda y lo hacía desconfiar automáticamente de él. Le dio la mano con ínfulas de grandeza.

— ¿Dónde está mi hija? — Preguntó con autoridad.

— Está en la maleta. Ah, no se preocupe, está intacta, no le sangra nada. Sólo que no quería venir, sabe. El amor a veces no conoce de límites. —Chisteó con un Franco muy serio mientras le entregaba las llaves del auto.

— Dime que La enfermedad está muerto.

— Lo está, lo está. No me pude traer su cuerpo porque no lo creí necesario, además que es bastante pesado, sí. Y bueno, ella se lo puede confirmar, pero recomiendo que no le toque ese tema todavía porque puede herir susceptibilidades y es demasiado reciente aún...

— Estás hablando demasiado. —Le amenazó— Sergio, hazme el favor y le pagas a este y que se vaya. Tony, al ver el rechazo de Franco, se limitó a buscar a Sergio, quien ya tenía su pago preparado. El dinero estaba en una bolsa grande de ropa femenina. Tony desaprobó la bolsa.

— Pensé que me lo darías en una maleta. Te creí un hombre de tradiciones.

— No estás en una maldita película, Tony. Esa bolsa pasa desapercibida.

Franco estuvo a punto de pedir que otro abriera la maleta por él. No quería encontrarse con sorpresas. Tampoco quería encontrarse con su hija. Le daba un poco de vergüenza conocerla así. Siempre se imaginó un día especial yendo a verla y admirarla desde lejos. En su boda, quizás, la observaría ir al altar con su vestido blanco y con un buen hombre a su lado. Él sería presentado como un viejo amigo de su madre y nada más. Era mejor que no supiera quien era su verdadero padre, para que su vida jamás corriera riesgos, pero nada había sido así ni lo sería. Ahora debía encontrarse con alguien que tenía todo el derecho de odiarlo. Se armó de valor y destapó la maleta. La vio sucia, despeinada y enfurecida, resoplando fuerte por sus orificios nasales. No supo qué hacer. Ella lanzaba algunos alaridos que quedaban atrapados en la cinta adhesiva de su boca. Karen también estaba detallando al hombre. Se llenaba de un odio inmarcesible, violento, potente, digno de su edad y de sus renacidas ganas de vivir. En el camino había intentado sacarse la navaja de afeitar para quitarse las mordazas. No pudo. Nada es como se imagina.

Franco la tomó con cuidado y la sacó del carro. Le lanzó las llaves a Tony. Este le agradeció. La miró a ella y le hizo un ademán de despedida. Lo que recibió de vuelta fue una mirada fulminante. Tony encendió su auto. A Karen le quitaban las cintas. Tony se fue. Karen, almacenando más odio, se encontró en libertad. Tal como decía el tatuaje en su espalda.

Capítulo 26

Se echó sobre el piso de tierra, cabizbaja, sin fuerzas, desgastada físicamente de tanto sentir dolor y rabia. Agarró un puño de tierra oscura y seca y la apretó fuerte en su mano. Dejaba el puño de tierra y arrancaba otro, hasta que sus uñas se enmugrecieron totalmente. Seguían haciendo eso repetidas veces. Apretando, soltando. Franco esperó que Sergio pudiese hacer algo, ya que él no tenía ni puta idea de qué hacer con ese caso. Él sabía de drogas y de asesinatos, no de relaciones afectivas y menos familiares. Al contrario, esa hija desconocida le espeluznaba. Ella tenía el toque exacto para hacer que cualquier tipo malo se acobardara delante de ella. Se puso nervioso y le hizo señas a Sergio para que se encargara de ese desastre, al mismo tiempo que se retiraba.

— Hay una bañera con agua tibia esperándote. Te hará sentir mejor, lo aseguro.

Subió la cabeza para observar ese rostro. Ambos se reconocieron. Se habían visto antes. Sólo que Sergio jamás había visto ese odio, esa amargura, ese deseo de matar en ella, en su sobrina. Karen hizo memoria. Sí, claro. Lo había visto un par de veces hablando con su madre, en su propia casa. Con indignación se atrevió a preguntar.

— ¿Tú eres Franco Gonzalo?

Sergio sonrió y negó con la cabeza.

— Soy Sergio. Tu madre nos presentó hace un par de años. Yo soy el hermano de Franco.

Sintió que su rabia se incrementó al recordar a su madre.

— Fui a visitarlas varias veces. Les llevaba los bombones europeos. ¿Los recuerdas?

— Me los comía todos. — Comentó resignada.

— Sí, sé que te gustaban. ¿Te parece si vamos adentro? Se incorporó con ayuda de él y entraron a la casa. Todo estaba repleto de hombres armados. Pudo ver granadas y mucho más armamento en los rincones. Al caer en cuenta de lo que ahora pasaba, se lamentó de haber perdido. Su rostro se apagó mucho más y le volvía el dolor de pecho más contundente al recordar a Aarón muerto en su charco de sangre. El dolor persistía al recordar a Tony matándolo, entregándola y huyendo como si nada. No lo soportaba. Ahora, aprovechando su furia, le pidió a Sergio que le presentara al tal Franco Gonzalo.

Franco estaba sentado en una oficina improvisada que le prepararon ese mismo día que llegaron a la principal ciudad enemiga. Se encontraba victorioso, jugueteando con un arma, satisfecho de que el Esteban estuviese muerto. Contando las horas que faltaban para hacerse con todo. Le tocaron a la puerta. Pidió que pasara. Era Sergio y su hija. Se puso nervioso de nuevo. Soltó el arma y la puso sobre el escritorio. Sonrió incómodo.

— Ah, pensé que la llevarían a que descansara.

— Quiso venir a conocerte.

— Nos dejas solos, por favor. —Le pidió Karen a Sergio.

Sergio extrañado aceptó. Se encontró con un Franco acorralado, que le evitaba la mirada y que no sabía dónde colocar sus manos. Era canoso, de barba rasurada,

piel blanca y de ojos color café. Buscó el parentesco. Él también lo hizo. Ella le seguía detallando la cara, la que tenía marcada por una serie de cicatrices producidas por un acné juvenil. Franco le pidió que se sentara. Lo hizo. Acomodándose en el asiento, habló.

— ¿Cómo conociste a Carol?

— Vaya, me tomas desprevenido. No me esperaba una pregunta de ese tipo. — Vaciló él.

— Quiero saber cómo fue.

— Bueno, fue en una fiesta. En unos quince años, si mal no recuerdo.

— ¿Y luego? ¿La raptaste?

— No, yo... Sé que te estás preguntando si la obligué a estar conmigo. No fue así. Fue en mutuo acuerdo. Sólo que, bueno. Ya yo estaba casado, para serte sincero.

— Y siendo un hombre casado, ¿no pudiste acabar afuera y así impedían mi maldito nacimiento?

Él, quien se encontraba sentado se incomodó en la silla, le dio calor. Y buscó las palabras para disculparse. No las hallaba.

— Me he sentido muy mal durante mucho tiempo por todo lo que te ha pasado. Siempre me mantuve distante por lo mismo, para protegerlas a ti y a tu madre. Yo quería que estuviesen bien.

— No quiero volver a casa con Carol. — Añadió cortante. — Quiero tener una casa propia lejos de aquí. Yo me las arreglaré para vivir sola. Y espero no tener que volver a verlos nunca más.

Eso había sido lo más decidido que pronunciaba en su vida. Él comprendió, le dijo que le regalaría una

casa lejos de allí. Ella asintió. Después su rostro volvió a oscurecerse. Franco quiso disculparse, no lo logró. Se puso de pie un momento y miró por la ventana. Necesitaba que esto acabara pronto. También necesitaba que ella decidiera irse de la oficina. No quería correrla. Ahora menos que sabía que ella no lo iba a querer ver más, ni a su madre. Volvió hacia ella y buscó la manera de convencerla de irse a descansar. De pronto sintió un filo veloz y violento pasar por su cara. Ella soltó la navaja y se puso a llorar. Él se llevó la mano a la cara y al tocarse el dolor se activó. Le había pasado la hojilla por una mejilla en un intento de matarlo. Quiso cortar el cuello. Ella nunca había pensado en matar a alguien con un arma blanca. No se preguntó lo complicado que era hasta que tuvo la oportunidad. No pudo hacerlo. Le entró demasiado pánico. Le retumbaba todo en su cuerpo. Apenas y le hizo un arañazo profundo en la cara. Franco se puso colérico. Pegó un grito de llamado a Sergio. Este apareció en la puerta. *Sácala de aquí.*

Afuera, rodeando una mesa, se encontraban casi todos los hombres de Franco. Karen era como un tesoro desconocido, extraviado y recuperado con mucho sacrificio. Se sentían victoriosos. Uno de ellos, al que le llamaban Nico, le sonrió avivadamente. Karen ni reaccionó a su saludo. Los veía como poca cosa, basura insignificante. Al atravesar otra puerta, la interceptó un hombre no mayor a los 30 años. ¿Está muerto? El maricón de *La Enfermedad*. Sergio no se detuvo. Ella no respondió. Jota, drogado y eufórico

gritó a espaldas de ellos quienes seguían caminando. *Le decían La Enfermedad porque el muy marica tenía cáncer en el ano. Demasiado tirar por el culo. Lo tenía tan abierto que podía caber un maldito puño.* Los demás lanzaban grandes carcajadas al aire. Brindaban con cervezas que se esparcían en la mesa, sobre las armas y la droga.

Entraron a una habitación poco iluminada. *Es un lugar momentáneo, por eso no hay muchas comodidades. Tan sólo espero que puedas lavarte y descansar un poco.* Aún se escuchaban los gritos de los hombres afuera. Karen se sentó en el borde de la cama, totalmente muda, estancada en una tristeza que le hacía sentir muy cansada, demasiado. Ya no podía llorar, estaba seca por dentro. Tenía un nudo en la garganta, le ardía la herida del accidente. Se fue hasta el baño, cuya puerta se encontraba abierta. Se quitó el vestido con parsimonia. El vestido que no pagó, el vestido lleno de tierra, el vestido que aún olía a él sobre ella, haciéndole el amor, minutos antes de morir. Su imagen ensangrentada en el piso volvió. Lo imaginó días después en el mismo lugar, lleno de moscas, pudriéndose, sin que su cuerpo sea enterrado. Se metió a la ducha e intentó que el agua se llevara todo, hasta sus mísera angustia y desconsuelo. Su estómago se redujo. No sabía qué hacer ahora. Tal como él decía. *No sé qué hacer contigo.* Ella tampoco sabía. Se enjabonó y la tierra se aflojaba de su piel. De su vagina deslizaba una gota densa y pronunciada de semen que se mezcló con la tierra y el jabón. Karen no lo notó. La mente le hacía creer que esos días vividos eran una especie de pesadilla

muy real a consecuencia del secuestro. Ah, cierto, el secuestro. O será que seguía secuestrada todavía. Se perturbó más. Al terminar tomó una toalla y se cubrió. Sergio ya no estaba. Seguían escuchándose las voces. Le retumbaban en el cráneo. Buscó en un closet algo con qué vestirse. Lentamente removió unas bolsas y consiguió algo de ropa. Se vistió sin fuerzas, al punto de perder el conocimiento. Siguió en pie. Era más fuerte de lo que pensaba. El pantalón le quedaba grande, la franela pequeña. Se tir  en la cama, descalza. No consiguió zapatos. Cerr  los ojos y creyó que vomitar a por la posición boca arriba. No pasó. Sobresaltada lo buscó. Hasta pronunció su nombre. *Enfermedad*. Sudaba frío. Se levantó de la cama. El dolor de cabeza era insoportable. Todos los recuerdos le cayeron encima, aplast ndola. Había un penumbroso silencio. La desconcertó. Eso no podía ser casual. Los latidos se incrementaron. Abrió la puerta. Atraves  otras puertas más hasta llegar a la entrada. Todos tenían minutos afuera. Un hombre de Franco le había traído un regalo. Lo sacaron de la maleta golpeado. Su cara estaba casi irreconocible y la sangre tampoco dejaba que se le pudiese reconocer. Lo tiraron de rodillas en la tierra. Estaba terriblemente herido. No podía ver bien por los moretones en sus ojos y rostros. No hacía falta ver, sabía a quién tenía en frente y lo que estaba por suceder. Todos se acercaron a mirarlo. Sacaron de la maleta a la mujer que estaba con él. El moreno robusto habló. *Te presento al maricón de Alex y a la puta de su mujer*. Franco se

emocionó tanto que felicitó al hombre delante de los demás. ¿habló? ¿o ella? Preguntó relajado, sonriente. *Ninguno de los dos ha dicho nada.* Franco tomó a la mujer por el cabello y la arrastró varios metros de distancia de Alex. Ella ni siquiera gritaba. Estaba furiosa, echando sangre por la boca e intentando zafarse con fuerza. Franco le agarró tan fuerte el cabello que ella sintió que se lo iba a despegar. Emitió un alarido de dolor. ¿Me vas a decir dónde está el Conejo? Refiriéndose a Alex. Este no respondió, tampoco pensaba hacerlo. Franco no estaba para perder el tiempo. Le hizo una seña a Nico para que se acercara. *Haz lo tuyo.* A Nico le brillaron los ojos. Pidió que le trajeran la gasolina y sacó de un bolsillo su encendedor favorito. Le mostró la candela a ella. Los demás no hablaban, no emitían sonidos. Todos esperaban ver arder esa mujer hasta quedar hecha ceniza. Le roció por todo el cuerpo la gasolina. También le mandó a que abriera la boca y la atragantó del líquido mortal. Estaba ahogada. Y justo ahí fue que lloró. Le pidió al marido que no viera, que no la viera así. *Al contrario, yo quiero que él vea todo.* Agregó Nico.

Karen apareció en el preciso instante en que Nico le arrojó el encendedor desde lejos cerca de los pies a la mujer. El rostro se le iluminó por el fuego abrasador. Se llenó de un terror que jamás en su había experimentado. Los gritos de la esposa de Alex eran estremecedores. Karen estaba en estado de shock viendo ese diabólico espectáculo. El tipo se reía a carcajadas. Ella no podía moverse de la impresión. Quería huir

de ese lugar, salir despavorida sin voltear hacia atrás. Apareció Sergio a su lado y la tomó a la fuerza, la movió y entraron a la casa. *No, suéltame. No quiero estar aquí. Aléjate de mí.* Gritó. *Que te alejes de mí. Quiero irme. No quiero estar con ustedes. Son unos enfermos de mierda.* Sergio no supo qué hacer. Intentaba tranquilizarla y todo era en vano. Estaba histérica. Tuvo miedo de tener un final así.

De pronto se escuchó un escándalo afuera nuevamente. Nico le estaba partiendo los huesos a Alex. Sergio salió para pedir que se terminara todo. Karen quedó adentro hecha un manojo de nervios. Se fue corriendo hasta otros salones de esa casa. Los hombres que estaban ahí la hacían temblar de sólo verlos. Se fue hasta la parte trasera. Abrió una puerta y se encontró con un patio enorme lleno de árboles. Se echó en el piso de rodillas y se llevó las manos a los oídos. Aún escuchaba a la mujer gritar, pero ya no gritaba, ya estaba muerta. A Alex le cortaron la cabeza y la quemaron también. En pánico, seguía echada en la tierra, evitando recordar a la mujer ardiendo y gritando desgarradamente. A ella no le hicieron eso. Estos eran peores que los otros. Se puso de pie fortalecida por el espíritu de la sobrevivencia. Entró de nuevo y sin que nadie la viera tomó una pistola de una mesa y unas llaves de un auto que desconocía. Volvió a la habitación donde había estado y buscó desesperada una camisa más grande. Consiguió un suéter y se lo puso. Se guardó la pistola dentro. Se asustó porque no sabía si la pistola tenía puesto o no el seguro. Desorientada

quiso probar el arma. Le metió un tiro a la cama sin querer. Sergio, desde la entrada, escuchó el disparo y fue corriendo a buscarla. Se esperó lo peor. Que se hubiese suicidado. La imaginó tirada en el piso llena de una sangre tan similar al color sus cabellos. No quería ver eso. La imagen de la mujer en el río le vino a la mente y lo hizo sentir desgraciado.

Abrió la puerta. Ella no estaba ahí. Se asomó en el baño y ahí la encontró, apuntándole con el arma. *No te me acerques o disparo.* Sergio levantó las manos. *Te voy a sacar ahorita mismo de este lugar. No tienes por qué ver más masacres.* Mientras que Sergio intentaba convencer a Karen de no disparar y, además, de irse de allí, en la entrada seguían mirando los cuerpos quemándose. Nico estaba extasiado. Tan extasiados que cuando escuchó la ráfaga de disparos pensó que era uno de los suyos. *Se les acabó la fiesta.* Dijo Archibebe después de lanzar la primera ráfaga. Empezaron a correr, a ocultarse detrás de los carros, de las columnas. Franco entró a la casa resguardado de sus hombres. *Maldita sea. Maldita sea.* Repetía dándose golpes en el pecho, con la herida en su mejilla ardiéndole y atormentándole la existencia, tanto como la emboscada que les habían hecho. Archibebe seguía disparando desde una esquina de las rejas. De pronto entró un camión blindado llevándose la reja por delante. Desde orificios del camión comenzaron a dispararle más y más destrozando todo a su paso. De pronto se bajó Frank del camión y les lanzó una granada. *Joder, esto se va a poner muy bueno.* Continuó lanzando granadas hacia el lado contrario del camión.

Desvanecida la sonrisa de Nico, logró esconderse. Llegaron más autos con hombres fieles a Esteban a vengar la muerte de su jefe.

Al escuchar el enfrentamiento afuera, Karen bajó el arma aturdida, llena de miedo. *Tenemos que irnos, niña. No podemos quedarnos aquí.* Presintió el desmedido peligro y le hizo caso. Al salir de la habitación le apuntaron. Sergio disparó rápidamente y los hombres cayeron al suelo. La mandó a retroceder nuevamente. *Tenemos que pensar otra forma de salir.* Ella le miró asustada la camisa. Sergio se observó. Estaba sangrando. Sacó del bolsillo de su camisa una bolsita de coca e inhaló. *Con esto aguantaré, al menos para sacarte.* ¿Sabes disparar? Con los ojos humedecidos ella negó con la cabeza como una niñita a punto de llorar. Buscaron otra puerta. Ella iba detrás de él temblando. Se orinó encima por escuchar la cantidad de gritos y de disparos. Pensaba en La Enfermedad. Se vio tan desprotegida, tan mísera, tan presa fácil. Llegaron a la parte de atrás de milagro. Cuando se fueron corriendo hacia los árboles ella sintió un impacto en una pierna. Se desplomó en seguida. Sergio volteó a mirarla. Lo fulminaron a tiros y cayó al piso con los ojos muy abiertos. Karen se volteó aún tirada en el piso y miró a los hombres que le habían disparado. Y ahí estaba, ese hombre del bigote, el tal Frank, emocionado por verla. *Pero qué sorpresa encontrarla aún con vida.* Tocó al hombre a su lado por un hombro. *No la mates. La quiero coger hasta que sangre, esa perra maldita.* Carcajeó. Frank se dio vuelta y el otro le apuntaba con su arma

a la cabeza. Karen, con el arma en la mano, lanzó varios disparos hacia la dirección en la que ellos se encontraban. Sintió otro impacto y todo se apagó.

Frank cayó al piso asombrado. *No puede ser. Vaciló. La muy maldita disparó. Y lo hace de puta madre.* Le había dado justo en el centro de la mano derecha y en una pierna. El otro había caído muerto. Como pudo tomó el arma que había caído al piso con la mano izquierda. Volteó a mirarla. De su cabeza chorreaba sangre. Le volvió a apuntar. Antes de que pudiera disparar apareció Jota y lo mató de un tiro en la cabeza. Se volteó hacia donde estaban los cuerpos de Sergio y la pelirroja. Mario apareció a su lado, drogadísimo. *Vente, vámonos.* Le dijo Jota a Mario. Salieron corriendo juntos hacia los árboles, corrieron tan fuerte como pudieron. Hasta encontrarse con una carretera desolada donde habían dejado varios carros, a modo de precaución. A Mario le temblaban las manos y no lograba tomar la llave. Jota se la arrancó. *Dame las jodidas llaves.* Mario miró asustado a Jota. *¿Todos están muertos, verdad?* Jota no respondió. Estaba melancólico y ardido.

De haberse apurado a encender el auto, los tiros que lanzó el Conejo cuando apareció en un auto no los hubiesen matado. Cayeron al piso después de dos tiros certeros y sin equívocos, a pesar de lo oscuro de la noche. Conejo era el mejor apuntando con un arma. Podía disparar a alguien en la cabeza corriendo y a kilómetros de distancia. Practicaba mucho con sus víctimas. Conejo, acompañado de sus hombres que recién llegaban, se adentraron con sus autos hasta que los árboles

no lo dejaron avanzar más. Lo demás lo recorrieron caminando. Llegaron por la parte trasera. Vio a Sergio y a la pelirroja tirados en el piso. Escupió a un lado de donde se encontraba ella, en una posición miserable. Siguió caminando y se encontró con un Frank miserable también. Lo vio flotando sobre su propia sangre. *Adiós, amigo. Nos veremos en el infierno.* Siguió caminando con tranquilidad por fuera de la casa, rodeándola. De repente se consiguió con un Nico disparándole en el pecho. Los que venían con él les cayeron a balazos a Nico como una lluvia violenta. Conejo se levantó despacio, lastimado por los disparos que fueron detenidos por el chaleco antibalas. Se acercó a Nico, respirando sus últimos pedazos de vida. Conejo se agachó. *Tú eras el pirómano, ¿cierto?* Le acarició el rostro. *Es una lástima que estés muriendo. Me hubiese gustado que fuésemos amigos, porque como sabes, yo también tengo pasiones que la gente buena desaprueba. Nos hubiésemos llevado bien.* Le metió un tiro de gracia en la cabeza.

Los hombres de Conejo buscaron en todos los rincones de la casa. Consiguieron el cadáver de Archibebé, tripas afuera. Conejo lo lamentó demasiado, había sido su mejor hombre. Pidió que lo montaran en el camión al igual que el cadáver de Frank. Se lo llevarían para darle un buen entierro. Buscó a Franco por todos lados y no lo encontró. Ni rastros del bastardo. Dedujo que se había ido muchísimo antes de lo que cualquiera se imaginaba. Qué cobarde de mierda. Dejó abandonados a su hermano y a su hija. Los amigos policías de Conejo llegaron. Él les contó todo lo

sucedido y ellos comprendieron. También ayudaban a resguardar las zonas de Esteban. Ahora Conejo sería el jefe de todo. Eso le agradaba y se lo hacía saber a todos. Conejo terminó de conversar con uno de los policías y dio todo por concluido. Se encontró con un hermoso auto afuera. Era un Lamborghini negro brillante. Le gustó. Abrió la puerta para observarlo por dentro y recibió dos, tres, cuatro disparos. El primero fue en la cabeza. Cayó muerto. La rubia, decidida, se terminó metiendo ella misma un disparo por la boca. Había estado ahí dentro durante horas, drogada, triste, melancólica, porque a su hermana la habían matado al mediodía en una tienda de ropa.

Capítulo 27

Se recuperó del desmayo. Sobresaltada. Renacida. Tomó aire como si se hubiese estado ahogando. El corazón latía fuertemente. Los ojos muy abiertos, sudada. ¿Qué pasó? ¿Qué pasó, Karen? Se creyó muerta. Se tocó la cabeza. La bala le había rosado el cuero cabelludo. Estaba al rojo vivo, empapado de sangre. Se observó la mano ensangrentada. Su pierna también lo estaba. Se fue arrastrando hasta donde estaba Sergio. Le revisó los bolsillos sin saber lo que hacía. Tan sólo dejándose llevar por los instintos. Sacó las llaves de su pantalón. Se empezaba a poner frío. No sabía cuánto tiempo había estado así; muerta. Cómo se encontraba con vida. No se lo explicaba. Tomó la pistola de Sergio, sacó su cartera llena de billetes. Se la llevó también. Se adentró renqueando al pequeño bosque. Le parecía escuchar voces distantes. No quería hacer bulla. No podía caminar rápido. Todo lo hizo por mero instinto. Estaba entre árboles, todo le daba vueltas. Concluyó el camino arbolado. Se consiguió con varios autos. Tomó las llaves de Sergio. Hizo sonar la alarma. Supo cuál era. Se montó, lo encendió y se fue del siniestro lugar.

Llegó a un hospital. Le atendieron de inmediato. No supo más de sí por un día. Al despertar se encontró con un médico muy preocupado. Le comentó que no se habían podido comunicar con ningún familiar porque ella no llevaba ninguna documentación. El

doctor, apacible, le preguntó lo que había sucedido. Además, los oficiales querían interrogarla. Tenía una herida de bala en la pierna, la que pudieron sacar satisfactoriamente y otro disparo que rozó su cabeza, más otra herida craneal que se veía más vieja, pero que estaba infectada. Karen, irreflexiva, no supo responder nada. La dejaron descansar varias horas. En la camilla del hospital, evocó todo lo que había acontecido. Una lágrima genuina resbaló por su rostro. Se volteó hacia la ventana y vio la luz del sol.

No pude más que pensar en la pesadilla de vida que tenía. Un viaje, un simple viaje en el que buscaba olvidar mi pasado me llevó justo a él. Lo recordaba y al mismo tiempo sobrevenían a mi mente otros recuerdos espeluznantes y grotescos. Si tan sólo pudiese revertir todo lo ocurrido. Si tan sólo lo hubiese conocido en otro lugar, en otros años, en otra vida. Me entraban náuseas al recordar a aquella mujer quemándose. A Andrea tirada en el piso, muerta. A mí misma. Me toqué la herida de la pierna. Me dolía. La sentí inflamada. Me llevé las manos a mi cabeza. La sentía prensada y adolorida. Recordé a Tony matando a La enfermedad. A Franco con el navajazo en la cara. Sergio cayendo. Era demasiado para mí, demasiado. Quería desaparecerlo todo y dejarlo solamente a él, porque era lo único que me producía paz. Él hablando conmigo la noche en que le disparé aquel hombre. Él deseando que yo me fuera, que estuviese lejos de todo esto. Él besándome. Siempre supo lo que podía pasar. Y yo no tenía ni idea. Hice un

esfuerzo grandísimo en mitigar los demás recuerdos y refugiarme en Aarón tomando mi mano y pronunciando su nombre. Eso. Sólo eso.

Los oficiales entraron a la habitación de hospital donde se encontraba. Se notaba devastada. La saludaron. Su voz sonó apacible, de profundo cansancio.

— Soy Karen Estrada. Tengo 21 años. Fui secuestrada. Pude huir. No recuerdo sus caras. Sólo algunas voces. Tampoco supe donde me encontraba. Estoy viva de milagro. Siento no poder darles más detalles. Tengo todo en mi mente desordenado. No sé qué día es hoy y sólo quiero descansar.

Los oficiales hicieron otras preguntas. Ella no dio más información. Tan sólo repitió lo que ya había dicho. Pidieron los números de sus familiares y dijo que no los recordaba. A Karen le gustó eso de escaparse de los hospitales. Se robó un vestido cuando se sintió mejor y se fugó. Caminó lentamente hasta el espacioso estacionamiento. El auto de Sergio seguía ahí. Estaba intacto. No quiso regresar a preguntar por las llaves. Intentó abrir la puerta de adelante y no pudo. Intentó con la de atrás y se abrió. Consiguió una llave en la guantera. Se extrañó de verse rodeada de buena suerte. También había varias pacas de billetes en un bolsito. Todo le sorprendía más. En esos días a nadie le provocó robar ese auto premiado. El dinero encontrado le alcanzaría para vivir varios meses. Meditó largamente. No, no quería volver a casa, tampoco quería quedarse en esa nefasta ciudad que le producía náuseas. Se le enrojecieron sus hermosos

ojos café, ya sin lágrimas de tanto sufrir. Encendió el auto y condujo hacia cualquier lugar. De todos modos, ya nada podía ser peor.

Contenido

Capítulo 1	5
Capítulo 2	11
Capítulo 3	17
Capítulo 4	31
Capítulo 5	41
Capítulo 6	53
Capítulo 7	63
Capítulo 8	75
Capítulo 9	83
Capítulo 10	91
Capítulo 11	99
Capítulo 12	105
Capítulo 13	113
Capítulo 14	117
Capítulo 15	129
Capítulo 16	139
Capítulo 17	145
Capítulo 18	157
Capítulo 19	167
Capítulo 20	173
Capítulo 21	185
Capítulo 22	191
Capítulo 23	201
Capítulo 24	211
Capítulo 25	215
Capítulo 26	223
Capítulo 27	237

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 6 días del mes de diciembre de 2023, el mismo día de 1873 en que fue inaugurada la Biblioteca Pública del estado Zulia